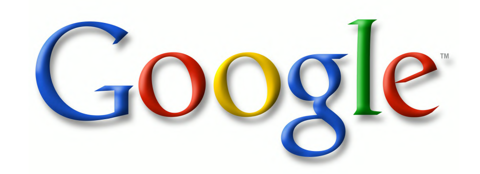
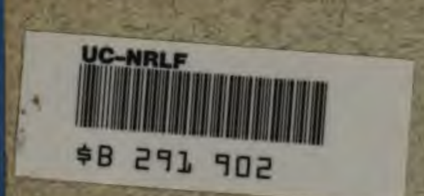
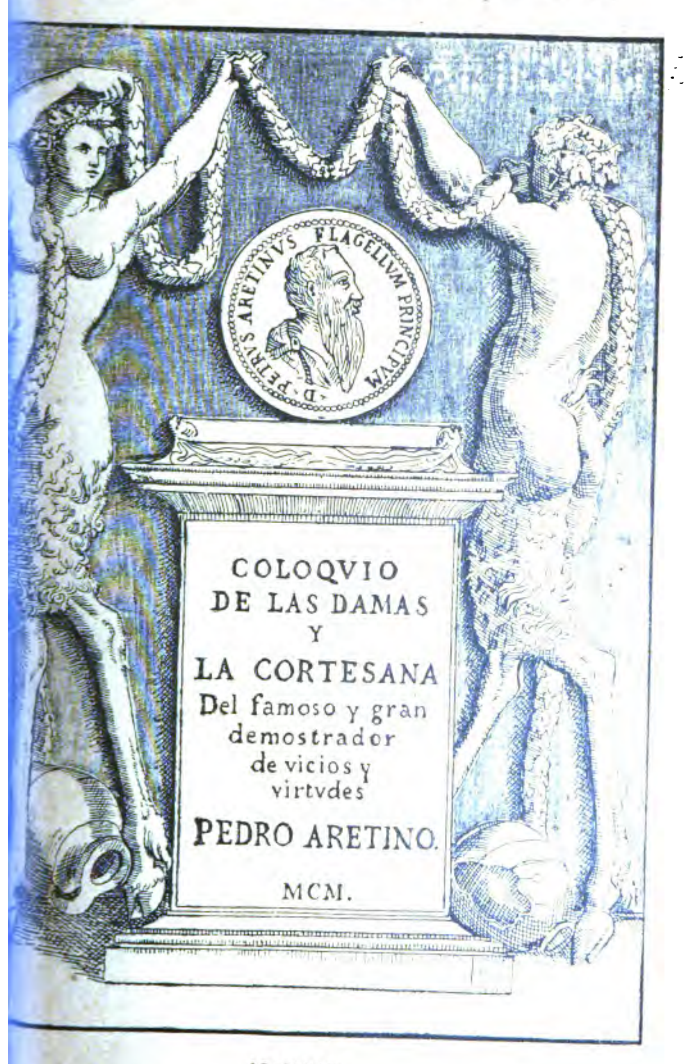





Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA


Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

COLECCION
DE
LIBROS PICARESCOS



MADRID
B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR
Palma alta, 55 duplicado.

COLECCION DE LIBROS PICARESCOS

TOMOS PUBLICADOS

I. Francisco Delicado.—*La Lozana andaluza.*

COLOQVIO
DE
LAS DAMAS

DEL FAMOSO Y GRAN DEMOSTRADOR
DE VICIOS Y VIRTUDES

PEDRO ARETINO

En el cual se descubren las falsedades, tratos, engaños y hechicerías de que usan las mujeres enamoradas para engañar á los simples y aun á los mas avisados hombres que de ellas se enamoran.



AGORA
NUEVAMENTE TRADUCIDO DE LA LENGUA
TOSCANA EN CASTELLANO
POR EL

BENEFICIADO FERNAN XVAREZ, VECINO
Y NATURAL DE SEVILLA

MDCVII

EL INTÉRPRETE DESTA OBRA

AL LECTOR



IEN *creo, amado lector, que será menester dar á entender qué causas me movieron, no sólo á traducir en nuestra lengua este diálogo, sino también habello encomendado á la emprenta y divulgallo tan en público. Porque parece cosa más para, como dicen, echarle tierra, y no sacar á plaza tan abominable cieno corrompedor de toda salud de la casta limpieza, que no para traello en las manos como provechoso, mayormente divulgando tantos casos de malicia, de traiciones, de engaños y de torpezas feas, los cuales como dende nuestra niñez están nuestros sentidos inclinados al mal, más ayna se tomarán por traza para sacar otros que por aviso para aborrecer y huir los semejantes. Y también parece cosa recia que, no habiendo cosa de que sea más costosa la jactura y pérdida que la del tiempo, pues nunca se puede recuperar por su curso tan empuesta que nunca torna á las manos la ocasión que una vez se sale dellas... Y que siendo esto así se haga tan manifiesta jactura y pérdida del, perdien-*

do en leer estos que parecen ejemplos feos, y no solamente no útiles, pero tan peligrosos, si se leen para imitarlos, en el cual tiempo se podrán leer cosas de tanta dotrina, de reprensión de los vicios, de loor y muestra de las virtudes, de reglas é avisos para acertar á pasar este destierro conforme á la voluntad del Señor, que nos quiere y procura sacar del, y aposentarnos en la tierra de nuestro descanso. Con razón digo será menester apercebir este mi propósito de escudo y de armas, para que antes que él se lea, se lean y conozcan las causas legítimas, honestas y provechosas que á ello no sólo me movieron, pero casi me compelieron y forzaron. Si yo quisiese agora pasarme de espacio á deplorar el corrompimiento tan grande y desenfrenamiento tan desvergonzado, y torpeza tan bestial de nuestros tiempos, no solamente en la sana juventud, sino que en la arrugada vejez se tiñen las canas, se enjeren en la boca dientes postizos, se remoza en los trajes el que está decrépito con las rugas y reuma, sería nunca acabar. Basta, que otra vez se dirá. Agora toda la carne ha corrompido su camino, y así otra vez ha traído nuestro Dios sobre la tierra otro diluvio, no de agua donde se abrieron las fuentes y abismos de la tierra y las cataratas de los cielos, sino la plaga y dolencia no sabida de los antiguos, ni escrita por los médicos, la cual cada nación la echa á los extraños. El francés la llama dolencia española, el español la llama dolencia francesa, otros la llaman mal de las Indias. Porque ansí como echamos siempre la culpa de nueztra culpa á otros, Adán á Eva, Eva á la serpiente, ansí echamos el azote del pecado á culpa de otros. Pero á la verdad, como el pecado está en todos, ansí esta cruel enfermedad y diluvio de la divina justicia ha sido universalmente en todos, porque ansí como la carne inventa nuevas ma-

neras de pecar, la divina justicia inventa nuevos azotes para la afligir y castigar. Pues viendo yo este mal aventurado y hidiondo corrompimiento, y aunque azotado nunca corregido, para que pueda decir otra vez Dios: ¿Para qué os tengo que azotar, pues siempre añadís el pecar? Y conociendo asimismo que entre las plagas que este vicio en nuestros tiempos ha inventado ha sido que ha turbado así el juicio de todos; que lo que antes solía ser causa de apartarse un hombre de una mujer, era verlo hacer por otro, y agora esto hace darle más y servilla más, perderse por ello, mas pensando los tristes quedar con pujas con la renta como si fuese almojarifadgo. Así vemos tantos mancebos en dos meses gastar lo que sus padres ganaron en cincuenta años, y que cuando llevaron á su padre á la sepultura eran ricos, y que cuando hubieron de hacer al cabo de año fué el cabo de la hacienda y de la honra. Otros, tomados, como dicen, entre puertas, feridos á cuchilladas y rescatada la vida por dineros, como si fuesen remeros de Barbarroja. Agora verán en este libro como no es el camino este para escapar de sus lazos; pues verán sus engaños, sus mentiras, sus disimulaciones, su fingida muestra de amor, sus lágrimas sacadas de los ojos, como si las tuviesen en la bolsa, su halagar hasta tresquilar toda la fuerza á Sanson, y después dejallo en los Filisteos. E aun al tiempo de tresquilar con una mano le están halagando, y con veinte le están escarneciendo. Esta manera de avisar á la juventud no es nueva ni tiene pequeña autoridad, pues la Divina Escritura la usa y se aprovecha della. E así dice Salomon: Panal de miel trae en los labios la mujer desvergonzada, y su garganta más blanda que el aceite, pero lo que acaba es más amargo que la acíbar, y su lengua corta más que cuchillo de dos filos; sus pasos van en-

caminados á la muerte, y sus pisadas descienden á los infiernos. Ved cómo avisa la Divina Escritura á los que engañan y descuidan la juventud; que las palabras de las semejantes, aunque parecen dulces como miel, y blandas y halagüeñas como aceite, que al fin es todo postema y hiel, y camino cierto para la muerte. Así otra vez escribe sus cautelas y engaños más menifiestamente, y dice Salomón: De mi ventana á prima noche oí un mancebo sin consejo paseándose por la plaza, par de la puerta de una mundana; y luego sale á él una mujer vestida como profana dispuesta para engañar las almas, parlera, andariega, sin que pueda parar ni estar encerrada en casa, agora en la plaza, agora en la puerta, siempre usando de insidias, y abraza á aquel mancebo, y bésalo, y con cara desvergonzada le habló y le dijo: salí á cumplir un sacrificio que debía por mi salud; hoy he cumplido mi voto, y después de cumplido salí por encontrarme contigo; que tenía mucho deseo de verte, y he te hallado; tengo mi cama muy ataviada y colgada de tapicerías traídas de Egipto; tengo mi aposento sahumado, oliendo á mirra y canela y otros olores; anda, ca démonos al amor, y gocemos de los abracijos que tanto deseo toda esta noche. No está mi marido en su casa; fuese camino muy lejos; llevo la bolsa llena de dineros; no vendrá hasta en fin de mes. Con estas palabras lo enlazo, y con los halagos de sus labios lo atrajo, y luego se fué en pos de ella como buey llevado para sacrificio, y como cordero ignorante que no sabe que lo llevan para atallo hasta que la saeta le traspase el corazon.

Bien creo que he dado á entender con este descubrir los engaños de las semejantes que aquí se descubren; es autorizado en la escritura todo para desviar la ciega juventud de semejantes peligros, y, por tanto, les

amonesta con tanta vehemencia que huyan, no solamente los peligros, sino las ocasiones. Y así dice: Entre mil hombres hallé uno, entre las mujeres no hallé ninguna. No porque no haya muchas santas, prudentes, honestas, de recaudo y virtuosas; pero por apartar á los hombres de este peligro que aquí tratamos, para que no solamente huyan del peligro, sino de la ocasión, les dicen que se recaten de todas. Esto es lo que yo aquí he pretendido avisar á los hombres de los engaños dellas; que abran los ojos para que, cuando se sientan más halagados, entonces miren más por el riesgo que corre su alma, y el peligro que lleva su honra. Y cuando entre la cruz y el agua bendita trae la vida y como no loan por más que por consumille toda la hacienda.

Y si de aquí nuestra mala inclinación tomare ocasión para pecar, eso no es culpa de esta obra, sino de nuestra mala condición, la cual, como estómago muy corrompido, la medicina que se le da para su salud la convierte en malos humores; pero no por eso se le ha de dejar de dar, porque el arte hace lo que en sí es, y ansí yo hago lo que es en mí. Dios, nuestro Señor, le puede dar el suceso conforme á su misericordia. Cuanto más que como aquí se traten los engaños de las malas, y yo lo escribo para que lo lean los hombres y no las mujeres: para ellos está aquí el aviso; ellas no lo tomarán; pues no leen aquí ningún mal ejemplo, y por esto no será tiempo mal gastado leer estos avisos, pues aunque van de este color, van encaminados para sus provechos, porque si á esos mancebos con quien hablo les convidase con un tratado del título que les pareciere, ó Vía de espíritu, ó subida del Monte Sión, ó Dotrina Cristiana, á la hora la echarían de las manos como cosa impertinente á lo que profesan.

Dejadme, pues, en esta triaca ó confesión que hago poner este color de ponzoña, porque ansí venga á sus manos y la lean, y vean con sus ojos, y dentro hallen debajo desta golosina la salud y el aviso que yo pretendo.

Dicho he á cuanto creo mi propósito; paréceme que va encaminado á buen fin. El Señor, que sólo puede sanar corazones y alumbrar almas, como luz que alumbra en tinieblas, él haga de manera que todos saquen de aquí el consejo que va encubierto, y escupan y denuesten la corteza de carne en que va encubierto. Y si de mi intención provecho hubiere, sea para su Majestad la gloria como suya, y á quien solamente se debe. Y á quien pareciese muy fuera de este fin, que ha llegado á razón este coloquio, le suplico me perdone, que yo hice lo que pude, y si más pudiera más hiciera. Por tanto, como dádiva de hombre pobre de ingenio y erudición, cualquiera cosa es razón que se estime en algo, hasta que Dios, nuestro Señor, me dé más para que yo pueda dar más.



ES LA DVDA;

SI ES PECADO LEER LIBROS DE HISTORIAS PROFANAS: COMO LOS LIBROS DE AMADIS Y DE DON TRISTÁN Y COMO ESTE COLOQVIO.



ESPONDO y digo que para inteligencia de la verdad que en esta materia se ha de tener, se ha de notar lo siguiente. Que las obras que del hombre proceden, en las cuales el hombre tiene libertad de hacerlas ó dejarlas de hacer, que se llaman obras humanas, son en tres diferencias: como son de suyo buenas, como es amar á Dios, alabarle, contemplarle; otras hay de suyo malas, como es blasfemar, idolatrar, mentir, y otras indiferentes, como pasearse por la calle, ir al campo. Lo segundo, que estas tres diferencias de cosas, tienen también diferentes condiciones en esto, que las que de suyo son malas, por ningún buen fin ó buena intención, se tornan buenas. Y así, aunque el hombre diga la menor mentira del mundo, por salvar

la vida de un hombre, no por eso se escuda de pecado, aunque no siempre es pecado mortal, si no fuese en notable deservicio de Dios ó negando al juez lo que es obligado á declarar, ó en notable perjuicio de sí propio ó del prójimo. En esto no me alargo, porque lo pongo sólo por ejemplo. Pero las que son de suyo buenas pueden ser malas por el mal fin ó mala intención con que se hacen, como si uno rezase por vanagloria; el tal rezar sería malo por razón de la mala intención. Las obras indiferentes sólo son buenas ó malas, según el fin porque se hacen; y así si uno se pasea por la calle por ver ó codiciar mujeres, será pecado; pero si está enfermo y le dice el médico que para ejercicio y quitar fastidio se pasee, porque le ayudará para su salud, es buena obra. También si uno va al campo para matarse con otro, será pecado, si va para contemplar y rezar, y alabar á Dios, viendo las hierbas y flores y aires, será mérito.

Digo, pues, volviendo á la duda que leer en tales libros como los arriba dichos, de suyo no es pecado, ni de suyo es bien, sino indiferente. Y así digo que puede ser pecado mortal, y pecado venial y mérito. Declárome: si uno leyere los tales para tomar de allí dichos ó sentencias para usar dellas, provocando á mujeres á mal, será pecado mortal. Y también lo será si los lee por holgarse en considerar cosas que allí se cuentan que son contra el sexto mandamiento, cuando se huelga de estar pensando y considerando los tales actos; pero si se huelga de leer unos dichos no por el mal donde van á parar, sino todo por la sotileza y viveza de ingenio con que se dicen, no será pecado mortal. Y si por leer los tales libros dejase de hacer cosa en que tuviese obligación de necesidad, como de-

jar de oir misa cuando es día de guardar, ó cosa semejante; pero si demasiadamente éste se huelga de leer aquellas historias y pasa mucho tiempo sin intervenir otro mal; será pecado venial, y si uno los leyese por manera de recreación moderada, como si uno que está acostumbrado á estudio, estuviese mal, y no pudiese sin congoja estar sin leer ó oir leer algo, y ve que leer cosa de ciencia le fatiga el ingenio, este tal podría con mérito leer los tales libros, porque aquella manera de lección, es como medicina. Y como le sería lícito y meritorio tomar medicina para quitar el dolor del cuerpo, le sería lícita la tal lección para quitar la fatiga que el estar ocioso el ingenio le da.

Esto entiendo cuando la tal persona viese que no holgaría tanto su ingenio en leer historias verdaderas como en las de vanidad. Pero todos los lectores enfermos ó sanos del cuerpo tengan tal aviso, que cuando los tales libros leyeren vayan con cuidado de no consentir en cosa que allí lean que sea pecado mortal ni holgarse del pensar, y para esto es bien que el que los lee mide su condición y la experiencia que de sí tiene, y si ve que según su condición no podrá, ó no sin gran dificultad leer los dichos libros, sin que estando leyendo venga á consentir ó holgarse de cosas que allí se cuentan, que son deshonestas ó de tal calidad que la persona no puede holgarse en considerarlas sin que caiga en pecado mortal, en tal caso, pecará mortalmente en leer estos libros; porque se pone en peligro de pecar mortalmente, y en cosa que puede excusar. Más se pudiera estender esta respuesta; pero para la lectura presente y para otras muchas puede bastar lo dicho.

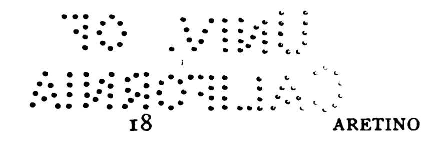
ARGUMENTO DE LA OBRA



VCRECIA y Antonia fueron grandes amigas en su mocedad por ser naturales y haberse criado juntas en la ciudad de Bolonia; y como viniese allí el campo de la cesárea majestad de nuestro invictísimo emperador Carlos V á haberse de coronas, acertó á posar un alférez tudesco en casa de su madre de Lucrecia.

El cual, enamorándose de ella, la tuvo por amiga todo el tiempo que su majestad estuvo en Bolonia. Y después, al partir de la corte, determinó de irse con él en Hungría, porque todo el ejército de César iba á allá á resistir la bajada del Gran Turco sobre Viena. E ahí, dejando á éste y revolviéndose con un capitán italiano, se fué con él á Ancona y á Corron y á otros diversos lugares; hasta que, cansada de seguir la guerra, se fué á reposar á Roma con su madre, que en todas estas aventuras no la desamparó.

Donde después de haber vivido cuatro años, recreçióse en su casa una pendencia entre ciertos romanos, de que le imponían á ella toda la culpa. Por



cuya causa se salió de Roma y se vino á Lombardía, donde pasó mucho tiempo de su vida. E habiendo andado Antonia en otras tales romerías, vinieron á encontrarse, siendo ya ambas mujeres antiguas en nuestra Señora de Loreto, y como se conociesen, después de haberse abrazado muchas veces se sentaron: porque Antonia venía muy flaca, que había muy poco que salía de tomar el agua del palo santo. E ahí comenzaron á hablar de sus prósperos y adversos sucesos: y como Lucrecia había más peregrinado por el universo, dió más larga cuenta de sí y de su vida á Antonia. Que cansada ya de escuchar dieron fin á su plática.





INTERLOCVTORES

LVCRECIA Y ANTONIA

ANTONIA

Cuéntame de cómo llegaste á Roma con tu madre.

LUCRECIA

Con buen comienzo sea. Nosotros llegamos la vigilia de San Pedro; y que te quisiera decir el gran placer que hubimos de ver los rayos, cohetes y botafuegos, que el castillo de San Angelo tiraba, con tanto estrépito de artillería, con tanta música de menestriles, y pífaros, y con toda Roma en el puente y en el Burgo y en calle de Bancos.

ANTONIA

¿Dónde fuistes á pasar esa noche?

LUCRECIA

A Torre de Nona, un barrio así llamado en una casa donde daban camas; y diéronme una toda en

tapizada y bien en orden, y allí estuvimos ocho días, y la señora de la casa estaba empachada de ver en mí tanta hermosura; y pareciéndole cada día más graciosa, habló con un cortesano amigo suyo, al cual dijo tener en su casa una huéspeda hermosa, y éste dió parte á otros amigos; y todos juntos, era tanto el paso á caballo por delante de nuestra posada, murmurando de mí por no dejarme ver á su modo. Estaba yo dentro de una gelosía; y si por caso la alzaba un poco fingiendo escupir fuera, mostrando apenas la mitad del rostro luego la tornaba á cerrar. Y aunque yo era hermosa, aquel resguardarme de no ser vista, me hacía aparecer mucho más. Por lo cual cresció en aquella gente la voluntad de verme, y en toda Roma no se hablaba en otra cosa sino de una forastera venida de entonces, tal que apeteciendo siempre las cosas nuevas (como tú sabes) venían unos sobre otros por verme, y la patrona que en su casa nos tenía, no se podía dar manos á responder á los que llamaban á la puerta, á preguntarle por mí. Ella las más veces los dejaba parlar, y cerca del prometerle porque les abriese, no se curaba diciéndoles que á dárselo en mano no sabría si se determinaría. Mi madre, que era mujer sabia y sagaz en estos negocios, fingía no querer oir á nadie con decir estas palabras: «Por ventura págome yo de estas hablas. No plegue á Dios que mi hijuela pierda la corona de virgen. Yo soy de noble generación, y si la fortuna nos ha sido contraria, gracias sean dadas á Dios, no nos ha puesto tanto por tierra que no podremos vivir.» Y de estas palabas nacía todavía el nombre de mi hermosura. E si tú has visto un pájaro sobre una granada abierta, que come diez granos y vuela y vase, y está pequeño espacio, y torna con dos, y

vase, y vuelve con cuatro, y después con diez, de esta manera venían los galanes al derredor de mi estancia para poner las bocas en mi granado. E yo no pudiéndome hartar de ver tanta gentileza, perdía los ojos por fuera la gelosía, holgándome de ver sus polidezas y lindos atavíos con aquellos sayos de terciopelo y raso, con tantas medallas y puntas en las gorras, y sus cadenas al cuello y algunos con los caballos tan enjaezados que allí relumbraban como espejos, andando suavemente, con tantos mozos y pajes, teniendo el seso en la punta del pie y con su Petrarca en las manos cantando al falsete.

ANTONIA

Aquella canción, si á mano viene, que dice:

Para cuanto mal sostengo
no quiero más galardón,
que ver á mi corazón
cautivo donde lo tengo.

LUCRECIA

Y parándose unos y otros delante de la ventana, fingía yo toser porque me oyesen; decían ellos: «Señora, ¿será posible que sea vuestra merced tan homicida, que deje morir aquí á tantos de sus servidores?» Yo alzaba en poco la gelosía con una risa á media boca: y luego me metía dentro. Y ellos con decirme, «beso las manos á vuesa merced», y con un «¡juro á Dios que sois cruel!», se partían.

ANTONIA

Por cierto que yo oigo hoy la cosa más á mi gusto, que en toda mi vida he oído.

LUCRECIA

Estando en esto mi madre, que no era de las bobas, quiso hacer conmigo una muestra: fingiendo ser acaso, hízome vestir una saya de raso morado, desmangada: con infinitos golpes y revuélveme los cabellos á la cabeza: que si los vieras juraras que no eran cabellos, sino madejas de oro encrespado.

ANTONIA

¿Por qué la saya no llevaba mangas?

LUCRECIA

Por mejor mostrarse los brazos; que eran más blancos que el copo de la nieve; y hízome lavar el rostro con cierta agua que ella sabía, algo fuerte, me lo puso tan relumbrante como un espejo, sin otros afeites ni bellaquerías que otras usan. Y al mejor pasear de los galanes, subíme á mi ventana; y como me vieran á deshoras, parecióle como á los marineros que pasan gran fortuna y llegan á buen puerto. Alegráronse tanto, que casi del regocijo se caían sobre los cuellos de los caballos, procurando tanto por verme, cuanto yo por resguardarme. Levantaban las cabezas y abrían las bocas, que parecían propios de aquellos animales que vienen de Alejandría.

ANTONIA

¿Camaleones quieres decír?

LUCRECIA

Es verdad: quiero más que sepas, que me empreñaban con los ojos.

ANTONIA

¿Qué harías tú mientras te miraban?

LUCRECIA

Fingía honestidad de monja, y miraba con seguridad de casada, y algunas veces hacía autos, meneos y señas; conque los tenía encantados sin poderse partir de allí.

ANTONIA

Gentil cosa.

LUCRECIA

Estuve un tercio de hora mostrándome, y en lo mejor del requiebro, vióme mi madre á la ventana, y mándame quitar, y quedan todos empachados que no acertaban á hablar unos á otros. Venida la noche comienza el tocar á la puerta de unos y de otros, y subida la huéspeda á la ventana á responder, vase mi madre tras ella muy quedito por escuchar lo que le decían. Estando en esto oyó á uno que, teniendo el rostro cubierto, le dijo: «¿Quién es aquella Señora que estaba poco ha á la ventana?» Respondiole. «Es hija de una dueña forastera, que según lo que he podido comprender, el marido le fué muerto por unos sus contrarios, y la pobre se-

ñora hase venido aquí, y traído esta moza, así por casarla como por haber justicia contra sus adversarios, y trujo su hato aunque poco.» Estas y otras mentiras le había hecho entender mi madre á la huéspeda.

ANTONIA

Así sea todo.

LUCRECIA

E oyéndole al galán decir, ¿cómo podría yo hablar á esa señora? No hay remedio, le respondió, porque no quiere oir á nadie, y preguntándole si yo era doncella, díjole que doncellísima: pues no se me vía otra cosa en todo el día, que mascar Avemarías. E pidiéndole que lo dejase entrar donde yo estaba, no le fué concedido; de cuya causa le dijo, pues hacedme tamaña merced que le digáis tenga por bien de escucharme ciento cincuenta palabras: que vos le llevaréis en las manos cosas con que siempre os bendigan. Y jurándole de hacerlo, pidió ella licencia; y cierra la ventana. Dende á un rato vino á nosotras diciendo: «No hay mejores descubridores del buen vino que los viejos bordoneros. A vuestra hija la han sacado por el rastro estos podencos cortesanos, y han de procurar de haberla á las manos; aunque os subáis con ella al cielo. Digo esto por uno que penosamente me vino á pedir audiencia para hablaros.» «No, no (respondió mi madre), no, no.» Y como la huéspeda tuviese una lengua serpentina, le dijo: «La principal señal de una dueña prudente es: saber conocer la ventura cuando Dios se la envía. El es hombre que os

hará de oro y de azul, por eso pensadlo muy bien.» Y tornando nos á dar de parte del galán otros tratos de cuerda, hízole ella proveer una comida muy copiosa, y como mi madre la viese aconsejándose consigo misma, la cual era tan buena maestra, que por su utilidad no tenía necesidad de tomar pareceres. Hizo tanto el gentil hombre que le ganó la voluntad, por lo cual le vino á prometer que le escucharía. Y el que se pensaba tener por suyo el pan y el palo (como dice el refrán), se vino una noche á dormir conmigo, y después de haberme hecho mil juramentos, que me pagaría mi virginidad y que me daría este mundo y el otro.

ANTONIA

Eso me contenta oir.

LUCRECIA

Por gozar de lo gastado y de lo que más pretendía, vino á la noche muy determinado, y después de ser acabada una cena muy abundante, en la cual no comí sino dos bocados, mascados á boca cerrada, bebiendo solamente media copa de vino, toda cuasi agua, y diciéndome él mil requiebros sin yo responderle á cosa, me llevaron á la cámara de la señora de la casa, la cual sirvió aquella noche por el ánima de un gentil ducado. Y no fué entrado dentro, cuando cerró tras sí la puerta, sin permitir que ninguno de sus criados le ayudase á desnudar; y en un momento se quitó todo el vestido y se metió en la cama; y dende allí se me domesticaba con tantas palabras amorosas atravesando algunos triunfos, diciendo que me haría y me daría con

que no hubiese envidia á la principal y más rica cortesana de Roma. Y no aprovechándole para que me metiese con él en la cama, nada de lo que me decía, se levanta, y haciéndole gran resistencia, en fin, se hubo de tornar á la cama; y vuelve la cara á la pared mientras me desnudaba, si acaso tenía vergüenza, de que no me viese en camisa. Y diciendo ó haga eso, no lo haga, llegué á la vela y apaguéla. Y así como entré en la cama, arremetió á abrazarme, con aquella voluntad que una madre abrazaría á su hijo, teniéndolo ya llorado por muerto. Y llegándose á mí me apretaba entre sus brazos; en conclusión que otra cosa jamás le consentí. Decíame, ánima mía, esperanza mía, estad queda, que si yo os enojare matadme, y entre los ruegos y halagos procuraba de darme algunas puntadas falsas; y con gran congoja viendo serle excusado su cansancio, vino en tanta desesperación de cuya causa los ruegos se tornaron en amenazas. Renegaba, y descreía, ofrecíase, encomendábase, y con juramentos de importancia, que me había de ahogar ó darme de puñaladas. Y haciendo muestra de querer ejecutarlo, echóme mano de la garganta, tocándome muy suavemente. Y después tornó á rogarme y halagarme abrazándome; y de nuevo rehusándolo, toma su camisa y vístese, y levántase, y rogándole que se tornase á la cama que yo haría lo que él mandaba, en fin, se tornó á acostar, con suplicarme lo dejase, que mayor picada daría una mosca; y á decirte toda la verdad nunca le consentí que de veras me tocase. El muy airado levántase y tórnase á vestir, y comienza á pasearse por la cámara; y pasó el resto de la noche á usanza de quien vela fortaleza, y con un triste gesto parecía jugador que ha perdido el dinero y el sueño; con

aquel gruñir y blasfemar que suelen los que de alguna dama son burlados, abrió la ventana de la camara con mil sospiros, puesta la mano en la mejilla mirando al río Tiber que parecía reirse de la burla que de él se hacía. Y todo el tiempo que él gastó en pensamientos, dormí y siendo ya el día que recordé verlo venir á mí con los brazos abiertos, dándome muchos abrazos, que non vi en mi vida nigromantico, ni conjurador de demonios decir tantos donaires y novelas, cuantas él me dijo, y todo en vano, como la esperanza de los que están en el infierno. Y queriendo reducir todo su negocio á que le diese un beso, se lo negué, y como oyese á mi madre que andaba por casa con la huéspeda, la llamé; y abriéndole la cámara, entró diciendo: «¿Qué carnecerías y qué fuerzas son estas? En el monte de Torozos no se harían tales»; y esto dicho con gesto alterado, y con voz sonora, la huéspeda la conortaba: y decíale á él muy de quedo: «Aún el diablo os ha dado que hacer con doncella.» Entretanto vestime, y fuime á mi cámara, dejándole con mi madre y la huéspeda. El probeto ya era entrado en la obstinación de unos que se quieren desquitar de lo que han perdido en el juego; sálese de casa, y estaría cuanto una hora, y envía un sastre con una pieza de raso carmesí para que tomada la medida me cortase una basquiña, creyéndose la noche venidera correr por todo el prado á su posta. Yo aceptando el servicio voy á mi madre á ver qué le parecía, respondióme: «De lo visto se puede colegir que este está ya moliente y corriente: no hagas cosa por él que él nos pondrá casa y nos la fornecerá de todo lo necesario.» E yo, que sin su consejo estaba muy instruta en lo que había de hacer, doy una vuelta á la ventana, y como le vi

venir tomo la escalera, y encuéntrolo á la mitad de ella, con decir: «Dios sabe el dolor que mi ánima quedó de verle partir, sin decirme por lo menos quedaos á Dios. Agora yo estoy consolada con su venida; y si pensase perder la vida, haré esta noche cuanto me mandades.» Oyendo esto se arrojó á abrazarme la boca abierta; y en aquel tiempo le dije, que emviase por de comer, y que se concertase para la noche una muy buena cena. Teniéndolo él por bien, tuvo tanto cuidado dello como si trujera el reloj en su manga, y en siendo el Avemaría, vino pareciéndole haber diez años que esperaba aquella hora. Acabada la cena llevóme á la cámara donde la noche pasada estuvimos, y hallóme algo más amorosa; pero de ver el poco fruto que de su cansancio sacaba, no se pudo abstener de darme tres ó cuatro puñadas. Sufría yo todo diciendo: «Pues darme, que á fe que os ha de costar vuestros dineros.» Pero tornando á querer majar el agraz, hice los mismos autos y quejos que la noche pasada. Levantóse y fuése á la cámara donde mi madre estaba acostada, con la señora de la casa y estúvose con ellas más de cuatro horas consejando y amenazándome. Decíale mi madre, «hijo muy querido, no os espante el esquivarse desta muchacha, siendo vos el primer hombre del mundo con quien habló, ni aun con el confesor. Pero no tengáis duda, sino que esta noche venidera, quiero que haga vuestra voluntad aunque muera en la demanda». Y queriéndose vestir para irse le dió mi madre una cinta de tafetán larga, y dijole: «tomad hijo con que la atéis las manos, si no quiere estar queda». El bobo tomola y con el mismo gasto de comida y cena, se vino á dormir conmigo la tercera noche, y de ver que no le consentía tocarme, vino en tanta desesperación,

que lo vi determinado de darme con un puñal y confiésote que temí y fuéme forzado obedecerle, y él acabó de conseguir su fin tan deseado, y en esto yo comencé á dar gritos diciendo: «Ay, cuitada de mí, que perdida soy, ya no tengo honra, no me verán gentes la cara.» Estando en estas cuitas y clamores extendió el brazo y sacó la bolsa (que la tenía á la cabecera debajo de la almohada) y vaciómela en la mano, en que podría haber obra de cuarenta ducados en oro y pocos más que veinte en reales: diciéndome, toma, y yo fingiendo no quererlos, al fin lo hube de acetar y andando en estos términos otras cuatro veces antes de que nos levantásemos su caballo anduvo hasta la mitad del camino de nuestra vida.

ANTONIA

Ansí dice el Petrarca.

LUCRECIA

A la fe dícelo el Dante. Y muy contento de lo pasado se levantó, y no pudiéndose quedar á comer conmigo, envió lo necesario, y volvió á la noche á cenar lo que á él le había costado sus dineros.

ANTONIA

Escucha un poco; ¿él no sintió que en tu virginidad no hubo sangre?

LUCRECIA

Por cierto sí; ¿y piensas tú que estos cortesanos saben más de doncellas que de castas? Hícile entender que la urina fuese sangre y bastóle á él para

creerlo la resistencia grande que yo le hice. En fin, la cuarta noche lo dejé á su posta hacer en mí lo que quiso. Venida la mañana, viene mi madre á la cámara donde estábamos, y viéndome cabe él acostada, me echó su bendición, saludándolo á él: y haciéndole yo las más caricias que podía, le dí un abrazo delante de mi madre; dícele ella: «Yo quiero partirme de Roma después de mañana en todo caso, porque he habido letras de mi tierra en las cuales me dicen que me vaya á morir entre los míos. Estoy en hacerlo en todas maneras, porque Roma es para las bienaventuradas; y no para las faltas de ventura como yo. Y digo os verdad, hijo, que no me fuera della, ni llevara esta muchacha, si unas posesiones que allá tengo, se pudieran haber vendido, para con lo procedido dellas poder comprar aquí por lo menos una casa, porque no pienso poder sufrir á andar á casa de alquiler: y ya que se vendan sin mí, los dineros no me los enviarán si yo no voy por ellos; demás que yo no nací para estar en casa de otrie, porque siempre después que soy mujer la tuve mía». E yo interrumpiendo la habla, dije: «Madre, si me he de ver una hora apartada deste que es mi corazón, bien podéis pensar que no viviré un día». Y juntándome más con él le abracé y eché dos lágrimas, y como él así me viese, sentóse en la cama diciendo: «Pues pese agora á tal y á cuál, ¿no soy yo hombre de poneros casa y aparejárosla de todo punto?» Y pedido de vestir se levantó; y bota de casa y vuelve ansí como á hora de vísperas, con una llave en la mano, y con dos hombres cargados de colchones, cubiertas de cama, almohadas: y otros dos con sendas acémilas cargadas de camas de campo, sillas, mesas y cosas de hierro, y venían ansí mesmo con él dos mercaderes, con sus

mozos cargados de tapicería, alfombras, cojines, manteles, estaño, y otras cosas tocantes al ornamento de una casa; parecía propiamente que se mudaba de un barrio á otro. Y lleva á mi madre consigo: y pónele una casita en orden, dese cabo del río, muy concertadita, y vuelve donde yo estaba, y paga lo que se debía de la posada á la patrona y toma un carro que llevase lo que allí teníamos (que era harto poco) y en cerrando la noche, me lleva consigo, y quédase ahí y yo en mi casa. Hágote saber que gastaba para hombre de su fuerte, tan largo como era posible. Agora como yo en la otra posada no era vista á la ventana como solía, no faltó quien diese el aviso de do moraba: veríades á todos mis requebrados pasearme la puerta. Y acertando á uno con los ojos por amigo, que se mostraba morir por mí, por vía de una tercera que intervino, hube de hacer lo que le plugo. Y pareciéndome que era hombre que tenía y gastaba, comencé á darle del once poco á poco al primer bienhechor. El cual, habiendo gastado todo lo que tenía y habiendo tomado fiado todo lo que me dió, y cumpliendo el servicio, no tuvo con qué pagar, fué descomulgado con mil diablos, y puestas las excomuniones por las calles y puertas de Iglesias, como es usanza en Roma. E yo, que era de buena casta, tanto tiempo le hice caricias, cuanto duró el darme de las ropas y joyas. Y hallando mi puerta cerrada, esas pocas de veces que escondidamente salía, comenzaba á zaherir el bien que había hecho, y vase que parecía fantasma, no queriéndole dejar entrar en mi casa. Y habiendo yo expulgado la bolsa del segundo me amarré al tercero. Pero no por eso todavía dejaba de abrir mi puerta al que venía con cualquier cosa razonable.

En fin, paséme á otra casa algo mayor, cuanto más había crecido la ropa que poner en ella. Estaba ya en reputación de gentes de señoría; y hasme de creer que gastaba lo más del tiempo estudiando en el *Putanismo*, que es un libro que compuso la antigua y más afamada ramera que en Roma hubo, llamada Angela Torrente. De manera que salí mejor estudiante que unos que van á Bolonia ó á París y están siete y ocho y diez años gastando tiempo y dineros, y vuelven tan necios á sus casas como salieron dellas. Pero yo en tres meses de estudios y aun en menos que en dos, salí tan buena maestra en todo lo que se debe saber, así en dar desabrimientos como en adquirir amigos, como en engañarlos, en saber dejar á uno y tomar á otro, y en llorar riendo y en reir llorando, como en su lugar lo diré más luego. Y en estos intermedios vendí mil veces mi virginidad. Y quiérote decir una partecilla de las traiciones (que en la verdad las que yo he hecho ansí se han de llamar) por ser de mi cosecha. E si tú eres buena alquimista, luego me entenderás.

ANTONIA

Yo no soy alquimista ni lo quiero ser, pero dí lo que quieres que yo te creeré: y aun si menester es sin juramento.

LUCRECIA

Yo tenía entre otros un enamorado á quien era muy obligada; pero una ramera que no tiene su fin que esto, sino en lo que le han de dar, ni sabe cuándo está obligada ni cuándo lo deja de estar. Y te-

niéndole yo el amor (como dice el refrán) lo que me das eso me dueles, usé con éste muy grandes crueldades, y de las mayores extrañezas que podía; y tanto peor le trataba cuanto más me daba de su hacienda, lo cual siempre hacía á manos llenas. En fin, todos los viernes en la noche iba á dormir con él, y comenzando á cenar buscaba yo con qué reñir y dar gritos.

ANTONIA

¿Y por qué?

LUCRECIA

Porque le entrase en mal provecho la cena.

ANTONIA

¡Jesús qué crueldad tan grande!

LUCRECIA

Entre reñir y parlar, entreteníalo que no se acostase hasta dos ó tres horas después de media noche; y en el resto della dábale en que royese con tanto desamor que se levantaba renegando de la paciencia y diciendo otras mayores blasfemias. Rogábame le hiciese algunas señales de amor, y yo no queriendo, cuando era ya hora de levantar volvíame á él, y con dos lágrimas en los ojos me llegaba á él. Y él procurando aprovechar de aquella buena comodidad, le era necesario darme cuantos dineros tenía, y aun la mitad de la ropa de su vestido, primero que le consintiese hacer cosa de lo que él quería.

ANTONIA

Eres una Nerona.

LUCRECIA

Pues con los forasteros que venían á Roma á estar ocho ó diez días y volverse á sus tierras con estos me di tu que usaba de mis artes. Tenía yo conocidos de estos que acompañan la justicia, que recetaban en mi botica algunas veces sin paga, teniendo ellos cargo de reñir mis pendencias, y de hacer fieros y bravosidades en mi servicio, en la manera que oirás. Ellos venían á Roma por ver las antiguallas y vistas, y cumplido con sus promesas y votos ó expedidos sus negocios, procuraban de ver las cosas modernas. Y encontrados por las calles, de aquellos de mis escuderos, y conocido que procuraban ver alguna mujer enamorada, luego me los encaminaban, y era yo la primera en cuya casa entraban. Y has de saber que ninguno dormía conmigo, que me hiciese pago con menos que con toda la ropa de su vestido.

ANTONIA

¿Cómo podía ser eso?

LUCRECIA

Pues lo quieres saber, yo te lo diré: En amaneciendo, entraba mi moza por la ropa so color de quererla limpiar, y dende á un poco comenzaba á dar gritos que le habían robado el hato. Oídas las voces por el novio que estaba en la cama, de cómo

su ropa fuese burlada, se levantaba en carnes blasfemando y diciendo que me haría secuestrar los bienes, y del valor dellos tendría manera como le fuese pagado el vestido, y yo, dando muy crueles gritos, me levantaba diciendo: «¡Cómo! ¿Vos me habéis de hacer secuestrar mis bienes? ¿No basta que me habéis forzado en mi casa, sino hacerme ladrona?» Como esos gritos fuesen oídos por aquellos que arriba dije, que estaban prevenidos á la puerta, entraban con las espadas desnudas, y subían arriba diciéndome: «¿Qué cosa es ésta? ¿Qué habéis menester, ha os enojado alguno?» Arremetía con él que estaba en carnes: parecía que cumplía algún voto ó penitencia, pidiéndome perdón, tenía á muy gran merced que enviase á llamar á sus amigos y conocientes, de los cuales uno le prestaba calzas, otro capa y ansí gorra, sayo y camisa. Y partiéndose de mi casa, le parecía haberse soltado de poder de infieles.

ANTONIA

¿Cómo te lo podía llevar el corazón?

LUCRECIA

Muy bien, porque no hay cosa por cruel, traidora y de grandes insultos y robos que sea, que espante á una ramera. Extendióse mi fama tanto por la tierra, que aquéllos no volvían más á mi casa, ó si tornaban, acabados de desnudar, hacían á su mozo, ó á su compañero el que no lo tenía, que le llevase toda la ropa á la posada, y que á la mañana se la trujese. Y con todos estos avisos les era forzado dejar algo en casa; así como la cofieta con

que dormían, los guantes ó trenzas de atacar, porque es necesario para una mujer enamorada, aunque no sea sino que una rama de finojo ó una pepita de un pero, ó un clavo de agujeta. Y con todo esto no podemos escapar de no ir á ser lumbrarias y causalo el mal francés, de los que en mal hora vienen acá con él. Pero al fin, las que en la mocedad no se saben gobernar, no les faltará á la vejez un hospital ó hacer aceites para el rostro, blanduras para las manos, quitar cejas, hacer colchones ó tomar una venta, ó andar estaciones por otras. Quiero que sepas que nunca yo fuí de las bobas que se hacen llevar de la mano como si fuesen princesas. Siempre tuve mediano juicio para saberme regir. Su daño de quien no supiese gobernarse en este mundo y no estarse hechas reinas, no abriendo sus puertas sino á cardenales, ó por lo menos á obispos. Yo no tengo por gran monte sino aquel que se hace con poca costa. Y son palabras, todos los que dicen que caga más un buey que mil mosquitos, é por esto hay más mosquitos que bueyes. Que por un gran señor que entre en tu casa, dándote un buen presente, entran otros veinte que te pagan en promesas y en palabras. E hay mil de los ciudadanos que dan y pagan á manos llenas. E la que no se humana, no rasga terciopelo; é así verás que debajo de algunas ruines capas están en cubiertos muy buenos ducados. Pues otra cosa quiero que sepas, que los que más gastan en Roma, son mozos de mercaderes, los que venden carbón y despenseros, que los había de poner en cabeceras, porque gastan tanto con una mujer en un día, cuanto roban á sus amos en un año. Por manera que conviene para medrar, arrimarse á otra gente que no a poliditos de botas picadas é sayos de terciopelo.

ANTONIA

¿Por qué razón?

LUCRECIA

La razón es, porque aquellos sayos de terciopelo y raso están aforrados de malvadas deudas é la mayor parte de estos cortesanos que los traen imitan á los caracoles que andan con toda su casa á cuestas, y no se hartan de resuello, y si algún poco tienen, se les va en ungüento para las barbas y para lavarse el cabello, y en tintas para refrescar el color á los zapatos tapetados. E por un par de zapatos de terciopelo nuevos que les ves, andan tras ellos ciento desesperados pidiéndoles lo que les deben. Yo ríome, cuando veo la presunción que traen mirándose sus sayos, que algunos de viejos se han tornado de terciopelo raso.

ANTONIA

Tú debes de estar usada de ver esos pelados que dices que hay agora. En mis tiempos otra gente había y de mejor jaez; pero la pobreza tanta que hoy día hay en los criados procede de la bellaquería y descuido de sus amos... Mas dejemos agora de tratar de esto y prosigue tu cuento.

LUCRECIA

Dígote que había uno en Mantua que usaba conmigo del plático con decirme que sabía quién era yo, y mi linaje, creyéndose con esto de haber de mí lo que quería sin paga. Vínoseme un día á

casa con las más lindas razones y dulces palabras y novelas que jamás he oído. El me alababa y me servía y en cayéndoseme cualquiera cosa en tierra se abajaba por ella y la besaba y quitaba su gorra, y con una galana reverencia hasta el suelo me la daba. E pasando en estos requiebros algunos ratos me dijo un día: «¿Por qué no alcanzo de vuesa merced una gracia, señora mía, y después siquiera me muriese?» Respondíle: «Yo estoy á obediencia de lo que quisiéredes mandar, por eso ved en qué queréis ser servido de mí.» «Lo que á vuesa merced suplico (respondió), que se vaya á dormir conmigo esta noche y deseo esto porque vuesa merced tome la posesión de una pequeñuela casa que le agradará.» Yo le prometí que lo haría, pero que había de ser después de cena, porque tenía convidado á cenar á un amigo mío. El holgose infinito por excusarse del gasto y congoja de la cena, que no me había de dar otra cosa. Venida la hora yo me fuí á su casa y después de acostados estuve atenta, y siendo gran rato de la noche, sintiendo que roncaba tomé su camisa de hombre y vístomela, que era labrada de oro, que no había ocho días que se había traído de la lavandera, y déjole la mía de mujer, viejezuela. Y como mi moza vino por mí á la madrugada, levántome luego y vide estar á un rincón de una cuadreta todos cuantos paños de lino tenía ayuntados para dar á la lavandera que la aguardaba, y cárgoselos á mi criada sobre la cabeza, envueltos en su manto, y envíola, y dende un rato que el galán todavía dormía, vide en una ventana unas redomas de agua de olor, y tomo dos y llévomelas una en cada mano y vóime con ellas. Lo que él diría cuando se levantase, piénsalo tú.

ANTONIA

¿Y eso se soportaba en el mundo?

LUCRECIA

Pues helo aquí que recordó y echó mano á mi camisa vieja y remendada, descosida por los lados, y él pensó que por yerro debí de trocarla con la suya. Mas como se levantó y halló la casa barrida de todos cuantos paños y otras cosas había en ella, hacía como un león, y vase, y querella de mí y dió conmigo en la cárcel. En conclusión, como en el hecho no hubo testigos, no pudo probar cosa; fuí suelta, y él fué tenido de muchos por hombre de poca calidad, y desta manera me vine yo á reir del, que pensaba él reirse de mí.

ANTONIA

Su daño.

LUCRECIA

Pues escucha esto. Yo tenía en Florencia un cierto enamorado mercader, buena persona, que no solamente me amaba, pero adorábame. El me mantenía muy bien, y yo lo acariciaba todo lo á mí posible, y no era tenida del en reputación de mujer que quería ni hacía por otro. E dicen muchas personas. No sabéis, Fulana muere por Fulano. Es una gran mentira que son aquellos ciertos errores de amor que duran tan poco como el sol de invierno, y la pluvia de verano. Porque es imposible que quien se somete á todos, ame á ninguno.

ANTONIA

Eso bien me lo sé yo.

LUCRECIA

Agora el dicho mercader dormía conmigo cada noche á su posta, donde por darme yo alguna reputación y por cazarlo mejor, lo hice celoso muy galanamente, haciendo él profesión de no serlo. ¿Y en qué manera, si piensas? Hice comprar tres pares de perdices y dos muy gruesos capones, y otro par de faisanes, y busco un mozo bien vestido y no conocido del y dígole que cuando sienta que está comiendo conmigo el mercader, que llame recio á la puerta. El hízolo ansí, como llamó, dije á mi criada: «abre á quien es»: y abierta la puerta, sube con decir: «Muy buena pro haga á vuesas mercedes»; mi señor el Conde de Monturque, español, suplica á vuesa merced se la haga en comer esta caza por su amor, y que cuando haya oportuno tiempo, desea decirle veinte y cinco razones.» Yo muy altanera, medio torcido el rostro, le respondí: «¿Qué conde ó qué trampa? tornaldo, hermano, lo que traéis, que no quiero que me hable otro conde, que el que cabe á mí tengo, que me ha hecho más bien que yo le serviré en mi vida.» Y volviéndome á él que estaba medio turbado, le abracé y comencé á deshonrar al mozo, y que se fuese en mal hora. El mercader, como me vido tan en cólera contra el mozo, sacó fuerzas de flaqueza y díjome: «Tómalo, loca, que es mala crianza hacer otra cosa»; y dícele al mozo: «Gentil hombre, decidle al señor conde que ella lo comerá por su servicio.» Y después de algunas risas (aunque no muy verdaderas) me volví á él y díjele:

No piense este conde español que habrá de mí un beso; que en más estimo vuestro zapato, que á cincuenta condes. El agradeciómelo mucho, y fuese á entender en sus negocios. Yo entretanto hice venir á aquellos que arriba dije, que me reñían mis pendencias, y concierto con ellos que cerca del sol puesto (porque á esas horas cenábamos juntos) y que tomasen un mozo desenvuelto, con una antorcha en la mano, y que los otros estuviesen allá apartados y muy tapados los rostros, salvo que de mi ventana se pudiesen ver, y que lo hiciesen llamar á la puerta, y como él llamó le fué luego abierta, subió arriba y saludónos muy á la española y dice: «El conde, mi señor, viene aquí á hacer á vuesa merced la reverencia que debe.» Respondíle turbadísima: «Decirle al señor conde que su señoría me perdone, porque estoy obligada á otro conde que veis cabe mí.» Y dichas estas palabras, echéle los brazos encima. El mozo fuese, y estaría un poco y tornó á llamar y mandando yo á mi moza que no le abriesen; pero oímos como decía: «El conde, mi señor, mandará echaros las puertas abajo, y aun quemároslas, no queriéndole abrir.» Por las cuales cosas asomé á la ventana dando gritos, diciendo: «¿Qué cosas son estas? ¿Vuestro señor ha de mandar derrocarme las puertas? Decidle, paje, que las mande quemar ó hacer pedazos muy á su placer, que á uno solo quiero y amo, el cual me ha hecho lo que soy, por ser quien es, y siendo menester, moriré por él.» Estando en estas pláticas, llegan los fariseos á la puerta, que eran cinco ó seis, y en el estruendo parecían cincuenta, y uno de ellos con una voz imperial, me dice: «Puta vieja, vos os arrepentiréis, y esa gallinilla bañada que está cabe vos, yo os juro por los huesos del sol, que le tengo de hacer zurzir el

rostro.» «Vosotros haréis lo que quisiéredes (les respondí); pero no son fechos de caballeros, querer forzar á las mujeres honradas en sus casas», y queriendo decirles otras mil perrerías, mi mercader me tira recio de la ropa, que me quitase de la ventana, diciéndome: «No más, no más, bastar debería lo que les habéis dicho, si no queréis ser ocasión que en saliendo de esta casa me hagan pedazos estos españoles.» Y metiéndome dentro me dió tantas gracias por la estima que del había hecho, más que los que sueltan de la cárcel á los que en ella han hecho por ellos algo. Y luego en la mañana me hizo cortar una saya de raso veneciano morado extremadísimo y siendo el Avemaría no lo tomarían fuera de casa si pensara por ello ser papa. Tanto era el miedo que había cobrado á los españoles, creyendo que el conde le mandase dar alguna cuchillada por la cara. Y á cada propósito que hablaba, decía: «En verdad que la mi Lucrecia trata bien á estos condes de España.»

ANTONIA

¿Por qué decía eso?

LUCRECIA

Porque le había hecho entender que á otros siete ú ocho condes y cortesanos había yo burlado, haciéndolos esperar debajo de una higuera de mi jardín tanto que desesperaron. E jurábale que tal y tal noche que él durmió conmigo habían estado metidos en el soterráneo un caballero y sus criados esperando á que bajase y que otros estaban en el cortinal. Y por que yo no tuviese ocasión de ha-

cer por nadie me doblaba el ordinario y me daba otras muchos joyas; y á todos sus amigos (cuando le venía á coyuntura) no publicaba otra cosa sino el grandísimo amor que yo le tenía.

ANTONIA

Gentil astucia, en verdad.

LUCRECIA

¿Esta te ha parecido buena? Pues aguarda un poco. Estando yo en Milán, dormía muchas noches con un bravoso raja broqueles que había estado mucho tiempo en la guardia de Sena y en las compañías de Génova y se había hallado en el saco de Roma y en otras afrentas; en conclusión, era un hombre que en viéndolo cualquiera mujer de media legua decía: guárdate del como del diablo; y en todo Milán no había otra plática sino ésta. E quiero que sepas que lo que yo tengo no lo he ganado como ramera, sino como demonio. Dejemos esto para su tiempo. Has de saber que levantándose una mañana de cabe mí le vi en la bolsa diez escudos y otra noche siguiente hice todo lo posible por cogérselos y no pude, aunque cautelosamente dejé la vela encendida y levantéme (como me podrás entender) en fin, no pude. Acordé de usar desta astucia. El estaba un día en mi casa muy de reposo creyéndose que con no darme nada, me había de tener toda su vida contenta. Y teniendo yo hecho concierto con un lencero, que á cierta hora viniese á pedirme diez ducados que le debía de lienzo que me había fiado, y de que sentí que estaba en casa, allégome un poco más á mi bravoso y

échole un brazo por encima del cuello y con la otra mano tiréle dos veces de las barbas, muy de quedo; y dándole de besos, le pregunto: «¿Por ventura, sabrás decirme quién es tu enamorada?» Respondió que yo. Y ansí por estas palabras como por tenerle más contento, procuré de acariciarlo; y mientras que yo le decía quiero que esta noche durmamos juntos, dice la moza: «Señora, el mercader de los lienzos ha gran rato que está ahí, al cual mandé que entrase en la cámara donde estábamos.» Y preguntándome el gentil hombre que quién era aquel ó qué quería, dije que venía por diez ducados que le resté de lienzo que me dió para un pabellón. Dícele á mi moza: «Toma esta llave y de aquellos dineros que están en el cofre, dale sus diez ducados.» E mientras ella iba á abrir el cofre, estaba yo halagando al plático. El lencero creyéndose ir, é yo habiéndole dicho á mi criada que se despachase, viéndola toda turbada, me levanté á ella que andaba alrededor del cofre que no lo podía abrir (que así como el lencero que venía por los dineros no se le debían, así la llave no era de aquel cofre), é haciendo muestra que la moza hubiese dañado la llave, falté á ella con tan grandes puñadas, como gritos diciéndole: «Enemiga, hasme echado á perder el cofre»; y todavía dándole, dije que fuese á llamar al herrero para decerrajallo. La moza fue y no lo halló, por cuya causa me volví á mi galán y le pedí por merced que si tenía allí diez ducados que se los diese; y que se buscase quién decesrajase el cofre y los sacaría, y de allí sería pagado.

ANTONIA

Tú le hiciste la más graciosa cosa del mundo. Ni igual á ella he oído en mi vida.

LUCRECIA

Lo primero que él hizo fué echar mano á la bolsa y dalle los diez ducados, y dícele: «Toma, hermano, y anda con Dios», y arremetiendo yo con el cofre, le doy de coces é con una piedra muchos golpes para abrillo. Díceme él: «Señora, envía por un herrero, porque vos antes lo quebraréis que no abriréis.» Y hablábame ya de tú y vos y con muy menos respeto por la liberalidad de que había usado en prestarme los diez ducados.

ANTONIA

Jesús, y qué tonto debía de ser su merced.

LUCRECIA

Quitándome que no diese los golpes al cofre, me llevó á la cama con intención que durmiésemos juntos la siesta; pero yo estando indeterminada de si lo haría ó no, tocan á la puerta y queriendo yo asomarme á la ventana á ver quién era, arremete conmigo, rogándome que no fuese. En efecto me solté de sus manos, y póngome á la gelosía y veo un caballero mancebo, encima una mula con hábito difrazado ofreciéndome las ancas, y yo aceptélas y bajo; y toma la capa de uno de sus pajes, teniendo los demás vestido de hombre que así andaba lo más del tiempo, y fuime con él. De cuya cau-

sa el badajo descuelga un retrato mío que estaba pintado en una tabla y colgado en un tapiz, y tómalo, como por manera de vengarse de mí y sale de casa como quien se va del juego habiendo perdido. Y dende á muy poco espacio torna á volver con martillo y tenazas que quería descerrajar el cofre para sacar sus diez ducados. Mi moza que estaba instruta en lo que había de hacer, comenzó á dar gritos, diciendo: «Que me roban, que me roban, ladrones, ladrones», que apellidó toda la vecindad. Y él dándose toda la prisa que pudo, hubo de desclavar la cerradura del cofre, en el cual halló botecillos de ungüento del rostro y de las manos, unciones de los cabellos, polvos y raíces de malva para los dientes, pegones para el vello, y una olla de pomada para quitar el asperura del cuerpo y piernas, y un par de redomas de aguas de apretaduras para lo que tú sabes. Mas en contarte estas cosas en que he andado, me acontece á mí como á los que quieren hacer una confesión general y acusarse de todas las culpas que en el discurso de toda la vida han cometido, y en tal tiempo venidos al pie del confesor, no se acuerdan de la mitad.

ANTONIA

Dime las que se te acordaren, que por esas sacarás las otras.

LUCRECIA

Así lo haré: un cierto bobarrón que de una sola viña que en todo el mundo tenía, que vendida pudo sacar cien ducados, tomó imaginación de

quererse casar conmigo, y tomando por tercero en el negocio un barbero que yo conocía, al cual hizo que me hablase de su parte y sabida y vista la moneda que tenía, le di esperanza de hacerlo, en tal manera que estando cierto de tenerme por suya, se me vino un día á casa, haciéndole yo infinitas caricias. En menos de un mes gastó todos los cien ducados en cosas de aderezo de mi casa. Creo que una ó dos veces le di de merendar, y más no. La manera que tuve de quitármelo de acuestas fué que hice un día á un otro amigo mío que me lo espantase, viniendo él á entrar en mi casa, que echase mano á la espada para él; y no fué menester más que haberse hecho esto para que del miedo que tuvo y del enojo que tomó de ver gastados todos sus dineros se metió fraile y quedéme yo riendo del.

ANTONIA

¿Por qué?

LUCRECIA

Porque es gran contentamiento para una ramera, cuando se puede alabar que ha hecho un desplacer ó engañado ó burlado á alguno.

ANTONIA

Maldita la envidia que de eso tengo.

LUCRECIA

¡Qué de dinero he yo ganado en este mundo con meter en mi casa á unos y sacar á otros! Cenaban

muchas noches conmigo amigos y requebrados míos: é acabada la cena echábales en la mesa un par de naipes, y decíales: «Jugad un par de reales para confites.» Presupongamos que el juego èra que á quien cayese el rey de copas perdiese y pagase los confites. Acabado el juego y hecha colación, quedábanse los naipes en la mesa, y los que los ven, siendo jugadores, tanto se pueden abstener de no jugar, cuanto una mala mujer de no hacer engaños. Sacados dineros comenzábase el juego de veras. Entre ellos tenía yo dos chocarreros en hábito de cortesanos, y con apariencia de simples, los cuales se hacían de rogar primero, y tomadas las cartas en la mano (más falsas que yo), con disimulaciones tiraban así toda la moneda de los convidados y hacía yo señas del juego que los otros tenían, pareciéndome aún no bastar la falsedad de las cartas.

ANTONIA

Buenas burlas eran esas.

LUCRECIA

Pues estando en Ferrara, por dos ducados que me dieron, aviso á uno como su enemigo venía dos horas antes del día (solo, solo) á dormir conmigo: Y espiado el otro, lo hicieron pedazos.

ANTONIA

Dime por qué venía dos horas antes del día.

LUCRECIA

Porque aquella hora se partía de mi casa otro que no podía estar más. Pero has de creer, que si

dormía conmigo un amigo, que fuese él solo á holgarse, yo me levantaba mil veces de su lado, fingiendo tener dolor de estómago y otras veces querer exonerar el vientre y bajaba á contentar á unos y á otros que estaban por casa esperando aquel ratillo. Pues de verano, entrando el calor, luego botaba de cabel, y en camisa, paseándome un poco por la cámara, parábame á la ventana otro poquillo; y allí hablaba con la luna, con las estrellas y con el cielo, donde tal vuelta venía que hallaba cabe mí dos galanes en lugar de uno que dejaba en la cama.

ANTONIA

Todo es perdido aquello que se deja de hacer.

LUCRECIA

No hay que dudar. Pues escucha aquesta. Habiendo yo echado á perder unos diez ó doce amigos que ya no les quedaba qué darme, traídos á cuestas como cuerpos muertos, acordé de dar con ellos (como dicen las viejas) á barranco pardo.

ANTONIA

¿Y con qué sutileza?

LUCRECIA

Tenía mi amistad un médico y un boticario, de los cuales podía fiar cualquier secreto. Díjeles un día estando ambos en mi posada: «Yo quiero fingir una enfermedad al respeto que todos mis

enamorados procuren de curarme, y vos, médico, después que yo esté en la cama, decid que tengo gran peligro, y ordena medicinas de valor, y tú, boticario, ten la cuenta con ellos, y, en contra, envíame algunas cosas que valgan poco ó no nada.»

ANTONIA

Agora digo que eres el diablo, si con tal cosa como esta cogiste los dineros que tus enamorados daban al médico y al boticario.

LUCRECIA

¡Gentil seso es el tuyo! ¿Y de eso te espantas? Pues está atenta: Fué cosa para reventar riendo cuando cenando con todos juntos fingí un embarazo de estómago con una muy gran angustia, y déjome caer debajo la mesa. Mi madre, como sabía la maldad, lloraba con gran dolor sobre mí y con toda su pena; hace que me lleven á la cama, y haciéndose ansí, ellos con ellos me lloraban por muerta, y pareciéndome entonces ser á tiempo cómodo, di yo un gran sospiro, y puestas ambas manos en el corazón, dije: «Confesión.» Dijo mi madre entonces muy angustiada que otras veces había tenido este mal, y que era mal de corazón, que se procurase luego de un médico que fuese tal, y antes que mi madre acabase de decillo, fueron dos de ellos volando por el médico con quien yo me curaba, avisados de mi madre cómo se llamaba y dónde moraba. Venido que fué, tomome el pulso con dos dedos, que parecía que tocaba en los trastes de algun laúd, y mandó que me untasen el corazón con ciertas epitimas que ordenó, y llégase muy de

quedo á dos de ellos, que más cerca estaban, y díceles, excusándose mucho, que yo ni mi madre no lo oyésemos: «El pulso es ido camino, sálese de la cámara.» Algunos de los galanes comenzaban á consolar á mi madre, que hacía muestra de quererse echar al pozo, y estaban otros alrededor del médico mientras recebtaba para enviar á la botica por remedios, que acabado de escribir la recebta, fué uno de ellos en persona á llevarla, y trae, como quedó concertado con el boticario, las manos ocupadas de alcartaces de Diafórfoles y otras cosas á este propósito. En efecto, que, venidos los remedios, y aplicados, fuese el médico. Vídose mi madre en gran trabajo en enviar los galanes, porque todos se querían quedar allí esa noche, é dormir vestidos para velarme. Venida la mañana tornaron, y tráense de camino al médico, del cual entendieron resolutamente que esa noche moriría si no me reparaban de remedios para el corazón. Ordenó que se buscasen 25 ducados venecianos, y que de ellos se hiciese un cocimiento hasta tanto que se consumiesen todos en el agua. Uno de ellos, el que mostraba quererme más, toma su capa y va en un proviso y tráelos y dalos á mi madre, la cual, como mujer diestra, púsolos en cobro, donde tan presto podrá salir del infierno quien allá fuese, como de su poder. Suma: entre las dietas, ruibarbo, jarabes, epitimas, cordiales y tabletas, manus-christi y julepes y de carbón y leña y aves y de la paga del médico, me vinieron á la mano más de 100 ducados.

ANTONIA

¿No te deshacías en la cama estando sana?

LUCRECIA

Yo me deshiciera estando sola en la cama. Pero el médico me fregaba las espaldas una noche, y el boticario me ponía las epitimas otra, y andaban los capones y buen vino por sus puntos, no comenzándose en Roma candiota de ningún perlado que yo no le hubiese primero la virginidad.

ANTONIA

¡Ha, ha, ha!

LUCRECIA

El mercader que te he dicho, me daba á entender el gran deseo que tenía de haber un hijo, de cuya causa, teniendo comodidad, me hago triste, y á la mañana y á la noche me torcía y hacía mil autos, y en comiendo dos bocados escupía cuatro, con decirle, «¿qué cosas tan amargas son estas que comemos?» El me miraba en hito y decía entre sí ¡Oh si plugiese á Dios!... é dígote en verdad que des que él salía de casa, un cavador no comía más que yo, y todavía en su presencia fingía haber perdido el gusto. Vino la cosa á términos que no probaba bocado de lo que á la mesa se traía. E al fin comencé á quejarme que tenía vagido y revolvimiento de estómago y que se me tardaba la costumbre, y descubrirle por vía de mi madre, cómo estaba preñada, y lo que yo dije, confirmólo el médico mi secretario. Por lo cual el gentil hombre, lleno de regocijo, se da á buscar los compa dres y á comenzar de comprar capones para cenar, y á proveer la casa de queso, tocino, carbón, man-

teca; y no había en las plazas fruta nueva que luego no la arrebatase, y me la traía aunque por ella le pidieran una oreja, porque no desease cosa ni tuviese ocasión de mal parir. No me consentía hacer nada, ni aunque me menease de un lugar, ni llegase las manos á la boca ni rezase. El me daba de comer, y él me sentaba y levantaba; en conclusión, que era para reventar riendo cuando yo me quejaba oirle á él llorar. E dió un día tantos sollozos, que pensé que verdaderamente se moriera de pesar porque me oía decir: «Señor, si deste parto muriese, encomiéndoos nuestro hijuelo»; é hice testamento en el cual le dejaba por heredero, y él hizo sacar el testamento y dábalo á leer á unos y á otros, y después les decía: «Mira si tengo ya razón de querer á esta mujer.» Y entreteniéndole con estas mentiras más de dos meses, un día hago muestra de haber tropezado é fingí haber movido é dijo á mi madre que echase en una bacina de agua templada una figura de corderito no nacido que nadie le viera que no jurara ser movito. Y cuando él lo vido, pelándose la mitad de las barbas, hizo un gran llanto, y daba muy mayores gritos cuando mi madre le decía que era macho y que le parecía infinito en el largo de las piernas. En fin, gastó el pobreto, no sé cuántos ducados en hacerlo enterrar y vistióse de luto y publicaba que el mayor dolor que en este mundo llevaría (si ahora muriese) sería no haberle hecho bautizar é meter en ataúd.

ANTONIA

Y ¿quién fué el padre de ese consejo?

LUCRECIA

Para decirte verdad, fué un carnero, y mi costumbre que sobrevino y juntóse todo y otras cosas que callaré, porque hablemos en algo que te dé más contento.

ANTONIA

Sea como te pluguiera.

LUCRECIA

Has de saber, que trayendo muchos días el sentido derramado, en qué formas ó modos me podría aprovechar en un tiempo adverso, en fin, vine á caer en una cosa harto útil para ramera. ¿Y que si piensas? Hacer á todas manos, así á lo poco como á lo mucho. De manera que jamás ninguno dormía conmigo, que no se dejase en casa algo del pelo: como camisa, cofieta, zapatos, sombrero, espada, guantes, ó pañecico que se quedase olvidado ó que en mi poder entrase, en su vida más lo había de ver, porque todo aquello hacía cuerpo en mi casa y á cualquier leñador ó aceitero ó de los que venden peros, miel rosada y cantueso, y á los de las pasas y higos, hasta á los que venden pajuelas tenía por amigos. Y entre ellos había pendencias sobre cuál era de mí más privado.

ANTONIA

¿Y por qué? Veamos.

LUCRECIA

Porque asomándome yo á mi ventana, y pasando ellos, aunque no hubiese necesidad de lo que llevaban lo compraba y hacía á los galanes que conmigo estaban que la pagasen, haciéndoles dar más del valor de la cosa, por tenerlos contentos y obligados. De manera que ninguno podía entrar en mi casa que por lo menos no le costase un real, ó medio, ó un cuarto, en fin, lo que había de costar. De más de esto, estando con cuatro ó cinco enamorados, venía mi moza de comprar alguna cosa, y como ella estaba impuesta en lo que había de hacer, entrabá diciendo: «Señora, no traigo nada porque el dinero que llevé no bastó para lo que había de comprar.» Decía yo, malaventurada, faltárate por allá quien te lo diera? «¿Y cuánto te falta, veamos?» Respondía un negro real; llegábame á hacer caricias al más cercano y decíale: «No hay aquí algún hidalgo que me preste un real?» Teníase por menos que el otro el que era postrero en dármelo, y hartas veces cogía cuatro ó cinco (de cada uno el suyo) y desta manera traía mi moza cada día las manos llenas á mi madre de lino y de lienzo, y otras cosas que de aquellos benditos dineros se compraban. Y unos daban el lino, y otros pagaban la hilanza; tampoco faltaba quien diese para la tejedura. Yéndose aquellos y viniendo otros (como suelen) cuatro ó cinco juntos, hacía decir que estaba ocupada y no abría sino á uno solo, con el cual tenía manera con gentil entretenimiento, que el mesmo día me enviaba fresada ó colcha, seda de labrar ó sillas de caderas, ó otra cosa buena que él tuviese, por lo cual yo le prometía en pago que viniese á dormir conmigo; él enviaba una cena co-

piosísima, y venido á la noche á gozar della le mandaba decir que diese una vuelta; él íbase y tornaba y decíanle lo mesmo, que no estaba aún desocupada, que diese otra vueltezuela, y habiéndole dicho que volviese dos veces, vino á la tercera, y no le respondieron, por lo cual comenzaba á bramar y hacer fieros, diciéndome de puta, puerca y renegaba del intemerado Jason si no se lo pagaba. Yo riéndome cenaba con otro lo que él había traído, y aún decía oyéndolo ladrar: «Ahí estarás bramón, que á mí poco se me da.»

ANTONIA

¿Cómo te lo perdonaba este, si era hombre de alguna calidad?

LUCRECIA

Fuésese quien él quisiese, él se estaba sus tres ó cuatro días con su enojo, y en resfriándose un poco, no se podía abstener de no volver sobre lo que me había dado, con decirme muy disimuladamente que me quería decir veinte palabras. Respondía que veinte mil me podía decir y escucharlas yo. Abierta la puerta subía muy oloroso y perfumado diciéndome: «No pudiera, señora mía, jamás creer que conmigo se usara tal cosa.» Respondiale: «Anima mía, habéisme de creer que yo no amo, ni quiero, ni tengo á otrie en mi memoria sino á vos, y si supiésedes lo que me importaba ir fuera de casa aquella noche, antes aprobaríades la ida que por ella darme reprensión, y si de vos no tengo conceto que me habéis de sufrir algún descuido, ¿de quién, veamos, lo he de tener? Bien sé

que según sois malicioso, que pensásteis que era ida en casa de algun letrado ó procurador sobre algún pleito, y no andáis errado.» Entre estas palabras acercábame á él abrazándolo y con esto le sacaba el corazón del cuerpo, y le hacía perder todo el rencor, si alguno le quedaba, de manera que antes que de mí se partiese, picaba el pan en el puño, manso como un cordero.

ANTONIA

Gravemente yerra quien no te da una cátedra en París.

LUCRECIA

Dices tú virtud.

ANTONIA

No en verdad, sino que la mereces por más sabia que ninguna de las que hoy son.

LUCRECIA

Pues quiero que me oigas y veras con qué novela vine á ser rica. Un gentil hombre andaba muerto por mí, y queriéndome llevar consigo por un par de meses á una heredad suya, hice echar fama por toda Venecia (donde entonces vivía) que me iba de la tierra, y hago llamar un pregonero y dile á vender cuantas menudencias tenía y esta venta no se hizo sin que por ello hubieran harto enojo otros enamorados que á la sazón tenía. Y pongo mis dineros en un banco, sin que el galán que me llevaba lo supiere.

ANTONIA

¿Por qué vendiste las menudencias de tu casa?

LUCRECIA

Por hacerlas de viejas nuevas. ¿Quieres ver cómo fué verdad? Así como torné venían mis amigos á proveerme como las hormigas al trigo.

ANTONIA

Cierto; los males que les haces á los mezquinos son ocasión que no te crean.

LUCRECIA

Yo no niego que todas las artes no se busquen para adquirir dineros, haciendo á los pobreros comer de nuestro estiércol y de nuestra purgación, y aun yo sé de una ramera, que no quiero decir su nombre, que, pensando hacer á uno que anduviese tras ella, le dió á comer pelos y cabellos y cosas gomitadas y hediondas.

ANTONIA

Calla; ansí Dios te guarde, que no me quedarán tripas en el cuerpo que no lance.

LUCRECIA

Pues oye agora: con una candela hecha de unto de hombre, encendida, he probado y la he hallado muy buena para algunas cosas; pero, en fin, los he-

chizos y encantamentos que tú hacías con hierbas secas á la sombra, con humo de sogas de ahorcado, con uñas de muertos, con palabras del demonio, son un poco de viento á respecto de lo que yo sé, y te diría si fuese lícito decirlo.

ANTONIA

La conciencia de zarzapelete debe ser tuya.

LUCRECIA

No quiero que me tengas por hipócrita, sino decirte con verdad que sé más que cuantos filósofos, astrólogos, alquimistas y nigrománticos han sido jamás, y he probado cuantas hierbas hay en los prados, y cuantas palabras se dicen en los mercados, y con todas ellas no he podido jamás mover el corazón á un hombre, y con sólo untarlo con mi saliva lo he hecho enmudecerse tan bestialmente por mis amores, y tanto, que se estaba mirándome hecho un ídolo, con ser hombre acostumbrado de andar de una en otra, no mirar á mujer en el rostro mientras yo quería.

ANTONIA

Mira, mira en qué están los secretos del encantar.

LUCRECIA

Ellos están en el seso, y el seso tiene la misma fuerza para sacar dineros de los míseros que tiene el dinero para sacar el seso de los monesterios.

ANTONIA

Si el seso tiene tanta fuerza como tienen los dineros, el seso es más valiente que no fué Roncesvalles, pues murieron en él los doce pares.

LUCRECIA

Más valiente por cierto; pero sigamos nuestro razonamiento. Escribe en tu memoria esta astucia, que no te desagradará. Yo tenía un amigo tan colérico, como uno que es muy liberal en gastar y no tiene qué, y en sentándosele una mosca en la nariz, ó por otra menor ocasión, no se podía abstener de no decirme mil deshonras, y pasada aquella furia, se me hincaba de rodillas, puestos los brazos en cruz, pidiéndome perdón, y mi gentileza dábale la penitencia en la bolsa. E viendo que me daba lo que tenía, de buena gana, lo hice venir en tanta desesperación (y con que si piensas) con levantarme de cabe él, y irme con otro más ruin que me lo pagaba doblado. Y tornados á reducir en buena conformidad, porque yo fingía de no querer verlo más, ni tener con él entrada ni salida, en fin partió conmigo de todo cuanto tenía; y desta manera hubo de alcanzar á tener paz conmigo.

ANTONIA

Tú hacías con él como cuando algún bellaco procura que le den de bofetones ó cuchilladas por sacar veinte doblas de la bolsa á quien se las dió, que busca todas las ocasiones para en que trompiece su adversario.

LUCRECIA

Mas quiero que sepas que era uno de aquellos que lo quería hacer conmigo mesma, pues no vaya él á feria que más gane; pensábase que con decir al confesor siete ú ocho pecados mortales, que cumplía. Pues la más triste ramera del mundo, comete ciento en una hora, é si lo quieres considerar, mira cuántos tendrá una, que por cubrir su altar, descubre mil iglesias ajenas. Hermana Antonia, la gula, la ira, la envidia y la soberbia, nacieron el día que nació el putanismo, é si quieres saber cómo degüella una ramera, mira lo que hace gastar en convites y máscaras, é si quieres saber con qué rabia sale de su casa, que si pudiese en un momento poner fuego á todo el universo, lo haría.

ANTONIA

No hay en eso que dudar.

LUCRECIA

La soberbia de una de éstas excede á la de un villano rico, y su envidia más y más dañosa que el que tiene el mal francés metido en los huesos.

ANTONIA

Hazme agora tanto placer, pues ya otra vez te lo he rogado y me lo prometiste, que no me traigas á la memoria ese mal, que me tendrás por enemiga.

LUCRECIA

Perdoname, hermana, que no me acordaba que

lo tenías. La acidia de una mala mujer y más aguda y más perversa que la melancolía de un escudero que se ve desfavorecido de su señor y sin maravedí de renta que gastar. Y la avaricia de esta tal, es semejante que la de un rico avariento que ha robado al vientre y á su apetito muchos buenos bocados, y lo que ahorra júntalo con los demás dineros que en casa tiene.

ANTONIA

¿Y dónde dejas tú la lujuria de una mala mujer?

LUCRECIA

Hermana Antonia, quien siempre bebe jamás tiene sed, y pocas veces ha hambre quien está de continuo á la mesa comiendo. E si alguna vez nos toca con una gruesa llave, comemos de tal manjar por manera de antojo, como mujer preñada que come de una fruta muy verde ó de una tierra de una pared. Y júrote, así me dé Dios la aventura que busco, que la lujuria es la cosa que menos estimamos, porque nuestro pensamiento no es otro que sacar á todos el cuero y las correas.

ANTONIA

En verdad que te creo.

LUCRECIA

Puédesme muy bien creer porque no te diré punto más que la verdad, ansí ella me valga, que no una vez, sino más de ciento, me ha contecido

en este mundo estar seis horas y una noche entera con un hombre, é si quinientas veces me hablaba, tantas yo imaginaba responderle, tan fuera de propósito que hubo alguno y algunos tan faltos de juicio que creían que perdía el sexo por sus amores.

ANTONIA

Antes pensara yo desvariabas con el calor, si era verano.

LUGRECIA

Pues ni era eso ni esotro, sino que dende que en mi casa entraba alguno que hubiese de dormir en ella siesta ó noche, mi sentido é juicio no era otro sino andar de tiendas de lenceros, á las de los plateros, sin dejar ropa vieja ni gradas, ¿y cómo si piensas?—decía yo entre mí—este galán, me dejará á la mañana cuando se vaya, diez coronas, é si yo las he á las manos, luego me cobijo mi manto y voy al dueño de la casa y le doy para en cuenta del tercio que está por cumplir tres ducados, por poderme valer de dos tanto tiempo después que se cumpla. Y de ahí me vengo por la tienda de mi lencero para en cuenta de los fustanes que saqué fiados, darle he otro ducado, por acreditarme con él para adelante, é ansí haré á otros que debo, y trocaré mi saya por otra de más alegre color, y por venturá echaré un ribete de terciopelo al manto, é si se me antoja, compraré cuatro hanegas de dril que no es mala granjería que las amase mi madre y que las venda mi moza, y del acemite que sobrare, comeremos pan de balde, y sobrarán ahechaduras

para criar algunas aves, y si acaso hay priesa que se venda antes que salga del horno, allí es el ganar porque ni va cocido, ni lleva su peso cabal. Ansí que, hermana, cata aquí como haciendo estas consideraciones no se puede tener cuenta con el pecado de la lujuria, y no solamente en esto perdía el tiempo, pero aún en otros mayores desvaríos.

ANTONIA

Ten punto. ¿Nunca esta cuenta te salía mentirosa?

LUCRECIA

Sí, y muchas veces, pues si de continuo saliera verdadera, ¿dónde ocupara tanto dinero? Según la frecuentación de gente que en mi casa entraba, que tal vuelta venía que en la alhóndiga valiendo el pan caro, no podía haber más priesa. Pues lo mejor se me olvidaba de decirte, que como venían algunos que echaban dineros de sí como si fueran pajas, había otros tan perversos y refalzados que á poder de juramentos que se les olvidó la bolsa en casa, cumplían; otros si eran mercaderes decían que aquel día no se abrieron los bancos sino muy tarde, y que no pudieron aguardar; pasaban francos y sin pagar el portazgo, pero si tornaban sobre los amores armábales yo con queso donde pagaban lo nuevo y lo viejo, y aun hasta el contento que recebían de haberme burlado me pagaban. Y he aquí bien probado como pensando si me dará algo, si no me dará nada, esto compraré, estotro haré, se me iba el tiempo sin tener más cuenta ni atención con lo que pasaba, como si estuvieran de mí

quinientas leguas. Por manera que torna á lo dicho, que en nosotras no es el más grave pecado que cometemos el de la lujuria, antes el menor; mira qué tales serán los otros. Pero por hacerme merced que estés atenta á mil gentilezas que te quiero decir en un punto.

ANTONIA

Dilas, que aunque te esté escuchando de aquí á mañana, maldita la pena que reciba, antes muy gran delectación y contento.

LUCRECIA

Tres personas entre las otras me amaban; que eran un pintor y dos escuderos; y la paz que hay entre perros y gatos era la que entre ellos había, y teniéndoles hecho voto á todos tres que viniesen una mesma noche á mi casa, sin que el uno supiese del otro, aconteció que el pintor tomó la mano y tocó la puerta que luego le fué abierta, donde acabado de subir él la escalera é yo, que me quería sentar cabe él, cata, viene uno de los dos escuderos y llama, y como en el llamar fué de mí conocido, dígole al pintor que se esconda, y haciéndome con él encontradiza en la escalera que subía ya arriba, arriba, lo primero que me dijo fué: «¿No lo haría agora el diablo que me topase yo con aquel bellaco del pintorcillo para darle de garrotazos?» E no oyéndole el pintor por las palabras que yo atravesé, oigo al tercer enamorado dar un silbo que era seña entre él y mí y tornó á silbar para que mejor fuese entendido y le abriese. Considerando qué medio tendría para meterlo en casa, estando

los otros dentro, en fin, me determiné á abrirle y hago meter el segundo donde estaba el pintor. E como el tercero subió, las primeras palabras que me dijo fueron: «Pensé hallar alguno de tus ámigos, que á estar acá no se excusaba matarlo por mis manos.» E no creas, Antonia, que porque él decía esto que dejaba de ser una gallinilla. E dígote verdad, que siendo oído del pintor, que no sabía que el escudero estaba donde él, ni el escudero del pintor, salieron ambos fuera á un tiempo para conocer quién era el que había entrado tan bravoso; el cual, viendo salir á los dos y queriéndose retraer á un rincón de la cuadra por estar más fuerte, no mirando donde ponía los pies, cayó por el boquerón de la escalera y da abajo un golpazo que se molió por los lomos. Los otros dos, con la ira que tenían bajaron tras él todos tres, que tan mal se querían. Comenzaron una batalla en tercio, á la cual acudió mucha gente de la vecindad y no podían entrar á despartillos porque el uno tenía las espaldas á la puerta y no se podía abrir y creciendo la grita de dentro y la gente fuera, quiso su ventura que pasase por allí el gobernador y paró al ruido, mandando echar la puerta en tierra, y préndelos á todos y da con ellos en la cárcel, sucios y ensangrentados como estaban y manda que á todos juntos los metan en una mesma prisión, jurando que de allí no saldrían jamás hasta que fuesen buenos amigos. Como después lo fueron.

ANTONIA

Cierto; esa fué de las buenas.

LUCRECIA

Mira si fué buena, pues que á todos los foraste-

ros que venían á mi casa lo contaba y estuve por mandar á hacer coplas sobre ello si no fuera tenida en el pueblo por mujer vanagloriosa.

ANTONIA

Dios te lo pague.

LUCRECIA

Dios lo haga. Y así como en lo pasado hice reir á todos, en lo que agora te contaré los hice llorar. Estando yo en Roma, en la cumbre de mis prosperidades y riquezas, en el tiempo que más estima y valor tenía mi persona y más querida y servida era, y cuando de mejor gesto estuve, imaginé de hacerme beata encerrada en Camposanto.

ANTONIA

¿Por qué no en San Pedro ó en San Juan de Letrán ó en otras muchas iglesias que hay en Roma?

LUCRECIA

Porque mi intento principal fué mover á piedad á mis enamorados, con ponerme junto á tantos rimeros de huesos de muertos.

ANTONIA

Bien lo pensaste.

LUCRECIA

Y persuadiéndome de tal nombre comencé á hacer la vida santa.

ANTONIA

Primero que me digas más, quiero saber de ti cómo entraste en este frenesí de querer ser beata encerrada.

LUCRECIA

Por hacerme sacar del emparedamiento á costa de mis enamorados.

ANTONIA

Sí, sí.

LUCRECIA

Comencé á mudar la vida, y del primer encuentro di con toda mi tapicería en tierra, y quito la cama de campo y otro día la mesa alta en que comía y púseme una saya parda sin guarnición y quítome la cadena, gargantilla y anillos y otros ornamentos y aderezos de mi persona y dime á fingir que ayunaba de continuo y que no comía sino una vez al día y negaba á todos la conversación, ni menos consentía que mis amigos me visitasen. Y así de día en día les hacía entender la enmienda de mi vida, por lo cual ellos se desesperaban. Y sabido yo que la fama de quererme entapiar era ya

bien pública por toda Roma, saqué todo lo mejor de mi hacienda y póngolo en lugar seguro y di por Dios muchos andrajos que no valían nada. Y cuando me pareció tiempo oportuno hago llamar á todos mis amigos que pensaban quedar huérfanos sin mí (á los cuales fuera harto mejor no haberme conocido) y ruegoles que se sienten, y estando así un poco sentada entre ellos sin hablar comencé á revolver en mi fantasía algunas palabras que dellos en secreto oído había: haciendo primero muestra de echar veinte lágrimas que no sé cómo tan presto se me estancaban, diciéndoles: «Hermanos, señores y padres, quien no piensa en las cosas del ánima no la tiene, y si la tiene no mira por lo que conviene á su salvación: yo quiero mirallo: por lo cual os hago saber que estoy convertida del predicador y de la leyenda é historia de la Magdalena y medrosa y espantada del infierno, que lo he visto pintado; determino de no ir en lugar tan caluroso porque mis pecados son tantos que temo en gran manera á mi Dios y á su justicia. Por lo tanto, hermanos, yo quiero entapiar esta carnacha.» Los pobretos murmuraban unos con otros de ver en mí tanta devoción, en la manera que hacen aquellos devotos que no pueden abstenerse de sospirar oyendo predicar la pasion de Cristo. Y prosiguiendo en mi razonamiento, muy llorando les dije: «No quiero más pompas, no quiero más galas, no quiero más aderezos de casa. La cámara mía adornada por extremo será un palmo de casa desnudo de cosa que en ella haya colgado; mi cama será una carga de paja echada sobre una estera; mi comer la gracia de Dios y mi bebida agua llovediza, é mis ropas de oro y seda que solía yo traer serán un silicio áspero y grueso.» Y teniéndolo á posta se

lo mostré y parecían (si te acuerdas) el llanto que hacen los buenos cristianos cuando muestran la cruz de Cristo en el Coliseo. Yo estábame oyendo el planto que hacían mis enamorados, que se ahogaban con el dolor que sentían, y parlaban unos con otros á vueltas del pesar, mas cuando les dije: «Hermanos míos, demándoos perdon», aquí se levantaron con tan grandes gritos, como los habría en Roma si otra vez fuese saqueada (de lo cual la guarde Dios), y echándoseme un asnazo de aquellos á los pies, rogándome que apartase de mí tal pensamiento, y visto no aprovecharle nada, se dió de cabezadas en la pared.

ANTONIA

¡Jesús, y qué gran pecado!

LUCRECIA

Venida la mañana que había de entrar en el emparedamiento jurarás que estaba toda Roma en la iglesia del Camposanto, cruzando la gente con tanto fervor como cuando van á alguna gran perdonanza: y aun no sé si entonces se pudiese juntar más gente. Y has de saber cierto que los que han de justiciar por la mañana, siéndoles notificada la sentencia de antenoche, no recibieron mayor desplacer ni turbación que mis enamorados. Y no te digo si muy sobre peine lo que pasa por no detenerme. Yo fuí encerrada con temor de todo el pueblo, que decían: «Dios la ha llamado á penitencia»; otros decian: «¡oh, qué buen ejemplo ha dado de si»; decían otros: «¿quién tal creyera jamás?» Otros, aunque lo veían, lo tenían por imposible; otros se

admiraban y otros se reían, diciendo: «quiero que me ahorquen si ella acaba el mes en el emparedamiento». Fué paso para gozar del y notarlo ver estar los mezquinos en la iglesia buscando oportunidad para poderme hablar, y en verdad te juro (así me libre Dios del mal que tienes) que el sepulcro de Cristo no fué tan bien guardado de los fariseos como cuanto yo lo fuí de ellos. En fin, pasados algunos días (aunque pocos) comencé á dar orejas á sus peticiones con que á todas horas me conquistaban que me saliese, diciéndome que en todo lugar se podía salvar el alma. E por decirte verdad, en una palabra, arrebatáronme de allí y aderezáronme una casa de nuevo, donde me metí, saliendo del emparedamiento que ellos rompieron como si fuera la puerta del Jubileo, comenzando el Papa á quitar el primer ladrillo. En conclusión, yo salí con mejor gesto que nunca: y todos en Roma reían y especialmente aquellos que esperaban en que había de pasar. Decían unos á otros riendo á gritos: «¿qué fué lo que yo dije?»

ANTONIA

No sé cuál mujer pudo pensar lo que tú pensaste.

LUCRECIA

Las rameras no son mujeres, sino diablos, y por eso piensan y hacen lo que yo hice. Y avísote, hermana mía amada, que una mala mujer siempre tiene en el corazón un pellizco que la hace vivir descontenta; y esto es dudar si ha de ir á vender candelas ó á ser quitadera de cejas ó colchonera;

que tú, como mujer sabia, arriba tocaste. E confiésote que por una Lucrecia que se ha sabido valer, hay mil que han muerto en los hospitales. Y maestre Andrés solía decir: «que las rameras y los cortesanos estaban en una mesma balanza». Y este es el puñal ó pellizco que te dije teníamos en el alma, que es más que en el corazón; pues nos hace imaginativas, pensando qué ha de ser de nosotras en la vejez, si será tener cargo de algunas lámparas ó demanda, ó si hablando una muchacha de buen gesto, la tomaremos unos por hija, ó si será mejor buscalla de edad, que comience desde luego á dar fruto.

ANTONIA

¡Y cuánto he visto yo de esto!

LUCRECIA

Más habré visto yo, que las he visto ponerse de los mejores nombres que hallan; los cuales, mudándoselos cada día, jamás los forasteros pueden atinar cuál es su nombre el verdadero; agora se llama Julia, otras veces Laura, otras doña Paula y doña Berenguela, por ocasión solamente de haber pasado por su calle un señor ó caballero; las verás con más dones á cuestas que veces han tomado el agua del palo. Y por una de ellas que tenga madre, como la tengo yo, que es la que conocistes, hay un millón de ellas sacadas de las cunas de las iglesias y de mesones y casas más ajenas, que es imposible poder adevinar, no solamente quién fué su padre, mas si lo tuvieron, por ser de hechura de mandrágoras. Y nosotras, si bien miras en ello, nunca dejamos de publicar ser hijas de señores, cardenales y

perlados; y es muy gran vanidad, porque hay luego quien nos diga al contrario: por ser tantas las simientes que se plantan en nuestros jardines, que es imposible poder atinar quién haya sido el hortelano de la planta que nació, y es loca la que se desvela en querer saber de cuál grano nació aquel fruto; porque un prado sembrado de muchas y diversas simientes, y todas juntas, y sin ponerles ninguna señal, mira quién quieres que atine.

ANTONIA

Es muy cierto lo que dices.

LUCRECIA

Pues triste del que cae en manos de ramera que tenga madre, dolor del si una vez lo amansan; y si acaso son de edad convenible, quieren tan buena parte como sus hijas, de donde conviene que ellas mezclen con engaños de las hijas algunos robos, por la cual vía pueden castigar de la bolsa á quien las infama. E siempre ó por la mayor parte se amarran con gente nueva, porque con viejos pocas veces pueden tener buen crédito.

ANTONIA

Esta razón me cuadra.

LUCRECIA

¡En qué peligro se pone un mezquino sobre el cual echan suertes madre é hija encerradas en su cámara!, ¡qué de ladronerías se acuerdan!, ¡qué de

crueldades acometen!, ¡qué de hechicerías inventan!, ¡qué de repartimientos y anatomías hacen de su bolsa! E dígote de verdad que Paladinas no podía enseñar tantos tiempos á los que avezaba á esgremir, cuantos una madre adotiva ó natural á su hija. Dícenles: cuando tu amigo viniere, dirásle esto, y pedirle has estotro, y abrazarlo has á tal tiempo, y harásle caricias desta manera, y tratarle por tal vía, que no hagas del mucho caso, ni lo desprecies tanto que lo uno y lo otro venga á ser extremo. E mientras estuvieses con él, no dejes de acudir á otros, si se ofrecieren. Finge estar muy cuidosa; promete y niega cuando te parezca; pídele siempre que te preste y busque emprestado manillas, anillos, ropas, tocados, plata para bautismos, y procura siempre de hacelle algo menos, que cuando el mundo se hunda, á lo peor que puede venir es volvérselo como te lo dió.

ANTONIA

En todo dices verdad, como mujer experta y muy sabia que sabe lo suyo y lo ajeno.

LUCRECIA

Créemelo de hecho porque así pasa.

ANTONIA

¿Y tú, por ventura, has sido así perversa?

LUCRECIA

De las que orinan como las otras. Mientras fuí

mala mujer procuré de serlo tan por entero, que en cosa dejé de hacer aquello que una ramera podía, porque yo no me tuviera por tal, no teniendo intención de serlo tan cumplidamente, cuanto la que más. E si mujer tuvo méritos para ser estimada por ramera, lo fué la Lucrecia que tienes presente, que en mantenerse dende que hubo catorce años, fué maestra. Pero dejemos estas cosas aparte y hablemos de otras que importan más. De cuantos mezquinos he hecho hacer pedazos y dar palos y cuchilladas.

ANTONIA

Dilo; ansí goces de la vejez como gozaste de la mocedad; y también te ruego que me digas si has hecho penitencia por esos pecadillos.

LUCRECIA

Hágote saber que después acá he tomado infinitas indulgencias y perdones; de manera que no pienso que mi ánima ha de ser de las postreras que han de ir al paraíso, así como el cuerpo no lo ha sido en este mundo, y torno á decir que no he de ser de las postreras, aunque permitía matar á los hombres, porque si lo hacía era por grandeza, pareciéndome ser vanagloria de mi hermosura, que relumbrasen espadas por mi calle, y triste del que me hacía algún desplacer, que cuando á otro que al verdugo no hallara, me echara con él por vengarme.

ANTONIA

El mal es mal, y el bien es bien.

LUCRECIA

Sea lo que fuere, yo lo hacía hacer, y no me arrepiento dello; pero, ¿qué te podría yo decir de un arte que tenía en hacer rabiar?

ANTONIA

Tal vuelta te vendría que lo pudieses hacer.

LUCRECIA

Hartas y muchas veces tuve en casa diez requebrados juntos, y repartía entre ellos las caricias y palabras, que parecía que estaban en paraíso. Y de que se me antojaba, apartábame á una cámara con el que me parecía, de cuya causa á los otros se les secaba el regocijo; oíase entre ellos un sospirar con poco remor, que parecían gente extranjera, que sufrían por no poder más; de los sospiros nacían algunos gritillos mezclados con mordimientos de dedos, con dar puñadas encima la mesa y con algunos cantarcillos dichos al falsete, por quebrar en algo la cólera, y paseándose tomaban la escalera en la mano, y bajando iban diciendo mil blasfemias; y si acaso hallaban la puerta cerrada, allí era el hacer como toros bravos.

ANTONIA

Pues la Mendoza no fué tan cruel.

LUCRECIA

Tú eres de las muy piadosas.

ANTONIA

Verdad es que lo soy, y huélgome de serlo.

LUCRECIA

Qué regocijo era de ver en la mitad del placer que alguno conmigo tomaba, pararme á llorar sin ninguna ocasión, y siéndome preguntado el por qué, con fingidos sospiros y sollozando con las palabras decía: «Yo no soy preciada, yo soy desechada de vos; pero tendré paciencia, pues que así place á mi fortuna.» Otras veces en partiéndose uno de mí por dos horas, le decía llorando: «¿Dónde andáis? No será mucho que vengáis de casa de alguna que os pegue algún mal que tenga yo que curar»; de cuya causa los necios pensaban que alguien me venía con estas nuevas, ó que yo, de amor que les tenía, lo procuraba saber. E así mesmo lloraba cuando veía alguno que tardaba dos días de no venir á mi casa, haciéndome entender que era por alegría de vello.

ANTONIA

Debías tener las lágrimas en la manga.

LUCRECIA

Has de creer que soy hecha de la masa de unas piedras, que por ordinario destilan agua de sí; pero en toda mi vida pude llorar sino con un ojo.

ANTONIA

¿Y por qué no con dos?

LUCRECIA

Porque las malas mujeres no lloran sino con uno; y las casadas con dos, y las monjas con cuatro.

ANTONIA

Eso me parece á mí que será gustoso de oir.

LUCRECIA

Sería ello gustoso si te lo dijese; pero has de tener por cierto y por muy averiguado que las rameras lloran con uno, y ríen con otro.

ANTONIA

No te vayas de aquí sin decírmelo.

LUCRECIA

¿No sabes, pobreta, con cuantos años tienes, que nosotras tenemos la risa en el uno y en el otro el planto? Siendo verdad que por cada cosita reimos, y por cada monada lloramos, y que nuestros ojos son como un sol ñublado, que agora echa fuera los rayos y luego los esconde, y en el medio del lloro salimos con una riseta, y en lo mejor del reir no falta por qué llorar? Y echar de una cosa risa, de otra lloro, hice yo esto con más gracia que ninguna ramera de mis tiempos, y robé con ellos más cora-

zones que tengo cabellos; y no hay cosa más necesaria que el reir y llorar que te he dicho; pero es menester hacello á tiempo, porque si escapa de no ser á buen propósito, no vale nada, y sería como lo que dicen de las rosas de Damasco, que si no las cogen al alba, pierden el olor.

ANTONIA

Cada día se aprenden cosas nuevas; por esto dice bien el refrán «viva la gallina», etc., etc.; y aunque estoy cual me ves agora, no pierdo la esperanza de aprovecharme de más de cuatro cosas de las que te he oído.

LUCRECIA

Después de la risa y del lloro fingido, venían luego las mentiras, de las cuales me precié más que los villanos de los ajos. Y creeme que he dicho más en este mundo que hay arenas en el mar; y hacía que me las creyesen á poder de juramentos que echaba, y teníase de mí tan buen crédito cuando algo decía, que no dijeras sino ésta es un notario apostólico. Yo hallaba para decir cosas inauditas, y de allí venía á dar en mis deudos y en mi hacienda; imaginaba cosas extrañas, y reducíalas á mi propósito, y afirmaba tenerlas apuntadas. Tenía asimismo en mi aposento una tablilla donde estaban escritos los nombres de todos mis enamorados y repartía entre ellos las noches de la semana, dejando afuera al que aquella noche había de dormir conmigo. Y si tú has visto la orden que tienen en las escuelas de los muchachos en ciertas tablillas

que están colgadas á la puerta donde están escritos los nombres de todos.

ANTONIA

Bien me acuerdo haberlas visto.

LUCRECIA

Esto, pues, es lo que te digo.

ANTONIA

¿Qué tienen que hacer las mentiras y devaneos que tú decías con la tablilla que tenías colgada de los nombres?

LUCRECIA

Yo te lo diré. Los necios, estando seguros por la tablilla que les notificaba la noche que les cabía, hallábanse engañados muchas noches, porque metía yo uno por otro, y esto no sólo una vez me aconteció, pero muchas.

ANTONIA

Agora acabo de conocer quién eres.

LUCRECIA

Oye esto, y ruégote mucho que estés atenta. Pedí prestada una cadena de gran valor á uno que de mi hermosura estaba contentísimo. Y él pidióla á otro que se la quitó del cuello á su mujer por pres-

tármela, y púsomela él de su mano el día que el Papa da los dotes á tantas pobres doncellas en el monasterio de la Minerva.

ANTONIA

El día de la Anunciación, dices.

LUCRECIA

Verdad es que este propio día fué cuando me la puso, pero túvela poco.

ANTONIA

¿Por qué poco?

LUCRECIA

Porque ansí como entré en la iglesia y vi tanta multitud de gente, pensé en hacer mi hecho, y quítome la cadena del cuello, y dóisela á uno, que me era más secreto que el confesor; y métome en la mayor apretura, y de que estuve allá bien dentro, comienzo á gemir, y á llorar, y á mirar á todos en las caras, y comienza tu Lucrecia á poner la voz en el cielo, diciendo: «¡ay mi cadena, que me llevan mi cadena! el ladrón, el robador»; y comienzo á hechar las otras en el suelo y á mesarme, y hago tan gran rumor que todos cuantos en la iglesia había se alborotaron. El alguacil acudió á los gritos y prendió á un desventurado que en el rostro hizo una muestra de turbarse, creyendo que fuese el que había hurtado la cadena, y llevado á la cárcel, tardó poco que no lo ahorcaran así en caliente.

ANTONIA

No quiero oir más.

LUCRECIA

Rogarte la han buenos, y todavía lo harás.

ANTONIA

Quiero hacerlo hasta ver en qué paró ó qué fué lo que dijo el que te prestó la cadena.

LUCRECIA

Yo, salida de la iglesia y todavía llorando, torciéndome las manos, me vine á casa y encerreme en una cámara y díjele á mi criada: «No suba acá nadie que me dé enojo más del que yo tengo.» Estando en esto vino el amigo que me prestó la cadena y entró en casa, y queriéndome hablar, no hubo remedio; por cuya causa él llamó y llamó y dió golpes y golpes á la cámara do me estaba, diciendo: «¡Lucrecia, Lucrecia, ábreme, ábreme, no te desespere aquesto.» Yo, fingiendo no oirlo, decía, antes recio que quedo: «¡Ay, mezquina de mí, triste de mí, malaventurada, desdichada entre todas las mujeres, desgraciada más que cuantas nacieron! ¿qué haré, que será de mí?; quiérome meter con las arrepentidas ó echarme en un pozo.» Y levantándome de la cama donde estaba recostada, digo sin abrir la puerta de la cámara á mi criada: «Ve y llámame luego un pregonero que quiero vender todo cuanto tengo, y con el dinero que dello hiciere pagaré la cadena.» Y hecha muestra de querer ir la moza á

llamarlo, el bueno del galán tornó á dar recias voces diciendo: «¡Abrid, abrid, que yo soy!» En fin, le abrí y entró, y así como le vi di tan grandes gritos, diciendo: «¡Triste de mí que soy destruída; malaventurada de mujer á quien tantos desastres siguen, y si pensare quedar sin camisa no quiero que perdáis blanca del valor de la cadena.» Y á todo esto mis ojos eran únas fuentes derramando lágrimas de hilo en hilo. El hacía con los dedos ciertas señales de no dar fe de mucho consolándome. Vino la cosa en términos que durmió conmigo aquella noche, y tuvimos tanto regocijo que no se habló más de la cadena.

ANTONIA

En fin, ya he dicho que eres una gentil boticaria.

LUCRECIA

Si no recibes pesadumbre direte otras cosas que se me van acordando.

ANTONIA

Huélgome tanto de oirte que me pesará cuando venga la noche que nos ha de despartir.

LUCRECIA

Has de saber, hermana, que en un poco de tiempo que viví en Pamplona un viejo flaco y rancioso, se emborrachó de mi hermosura y yo de su bolsa. E queriendo él gozar de los amores como de las cortezas del pan un desdentado, se le iba todo

el tiempo en abrazarme y en tentarme y en proveerse de eletuarios y preparativos y con todos estos remedios, jamás pudo á derechas poner en efecto su deseo. E si algún poquito hacía muestra de poderlo hacer encontinente se le apagaba, que propiamente parecía una lámpara que no tiene más aceite que para mostrar estar encendida, y no aprovechándole nada de lo que hacía, acordé, antes de que se le quitase del todo la posibilidad y gana de verme, hacer lo que te agradará de oir. ¿Y que si piensas? Tomo un día y convido á todas las mujeres enamoradas que yo conocía y hágoles un banquete, que todo se aderezó de su dinero y pídole prestadas treinta piezas de plata para el servicio de la mesa, más por hacer lo que oirás que por fanfarronería de mostrarme rica; de las cuales, cuatro de las mejores le fice menos y venido á la noche á dormir conmigo, tomó las veintiséis y echóselas en el regazo y contándolas él para darlas á un su criado que las llevase á casa no las quiso recebir porque faltaban cuatro; levántome á él dando gritos muy enojada; dígole: «¿por qué tenéis tan mala condición? Andáis porque me entre mal provecho la cena. Si por eso lo habéis tomad cuanto tengo y vendedlo y pagaos»; y todavía muy enojada levántome de cabe él y métome en mi cámara. Como él me vido tan en cólera, levántase y vase tras mí y comienza á halagarme y á darme mil abrazos y mil besos; en fin, quedamos amigos, con que fizo juramento solemne de que en todos los días de su vida á mí ni á otrie prestaría pieza de plata.

ANTONIA

Ya he dicho que eres de las finas

LUCRECIA

En tomar de nuevo á uno por amigo fué ni más ni menos dulce. De modo que todos los que me hallaban la primera vez me iban alabando; pero de que me gustaban me hallaban como un acíbar. Y así como en los principios mostraba parecer mal las cosas mal hechas, así en los medios y fines las que eran buenas. Porque, á usanza de buena ramera, recebía gran deletación en sembrar escándalos, tramar pendencias, poner cisma entre amigos, oir decir afrentas, hacer venir á las manos, poniendo yo lengua en los principales y haciendo juicio del Emperador y del Gran Turco y de los reyes comarcanos: tratando de la carestía del tiempo y de la riqueza del duque de Ferrara, y dando á entender que las estrellas eran del tamaño de las ruedas de las carretas y no mayores, y que la luna era hermana bastarda del sol, y de ahí faltaba en el blasón de mis armas y de mi linaje, y daba otra vuelta por duques, condes y marqueses, y afirmaba que en las mesmas dignidades y honra que ellos me había criado, y con tanto descanso, que no se ponían en la cama donde yo dormía sino colchones de seda, y con esto hacía á mil bobos estarme escuchando de rodillas, las bocas abiertas.

ANTONIA

Pues ya yo no te quiero escuchar más.

LUCRECIA

Déjame acabar mi cuento. Una señora, según que dicen, no hace estos descaxcamientos vanos, ni

toma renombres tan altivos, como las rameras hacen, que unas publican ser hijas del duque Valentino, otras del cardenal Ascanio, pues dime que echan mano de los más ruines apellidos, sino que de Guzmán abajo no se precian; é si de ahí disparan, publican luego que en las Montañas ó en Asturias tienen solar conocido. Pues ver algunas sellar sus cartas con grandes y bravosos sellos, es gran donaire. Y no creas, hermana, que los títulos que ellas mismas ponen las hacen mejores; antes con ellos son tan sin amor y tan sin caridad ni piedad, que si San Roque ó San Antonio les pidiese limosna, no se la darían sino por el miedo que les han.

ANTONIA

¡Jesús y líbreme de tales mujeres!

LUCRECIA

Cierto que mejor sería echar las cosas á la mar que darlas á semejantes, que tanto te precian después que les has dado una cosa, cuanto te fingen agradar antes que se la des. Pues una sola cosa buena tienen, que es mantener la fe. Son en esto peores que diablos. Y por la mayor parte las rameras tienen miel en la boca y navajas en las manos, y verás dos dellas besarse desde los pies hasta la cabeza, y desviadas la una de la otra, se dicen cosas para tapar los oídos. Pues oirlas publicar mal de los hombres es el donaire cuando ellas están en cuadrillas, y como en entrando les hacen caricias, sea quien se fuere, con tal que entre con el pie derecho gastando, que no durará más un punto la

muestra de quererlo cuanto durare el dar. Y de cómo dejan á uno y se arriman á otro que tiene más pluma, y cómo aventajan á éste entre todos, entreteniéndolo con decille mil veces á la hora «vuestra señoría»; y en saliendo de casa, por dar lugar á otros que vienen á conversación, al salir les hacen mil caricias de lengua, y no han puesto el pie en la calle cuando á las espaldas le quedan haciendo gestos, y con las manos cuernos, é dicen: allá irás, traidor, prolijo y otras peores cosas.

ANTONIA

¿Por qué lo hacías así?

LUCRECIA

Porque una mala mujer no parecería serlo si no fuese traidora con gracia é privillegio; y á la que esto le faltase, sería como cocina sin cocinero, ó como comer sin beber, ó lámpara sin aceite, ó macarrones sin queso.

ANTONIA

Dejemos eso, por vida mía, sino tornemos á tus hechos en particular, que huelgo más de oirlos que de oir recitar comedias.

LUCRECIA

Agradézcote este favor; pero ya que sé que te deleitas en oirme, diré lo que más se me acordare. Has de saber que vino á Nápoles un mozuelo de dieciocho años, mercader de noble generación y rico, y del primer boleo, me le echaron á las ma-

nos, que donde quiera que iba procuraba detener amigos que me encaminasen provechos; de manera que, dende luego, publiqué quererlo infinito, é tanto más era el cuidado que tenía de roballo, cuanto á él no le faltaba de holgarse conmigo, y para acreditarme más con él, comencé á enviar allá mi moza tres ó cuatro veces al día, unas veces á que viese cómo estaba, otras á suplicarle tuviese por bien de venir á holgarse á esta su casa; y doime á publicar por todo Nápoles que me moría por él, é que estaba por recebir la extremaunción; decían algunos: «¡en qué ha caído esta puta!, é mira en qué se tornaba sino con un muchacho, que le henchirá la boca de leche.» Yo á todo lo que me decían callaba y estábame quedita como gata mansa, gustando del y persuadiendo á todo el pueblo, que ni dormía ni comía de enlevamiento y desatino que de sus amores tenía, é fingía, durmiendo de noche, mentallo, como que hablaba con otras, y decíales que sus lindos ojos eran los que me habían cativado. El muchacho oíalo todo que dormía cabe mí cada noche, que no lo osaba largar de la mano, porque como era codicioso y ha fama de rico, por ventura otras golosas como yo no me lo cazasen. En efecto, que recibiendo él de mí algunas buenas cenas y otros servicios, se iba agradando y mostraba á todos sus amigos un anillo con una turquesa que yo le había dado, que valía medio ducado escaso. E siempre que conmigo dormía no dejaba de decirle: «Mira, si tuviedes necesidad de dineros, que me los pidáis, que yo los proveeré, pues lo que yo tengo es vuestro, siendo yo, como soy, vuestra.» Y por estos regalos y favores que yo le hacía, paseábaseme por la calle muy ufano y contento, y señalábanlo muchos con el dedo, diciendo: «Mira Lu-

crecia cómo se anamoró de su nieto.» En conclusión, que vino á mi casa un día el príncipe de Salerno, estando ahí mi muchacho, y hágolo que se metiese en la cámara, y mando que abran y sube. El muchacho para meterse de presto, cayósele en el suelo un pañico de narices, y el príncipe alzólo é díjome después de haberme saludado: «Este pañecico debe de ser de vuestro enamorado Fulano, nombrándole por su nombre.» ¿Qué le respondí si piensas? «Sí que es suyo, y lo amo y quiero más que á todas las cosas del mundo, y lo tengo por señor, y le soy servidora y lo seré hasta que muera.» Agora estima tú, oyendo lo que del decía al príncipe á sus oídos, qué hueco estaría. E acabado de irse el príncipe, sale á mí los brazos abiertos, y de tan ufano no fué por decirme muchas gracias, por la estima que del había hecho, sino paseándose como hombre que pensaba tener en mí y en mi casa el pan y el palo (como dicen), mandándome á mi é á mi ama y á toda la casa. Aconteció que, queriendo un día que nos holgásemos como solíamos, yo no quise y voime en casa de otro enamorado que él conocía; y como él no era usado á aquellas burlas, toma su capa y vase gruñendo, echando palabras al aire, y estáse un día que no tornó á casa, esperando que enviase á rogarle que tornase, como otras veces solía; y no viendo que se hacía como él pensaba, entróle el diablo en el pensamiento é viene á mi puerta á llamar y fuele respondido: «La señora está acompañada»; y como esto oyese, quedóse casi hecho piedra mármol, caído el hocico sobre los pechos, con la boca muy amarga é los labios azules, con los ojos tiernos y el corazón dándole saltos, é temblándole las piernas como si se levantara de dolencia. Yo vía todo lo que pasa-

ba por un agujero de mi gelosía, é pasando cerca del un muy grande amigo suyo, le habló con solamente menear la cabeza, sin mirarlo, é volviendo otra vez á la tarde, mandé que le abriesen, y hallome con unos siete ú ocho enamorados en buena conversación, é de ver el poco caso que del hice, que no le dije aun por lo menos sentaos, é visto que yo nc se lo decía, él mesmo se tomó la licencia; y arrímase á un canto de la cuadra, sin alegrarse de cosa que viese ni oyese, y estase quedo hasta que todos fueron idos, é quedando solo, me dijo: «¿Estos son los amores?, ¿estas son las caricias é ofrecimientos que me hacías?» Respondile: «Yo, hermano mío, has de saber que de tu bondad y de mi simpleza quieren representar una comedia las mujeres enamoradas de Nápoles. E mis amigos é requebrados no quieren darme nada diciendo que gozas tú de sus sudores, y en caso que quieras que sea yo la que siempre te he sido, has de hacer una cosa»; é como esto me oyó, alzó la cabeza, que hasta entonces no me había mirado la cara. En fin, profirióseme que haría por mi amor cuanto á él fuese posible. Díjele entonces: «Yo quiero hacer una cama de campo de carmisí pelo, que, echada la cuenta, con la seda y flocaduras, madera y hechura, me allega á ciento noventa ducados, poco más ó menos. E porque mis amigos vean que no te doy yo, sino que tú me das á mí, conviene que me los des, é si no los tienes, que te empeñes ó los tomes á cambio, é al tiempo que se cumpla el plazo, deja tú hacer á mí, que ellos contribuirán con su parte, de manera que antes vengan á sobrar diez ducados que no á faltar uno.» Lo que me respondió, sin más determinarse, fué decirme en mitad de la barba: «Eso no puedo yo hacer, porque mi padre ha avisado á to-

dos los mercaderes que nadie no me fíe, que lo perderán»; é volviéndole las espaldas, le dije que luego, á la hora, se fuese de casa. Él vase, y dende á dos días envíole á buscar; é venido, dígole: «Ve á hablar á un logrero que se llama Aguirre, y él te prestará el dinero sobre un alvalá de tu mano»; él fué, é habiéndole dicho al logrero lo que quería, le respondió que él no prestaba sino sobre prendas, y que valiesen el doble, por lo menos; tornó á mí á decirme lo que con Aguirre le había pasado, é viendo por allí no poder conseguir mi deseo, remítolo á otro mercader conociente mío é dígole: «Ve á él, que él te dará joyas fiadas de que podrás sacar la cantidad de lo ciento é noventa ducados, y el logrero Aguirre te las comprará. En efeto, que el mercader se las fió y el logrero se las compró, é á mi mano vino el dinero todo é á él se las fiaron por dos meses.

ANTONIA

¿Qué quieres decir por esto?

LUCRECIA

Las joyas eran mías y el dinero también, é luego el logrero Aguirre me las tomó, que lo que yo pretendía era facello obligar para lo que oirás. Estando en esto dende á quince días, envío á llamar al mercader é dígole: «Toma este contrato y vete ante el gobernador é jura que por cuanto este es forastero y no arraigado, y que tienes sospecha que se quiere ir á su tierra, darte ha un mandamiento para que lo prendas ó se arraigue.» El mercader, siguiendo mi consejo, vino á dar con el pobre muchacho

en la cárcel, donde, antes que de ella saliese, pagó y repagó lo que debía, porque no usan los mesoneros dar de comer fiado.

ANTONIA

Yo ha más de dos horas que te escucho, y digo que no hay mujer nacida más necia que yo en medio mundo.

LUCRECIA

Pues venía el tiempo de las máscaras en Roma, é vieras el tormento que daba á los pobres caballos; qué destrucciones hacía de ropas; y comenzando en uno de mis enamorados, el que tenía más voluntad que posibilidad: serían pocos días después de Pascua de los Reyes cuando las máscaras andan en regocijo, mi galán, que era todo humo, me dijo viéndome estar como uno que quiere ser entendido sin hablar: «¿Vos no os habéis de hacer máscara?» Respondíle: «Hermano, yo no nací para esos placeres, sino para guardar la casa, porque una pobre gelosía que á mi ventana está me lo excusara; de más, que no tengo que vestirme.» Dijo él: «De hoy en ocho días quiero que nos hagamos máscaras muy de arte.» Yo callé un rato, que nada respondí, y después, abrazándolo, dígole: «Corazón mío, y de qué manera piensas hacerme hermosa máscara?» «A caballo, dijo él, y vestida por excelencia, que yo habré el caballo jinete del reverendísimo cardenal de Médicis, que á contarte la verdad, su caballerizo me lo ha prometido.» Respóndole que yo lo acetaba, pero que para antes se aparejase, porque no me podría el corazón sufrir á aguardar tanto tiempo,

sino que para otro día luego siguiente se aparejase, y la primera cosa que le pedí que proveyese, fué de un par de calzas, y díjele que por no meterlo en tanta costa llevaría su sayo de terciopelo, y que las calzas tampoco las hiciese muy costosas. É dígole: «Proveerás á uno de tus amigos para que vaya cerca de mí, porque si cayese me ayude á cabalgar. De que le acabé de decir esto, parecióme que le vía torcerse, é mucho más cuando me dijo: «Soy contento casi como arrepentido de haberme puesto en sobresalto». De cuya causa le vine á decir: «Tú lo haces de mala gana; déjame estar, que yo no quiero enmascararme». É queriéndome entrar en la cámara, me tuvo diciendo: «¿Tan poca confianza tenéis en mí, pese á Judas?» Y enviado á su criado por la ropa, mándale que de camino que llame un calcetero, y teniendo ya yo el paño en casa, así como vino me fué tomada la medida de las calzas, y en tres horas se me trujeron hechas. Estaba él presente cuando vino el calcetero con ellas y ayudómelas él á calzar y decíame: «Parece que os vienen nacidas.» Y estando ya yo vestida de hábitos de hombre, le dije: «Ánima mía, ya sabéis que quien da calzas tiene obligación á proveer de zapatos, y querría mucho que fuesen de terciopelo.» Y no aprovechándole contra mis importunidades decir que no tenía dineros, le hice que se sacase del dedo una sortija de oro y envióla por prenda del terciopelo, é como el mozo vino con ello, lo envié al zapatero con quien yo me calzaba, que ya él sabía mi medida, los cuales en una hora fueron hechos. Después desto, le saqué una camisa suya labrada de oro é seda, é no de la caja, sino que la traía vestida.

ANTONIA

Ya no te faltaha sino que le pidieras las pestañas.

LUCRECIA

No lo dejara de hacer si fueran de provecho. É sin pedirle licencia, alargó el brazo é quitóle una buena gorra de terciopelo que traía tocado, con decirle: «Esta gorra llevaré y por acá buscaré clavos y medalla de oro que le ponga.» En fin, él, muy tibio en dármela, se va á su casa y saca otra vieja que la tenía profetizada para su mozo. Ahora viénese la tarde é quien lo viese andar detrás de mí, que si subía arriba subía conmigo; si bajaba abajo, bajaba conmigo; no parecía sino que era alguacil que me guardaba, no me huyese de la prisión. Pues más quiero decirte: que á las diez de la noche lo envié, á que me comprase una pluma blanca para la gorra, y después lo hice tornar por la máscara, é porque no era de las muy finas de Módena, se la hice tornar y que trujese una de las que decía, é cansado, muerto de ir y venir, le hice volver por dos docenas de cintas de atacar.

ANTONIA

Paréceme que le debieras mandar que hiciera de un viaje todos esos servicios.

LUCRECIA

Pudiera, pero no quise.

ANTONIA

¿Por qué no quisiste?

LUCRECIA

Por parecer señora en el mandar, como lo era en el nombre.

ANTONIA

¿Durmió contigo, veamos, la víspera de esa fiesta?

LUCRECIA

Con mil suplicaciones pudo acabar conmigo, que le dejase dar un abracijo, diciéndole: «Mañana en la noche me darás veinte, no contentándote con diez.» Agora, venido el alba, lo hago levantar, diciéndole: «Anda, ve y haz echar de comer aquel caballo, y que esté muy limpio y aderezado; de manera que, así como yo haya comido, pueda cabalgar con él. Él se levanta y vase, y así como salió de mi casa, topa luego al caballerizo, y con palabras muy blandas le dice: «Vengo por el caballo.» El caballerizo no le respondió nada. Díjole él: «Debéis de querer ser ocasión de que pierda yo el crédito con mi amiga.» El caballerizo le respondió: «No quiero eso, en verdad, sino que el reverendísimo mi patrón tiene en mucho el caballo, y sabiendo la propiedad de las rameras, que no guardan cosa que no procuren destruirla, no querría que se me aguase el caballo, ó le viniese otro mal, de manera que me echásedes á mí á perder de otra manera que no lo quedaréis

vos no dándooslo». Y él le rogó é importunó tanto, que el caballerizo le dijo: «No puedo faltaros, sino que el caballo se os dará». Y mandó á un mozo que tenía el caballo á cargo que se lo diese, é parece ser que entre el caballerizo y el mozo debía haber otro acuerdo.

ANTONIA

Grandes traidores son estos mozos, y verdaderamente tienen á sus amos por enemigos.

LUCRECIA

No hay en eso que poner duda. Venida la hora del comer, que comíamos juntos, apenas le dejé engullir cuatro bocados, cuando le dije: «Haz comer ese mozo y vaya por el caballo». Y cuando creí que lo traía, volvió sin él. Subido arriba, dícele que el mozo de caballos que lo tenía á cargo no se lo quiso dar, porque el caballerizo quiere hablar primero con él. Y no le hubo acabado de decir el recado, cuando le dió con un plato en la cabeza.

ANTONIA

¿A qué propósito le dió?

LUCRECIA

Dióle porque quisiera que lo llamara de cabe mí, ó le hiciera la embajada en la oreja, que no lo oyera. E como yo lo oí, dije: «Ello está bien, por cierto; buena está la burla. ¿Vos érades el que me habíades de hacer la más hermosa máscara que se

hiciese en Roma? Bien cierta estaba yo que ello había de pasar ansí. Pero esta será la postrera que burlaréis de mí; harto loca he sido yo en creeros y someterme á vos. Pero lo que peor de esto siento es lo que se dirá de que no fuestes para sacarme en máscara.» Y comenzando él á decir: «No tengáis duda que el caballo vendrá», le vuelvo las espaldas. Él toma su capa y vase en casa del cardenal, y andaba por casa besando las manos á cada mozo de caballos, porque le dijesen dónde estaba el caballerizo. Y tanto les rogó y prometió, que le hubieron de dar el caballo. É yo, que cada rumor que oía me paraba á la ventana por ver qué era, creyendo que fuese el caballo, veo venir al mozo todo sudando y arrastrando la capa por un lado, que venía á decirme que ya traía el caballo, y acabado de darme el recado, veo venir uno que lo traía de rienda y venía renegando de cuyo era, y aun más adelante, tanto era el retozar é saltar que el caballo hacía, que no se podían valer con él. Cuando yo lo vide, estúveme queda en la ventana.

ANTONIA

¿Por qué?

LUCRECIA

Porque la gente que pasaba viese que aquel caballo se traía en que yo cabalgase. Holgábame infinito de ver venir mil muchachos tras el caballo, los cuales todos decían: «Aquí mora la señora que se ha de hacer más cara». Y dende á un cuarto de hora llegó el galán muy cansado, diciendo: «Para estas cosas es menester enviar hombres que las

sepan negociar y sea diestro; otra media docena de caballos que quedan allá á mi mandado»; entretanto, llégome á él é abrázolo y pídole el sayo de terciopelo que me había dicho que me haría traer, y como él no lo tenía quiso fingir que á su mozo se le hubiese olvidado; pero no aprovechándole el descuido, le hice que enviase á su mozo á casa de un amigo por uno, y trújemelo y él me lo puso é me subió las calzas, é faltándome trenzas, se quitó las con que él estaba atacado, que con una sola palabra que yo le decía bastaba á roballe cuanto tenía y esperaba tener. Acabado de componerme, en lo cual tardó gran rato, con mil donaires y novelas, me puso encima del caballo y voyme y él quédase en casa. Como él me vido ida, envía por un rocín de un amigo suyo, prestado, é vase tras mí y encuéntrame en el puente de San Angelo é tómame por la mano, é holgara él que toda Roma estuviera presente para que vieran el favor que yo le hacía. Y andando así, llegamos donde se venden los huevos dorados de fuera y de dentro llenos de aguas de olores, y llama á su mozo y toma un par de docenas dellos é quítase una cadenilla portuguesa que traía al cuello y déjala en prenda é llévolo de la mano á una calle, hasta que, topadas una cantidad de máscaras, me tiene con ellas envuelta, é déjolo á él quedar por badajo. Como me vi en el Burgo, junto al sacro palacio, comienzo á correr mi caballo é darle de las espuelas, sin tener respeto á nadie, y de que hube dado media docena de carreras, tórnalo á topar, é hago del tanto caso como si no lo conociera. Venida la noche, lo torné á topar, que venía yo cantando en compañía de otras máscaras, y dejándole que me tomase de la mano, hablé á las otras, diciendo: «Buenas noches,

buenas noches á toda la compañía»; é quítome mi máscara, é llevándomela en la mano, le digo: «Bienaventurada la que te pudo ver; tú me dejaste, y yo sé bien por qué». Excusábase él con jurar que siempre había andado en mi busca y que en ninguna otra cosa había entendido, y andando de plática en plática, fuimos á parar á la plaza llamada Campo de Flor, y parándome á la puerta de una que vendía caza, eché mano á un par de buenos capones, de dos docenas de zorzales gruesos, é doilos á un mozo de otro enamorado mío que me acompañaba, para que me los llevase á mi posada; díjele á él que mandase pagar. Fuele necesario dejar la espada en prendas, y no contentándose el dueño de la casa con la prenda, se sacó una sortijica muy sutil del dedo, que se la había dado su madre cuando se vino á Roma, la cual estimaba tanto, cuanto yo tenía cuidado de descañonarlo. Y no habiendo en mi casa velas, carbón, ni pan, ni vino para la cena, é queriendo yo que lo proveyese todo é no gozase de nada, comencé á reñir con él sobre celos, tomamos á ley pláticas pasadas y comiénzole á repreguntar en qué había gastado la tarde. Él, por barajar la plática, comenzó á querer proveer del resto que faltaba; miró por su mozo, y no estaba allí, que era ido á llevar el caballo; y fué tal, que hizo juramento el caballerizo de no prestarlo más en su vida, aunque fuese para el Papa. En conclusión, él fué por la cena, y estando que nos queríamos sentar á la mesa, oigo en la calle uno que escupía é tosía á manera de hacer seña, lo cual fué mucha parte para que el pobreto desesperase. É asomándome yo á la ventana, é conociendo al que llamaba, bajé de presto é voime con él, dejándolo solo, sin que en toda la noche durmiese sueño ni

hiciera otra cosa que gruñir é pasearse, diciendo que me había de hacer y acontecer.

ANTONIA

Si á mano viene, tampoco cenaría.

LUCRECIA

Ni cenó ni aun probó cosa sino siendo el alba; é viendo que no venía, se fué de casa é volvió quinientas veces por cobrar de mí el sayo de terciopelo que me había buscado prestado, y su mozo otras tantas primero que lo hubieron á las manos, y al fin le quité las mangas y les hice entender á amo é criado que no las había traído.

ANTONIA

Es verdad que usaste de gran civilidad con un hombre que te quería bien y procuraba de servirte en todo lo que podía.

LUCRECIA

Ella fué civilidad putanesca y no menos graciosa que la que me pasó con un mercader portugués que traía de la isla de la Madera mucha cantidad de azúcar, el cual me dejó en las manos hasta las cajas, por el dulzor de otra cosa que azúcar. É mientras le duró el amor, hasta en la ensalada mandaba echar azúcar. Y probamos de mi miel (que era de lo que él más gustaba); bien entiendes por quién digo; porfiaba que su azúcar era acíbar en comparación.

ANTONIA

Bien le debías de agradar entonces.

LUCRECIA

También fué llorando y las manos en la cabeza como los otros; pero pues se me acuerda agora, te diré lo que me pasó con un Senés.

ANTONIA

¿No pudiera ese escapar de tus manos, siquiera por ser de tan buena tierra?

LUCRECIA

Él, siendo venido de pocos días á Roma, paseándose por mi puerta, me hacía señas con los ojos, y ninguna vez topaba con mi moza, que no le preguntaba por mí, y si acontecía llevar algo en la mano, preguntábale si aquello era mío, y otras veces le interrogaba: «¿En qué entiende la señora?» Respondíale mi criada: «Está presta para hacer lo que vuesa merced le quisiere mandar.» Aconteció que, pasando un día de largo por la calle haciendo las mismas señas que esotras veces, asomándome yo á la ventana, vídelo y dije á mi criada: «Baja de presto y haz al Senés que pague el portalgo de la calle, pues nos la tiene embarazada á todas horas.» Mi moza hácelo así, y bajada, abrió la puerta y pónese medio cuerpo fuera y medio dentro, y llega el Senés, y mientras que él abrió la boca para saludarla, dijo la moza con voz sonora: «Primero que acá vengas, bellaco rapaz, se te quiebren las pier-

nas; nunca el diablo acá te traiga; así me tienes podrida y deshechas mis carnes de aguardarte. «El Senés, acercándose un poco más á la puerta, le preguntó: «¿Qué cosa es esta?» Respondióle: «Señor, estoy á mandado de vuesa merced.» Dícele él: «Pues sabed que soy muy servidor de la señora, y deseo que venga á su noticia.» «¿Qué respondió mi criada, si piensas?» Finge no haber entendido lo que dijo el Senés y dícele: «Podridas tengo las carnes, que ha cuatro horas que estoy aquí atendiendo á un pajecillo de mi señora que lo envié á trocar un doblón, para dar un ducado á un criado del arzobispo de Rosano, que le trujo una pieza de chamelote de seda empresentada, y de ver que el rapaz no viene y que esotro se querría ir, estoy la más acongojada del mundo.»

ANTONIA

Esa tal moza bastaba á hacer rica á su ama.

LUCRECIA

Por eso dice el refrán: «No con quien naces», etc., etc.

ANTONIA

Dime en qué paró, que muero por oirlo.

LUCRECIA

El necio, queriendo ser conocido por hombre liberal, echó mano á su bolsa y dícele á la moza: «Sabed, hermana, que sin comparación amo á vues-

tra señora.» Y saca cuatro escudos y póneselos en la mano. Haciendo de la reputación, le preguntó: «¿Es verdad que la señora tiene noticia de mí?» La moza, sin responderle ni ser llamada, cierra la puerta y subióse arriba, dejándole en la calle, como hombre que fué desechado de bodas, no siendo llamado para ellas.

ANTONIA

Por cierto él fué pagado como merecía.

LUCRECIA

Dejemos estas menudencias y hablemos en la de los gatos.

ANTONIA

¿Y qué gatos?

LUCRECIA

Debía veinte ducados á uno que vendía tocas, y no teniendo más pensamiento de pagarle que agora llueve, procuré formas cómo ponerlo en efeto. Yo tenía dos gatos muy hermosos, y estando parada á mi ventana, veo al toquero que venía por los dineros; dígole á mi moza: «Dame acá uno de aquellos gatos y toma tú el otro, y en subiendo el toquero, fingiré quererlos matar y tú porfía á no consentírmelo», y no bien lo había acabado á mi moza de decir lo que había de hacer, cuando el toquero había entrado y comienza á subir la escalera.

ANTONIA

¿No llamó primero á la puerta?

LUCRECIA

No, porque la halló abierta, y como subió arriba, era tanta la grita que yo daba, diciendo: «¡Mátalo, mátalo, muera el traidor y no viva más!» Mi moza, casi llorando, me rogaba que los perdonase esta vez, que ella salía por fiadora que los gatos no comerían más lo que á casa se trujese. Yo estaba como una rabiosa, y queriendo ahogar al que tenía en las manos, dábale muy crueles puñadas, y decíale: «¡No comerás lo que yo tuviere!» Mi acreedor, viendo los gatos en tanto peligro de morir, vino á tener compasion dellos, por cuya causa me los pidió por muy gran merced. Respondíle: «Gentil cosa sería, habiendo merecido muerte, haberlos de perdonar; y él, tornándomelos á pedir, dijo: «Señora, démelos vuesa merced por quince días, y pasados yo los tornaré y los ayudaré á matar, en caso que no los quiera perdonar.» Y diciendo esto me tomó el gato de la mano, fingiendo yo hacerle una poca de resistencia, y tomándole el otro á mi criada, se los da entrambos á un mozo que consigo traía, y mi criada préstale un costal en que los llevase á su casa. Díjele yo, cuando los metía en el costal: «Haced de manera que pasados los quince días se me tornen los gatos, que en todo caso querría que muriesen», y prometiéndome de hacerlo ansí, no me pidió los veinte ducados é hízome mil juramentos que pasados los quince días me los traía. Agora sus, has de saber que dende á diez días tornó á venir á pedirme los veinte ducados, y teniéndolos

yo atados en un pañecico, meneándolos, dije que era contentísima de dárselos, pero que quería ante todas cosas mis gatos... «¿Qué gatos? me respondió; luego se me fueron de casa por los tejados y nunca más los vi.» Y como ya yo sabía que me decía verdad, que se le habían ido, levántome de la silla donde estaba sentada, con gesto muy alterado le digo: «Haced que mis gatos vuelvan á mi poder si no queréis que os cuesten hasta más de los veinte ducados tiñosos. Los gatos son prometidos que se han de enviar á Berbería: vengan mis gatos en todas maneras, señor mío; hánseme de traer mis gatos.» El cuitado estaba echado de pechos sobre la ventana; viendo que á los gritos que yo daba, estar toda la calle llena de gente, sin decir ni hablar palabras, como un hombre sabio, se vuelve por la escalera abajo. Díjele yo con no menos ira que hasta entonces: «Ios, pues, que vos me pagáreis y repagaréis los gatos.»

ANTONIA

Quiérote decir una cosa que se me ofrece.

LUCRECIA

Dímela.

ANTONIA

Digo que la astucia que en eso de los gatos tuviste, ha sido tan buena, que por ser tal te habían de perdonar cuantas traiciones has hecho en este mundo.

LUCRECIA

Eso créetelo tú.

ANTONIA

También creo que ofreciéndose en qué, pondrías tu ánima contra una almendra.

LUCRECIA

No lo tendría en mucho; pero aunque te quiera contar otras mil cosas, tengo tan gran dolor de cabeza, que no habrá remedio de podértelas decir. Especialmente de cuando tenía á algunos escuchándome dos y tres horas, haciéndoles entender que salía el sol bailando la mañana de San Juan, y que la peña de Martos estaba en el aire como el zancarrón de Mahoma, y otras quinientas mentiras; pero duéleme tanto que apenas puedo echar la habla.

ANTONIA

Hácelo mi desgracia y no tu mal, por que no goce yo de oirte cosas tan graciosas.

LUCRECIA

Antonia, hermana, quiero que me digas tu parecer en tres palabras, según me lo prometiste, aunque harto más el mal me aqueja, no poderte contar de qué arte reformaba y entretenía mis enamorados, que así como si yo hubiese perdido no sé qué, fingiendo caridad contra sus bolsas, no les consentía

que se gastasen en banquetes, ni en vestidos, ni en máscaras, ni en otros gastos superfluos, y hacíalo yo porque los dineros estuviesen guardados para mis apetitos. Los majaderos alabábanme por mujer discreta y que procuraba por sus haciendas. Pero aquéjame tanto este dolor que quisiera como la vida poderte contar lo del pabellón sobre el cual al que me lo empeñó y á quien él dió el dinero y á dos que se hallaban presentes, hice estar cuatro días en la cárcel.

ANTONIA

Hazme agora tan gran merced que te esfuerzas á decírmelo, así goces de lo que más ames en este mundo.

LUCRECIA

Aconteció que á micer Antonio, caballerizo del Sumo Pontífice, le hurtaron un pabellón: no hay orden de poder acabarlo de decir, que me parten esta cabeza por medio: quedarse ha para otro día cuando nos topemos, con la del obispo que le hice salir en cueros una noche por cima de los tejados; pero ya no puedo hablar palabra.

ANTONIA

Maldito sea el diablo, que él lo ha hecho, por cortarnos el hilo de nuestra plática.

LUCRECIA

No te detengas en despacharme con tu respuesta,

cata que me había ya ido, según me siento, si es por saber qué te ha parecido de estos mis hechos.

ANTONIA

Pues tornas á la promesa, qué te diría que me han parecido estas cosas y lo que dellas he colegido; digo que no lo puedo cumplir.

LUCRECIA

¿Por qué? Veamos.

ANTONIA

Porque en aquel punto le hiciera. Pues es cierto que nosotras las mujeres somos sabias de improviso, y de pensado no sabemos nada. Pero, en fin, daré mi parecer como mujer que sabe poco: tomarás de lo que te dijere las rosas, y deja estar las espinas.

LUCRECIA

Ea, pues, dilo.

ANTONIA

Digo que yo he estado muy atenta á lo que has dicho y mucho dello creo y algo dello dejo de creer.

LUCRECIA

¿Por qué?

ANTONIA

Porque hartas veces por hacer galán el razonamiento, se ponen algunas mentiras con las verdades juntamente.

LUCRECIA

Luego según esto, tiénesme por mentirosa.

ANTONIA

No por mentirosa, pero por algo desacordada en el habla; y concluyo por decirte que lo que de ti he conocido es que debes de estar mal, y querer peor á monjas y casadas; y no estás fuera de razón, porque yo te certifico que hay en estos dos estados mil pasiones y no saco de culpa las rameras.

LUCRECIA

No te podré responder porque estoy medrosa, que este dolor de cabeza no me salte en un catarro; por esto acaba ya; envíame de aquí.

ANTONIA

Mi parecer es que si tienes alguna hija la hagas de tu oficio al primer boleo, porque si la metes monja quebrantará la profesión, y si casada ha de despedazar el santo matrimonio; y siendo ramera no tiene cuenta con el monasterio ni con el marido; antes es como el soldado, que le dan dineros por que haga mal; y haciéndolo no piensa que lo hace, porque vende en su botica aquello que tiene para

vender. Y el primer día que un mesonero pone tablilla para acoger huéspedes ha de suponer que en su mesón han de beber y comer, jugar y holgar, renegar y engañar, mentir y murmurar y decir locuras que ni fueron ni lo pensaron ser. Y el que en los tales mesones entrare á ayunar ó á rezar oraciones, no hallará en ellos altares ni cuaresma. Pues es cierto que los hortolanos se deleitan en ver ser huertas, los caballeros en ver sus caballos, falcones y jaeces; los marineros en sus navíos, los mercaderes en sus tratos y mercancías; las malas mujeres en aluciarse el rostro, pelarse la frente, en mudarse las manos y en otras suciedades símiles. Y ansí los mesoneros en burlas, escándalos, deshonestidades, robos, latrocinios, odios, crueldades, muertes, buras, traiciones, mala fama y pobreza. Pero porque el confesor es como el médico, que sana más agua el mal que está encima la mano que no el que está en las entrañas, que no lo ve ni atina cuál es; por tanto, toma tu hijuela y haz della lo que te he aconsejado; que todo lo hará una buena penitencia; porque, según lo que de tus palabras he comprendido, los vicios en una mala mujer son virtudes, y allende desto, es cosa hermosa ser de continuo llamada señora, y estar siempre en fiestas, banquetes, regocijos, máscaras y en bodas, en barcos y en huertas, y en veladas como tú has dicho de ti mesma, y como tú mejor sabes, lo que se gana y se adquiere con buen gobierno, especialmente haciendo caricias y favores donde convienen y han de aprovechar.

LUCRECIA

Por cierto tú has hablado bien.

ANTONIA

Pues yo te aconsejo bien.

LUCRECIA

No quiero que del todo quede definida nuestra habla sino que en el mesmo lugar nos tornemos á ver mañana; porque querría (si dello fueses muy contenta) que me contares alguna partecilla de tus aventuras, que aun á ti no quebró el diablo las manos para que en el tiempo que estuvieses para ello, no hubieses hecho algo que de contar sea.

ANTONIA

Cuanto á lo primero yo holgaré de que mañana nos juntemos, y cada día, porque según el deseo que he tenido y tengo de verte en mil días que nos topemos, no me acabaré de satisfacer mayormente si piensas proseguir adelante en tus gracias y cuentos.

LUCRECIA

De los míos bastar debe lo dicho, aunque no pensé acabar tan ayna, si este negro dolor no me lo impidiera, que se me atreve cada día, como si hubiere ochenta años; que suelen decir cuando las mujeres llegan allá, son mesón de enfermedades.

ANTONIA

Desengáñate, hermana Lucrecia, que ya pasó

ese tiempo, agora por nuestros pecados, de veinte años es una mujer vieja y desechada.

LUCRECIA

Más he yo de veinte y cuatro y ruin sea si por vieja me tengo, y pienso si no se me acaba la vida tan presto, en lo que me resta, dar otra vueltezuela al mundo.

ANTONIA

Tuviste tú en todo ventura. No me espanto que hagas eso, pero triste de la que en agraz se secó. Mas tendré paciencia como la tienen muchas que conozco y conoces, que de quince años están hechas unas manzanas, hermosas de fuera, blancas, rubias y coloradas, y de dentro no tiene tantas abejas una colmena cuanto ellas enfermedades encubiertas, y si no lo crees, sino mírame, ¿qué me falta á mí sino unas poquillas de carnes para que no se engañe quien quiera? y de dentro estoy cual Dios sabe, y tú no ignoras. Esto aparte que á lo que demás mandas que juntándonos en este lugar mañana te diga algunas cosillas de mi peregrinaje, soy contenta. Yo recogeré mi memoria esta noche, así por hacer lo que dices, como porque con más brevedad haya efeto tu deseo.

LUCRECIA

Cata que lo tengas bien estudiado, y no haya otra cosa.

ANTONIA

No habrá.

LUCRECIA

Porque de todas maneras quiero verte, no sea que te haya de descubrir mis secretos y te quedes riendo de mí, y yo sin saber de ti cosa ninguna.

ANTONIA

No será sino como lo has dicho.

LUCRECIA

Pues yo tendré especial cuidado en seguir tu consejo y en exceder en cosa.

Y dicho esto, dieron conclusión á su coloquio.



PEDRO ARETINO

LA CORTESANA

ORIGINAL COMEDIA EN CINCO ACTOS



Escrita en Venecia
el año 1534, traducida por primera vez
al castellano en 1900, por
J. M. Llanas Aguilaniedo.

AL LECTOR



OMO *curiosidad bibliográfica, digna de ser conocida, por nuestro público, el editor del presente libro puso en mis manos* La Cortigiana, *de Pedro Aretino, encargándome su traducción.*

En una época en que la corte de Roma ofrecía al mundo, en vez de la ejemplaridad que fuera de desear, el espectáculo del vicio, la bajeza y licencia; ingenio tan vivo, tan despierto y agudo como el del Aretino, tenía que fijarse necesariamente en ello, tomándolo como asunto para su sátira dura, que nada perdonaba, y en la cual pocos le aventajaron.

Formando parte de aquella caterva de cincuecentistas que tantas y tan especiales cosas nos legaron, Pedro Aretino, un bastardo, dejó en sus escritos la huella de su personalidad complicada, mezcla discordante en que alternan el escepticismo, la gramática parda

la impiedad y poca aprensión del pícaro, con la devoción del creyente, las supersticiones propias de la época, el espíritu de rectitud y justicia del hombre honrado; las crudezas y sensualismo del individuo que dedica cincuenta años de su vida á la práctica independiente y desenfadada del amor libre.

Era un perdis, un perdis con ingenio maravilloso; mimado de los grandes, á cuyas expensas vivió, cosa corriente en unos tiempos en que las letras se sostenían, en términos generales, gracias al parasitismo de los autores.

Las facultades creadoras se asociaban á la adulación para realizar la vida en mejores condiciones; el burgués limitado ha sido siempre liberal con el que halaga su vanidad; el ingenio se apoyaba en la adulación encubierta; ésta obtenía de aquél, galas con que vestirse, y así unidos mejoraban su vida. Un hongo y un alga, separados sobre una piedra lisa, languidecen ó mueren; puestos en contacto y aprovechando cada cual los productos que al otro le sobran, viven bien y forman una entidad fisiológica tan resistente como el liquen; la literatura, ó al menos la existencia de los que á ella se dedican, ha sido casi siempre un caso de simbiosis más ó menos manifiesta.

Por un lado, Pedro Aretino escribía obras meritísimas; por otro, adulaba con finura á los grandes ó ejercía un verdadero chantage *con otros á quienes su pluma ponía en cuidado.*

Sacaba de todas partes; todo era poco para aquel

bohemio caritativo, que daba á los pobres el caudal salvado del burdel y de la taberna, donde lograba, además del naufragio de la bolsa, el de su cuerpo, ambulante muestrario de cuchilladas.

Como se ha escrito bastante á propósito de sus obras, sobre todo en italiano y en francés, aunque esta no sea una razón para dejar de hablar de ellas á nuestro público, ensayando siquiera los estudios de literatura comparada á que se prestan, acabo este proemio para dejar paso á la comedia, cuya versión hice, inspirado en la buena intención de dar á conocer con la mayor fidelidad posible obras que tanta resonancia tuvieron en otro tiempo, respetando las crudezas del lenguaje y abusando tal vez de la traducción literal, para no separarme un punto del espíritu que las dictó.

J. M. LLANAS AGUILANIEDO.

PERSONAJES

Un Forastero.
Un Gentilhombre.
Micer Maco.
Un Senés, *criado suyo.*
El Maestro Andrés.
Un Pícaro, *vendedor de historias.*
El Rojo... / Cappa..... — *Palafraneros de Parabolano.*
Flaminio .. / Valerio... — *Camareros de Parabolano.*
El Señor Parabolano, *enamorado.*
Un Pescador.
Sacristán *de San Pedro.*
Sempronio, *viejo.*
Alvigia, *alcahueta.*
Grillo, *criado de Micer Maco.*
Zoppino.
Guardián *de Araceli.*
El Maestro Mercurio, *médico.*
Toña, *mujer de Arcolano.*
Arcolano, *panadero.*
Un Judío.
Barrachel y Esbirros.
Blasa, *criada de la señora Camila*

AL GRAN CARDENAL DE TRENTO

PEDRO ARETINO



E los milagros que hace la bondad de Dios, son testimonio los votos que se le ofrecen; de aquellos que del valor de los hombres dimanan, dan fe las estatuas que se les consagran; y del afecto que la cortesía de los príncipes otorga á los buenos ingenios, nos hablan las obras que se les dedican; así, dedicada por mí, va á vos *La Cortesana,* que debéis tener en aprecio, tanto porque el mundo, honrándoos yo como á Cardenal y Señor, se ilustrará con vuestros méritos, como porque leyendo en ella parte de la vida de Cortes y Señores estaréis orgulloso de vos mismo, considerándoos tan alejado de sus costumbres; y os holgaréis al veros en ella tan distinto de vuestros iguales, bien así como la niña al jugar con la negra que la acompaña, se regocija viendo á ésta arrastrar su tiznada desgracia en todos sus actos, en tanto á cada movimiento aparece ella más gentil y graciosa. Del mismo

modo, tantos gentilhombres como os sirven, tantos virtuosos como os celebran, tantos caballeros como os cortejan, acabarán de conocer (oyendo ajenas andanzas) de qué calidad sea el hombre á quien adoran, como al fin hubo de conoceros el diabólico Lutero, contra la maldad del cual toda la fe cristiana que vive bajo el Rey de los romanos, ha tomado por escudo vuestra bondad, cuyo consejo en toda real acción hace clarividente al que dudaba, asegura al que estaba en peligro. Y así como vos no podíais poseer la gracia de mejor Rey que Fernando, así Su Majestad no pudo entregar su persona en prenda á otro mejor ministro que al gran reverendísimo de Trento. Si en efecto sois tal, ¿no debo esperar que con liberal mano toméis el don que á tan alto personaje presenta una tan ínfima persona como la mía?

PRÓLOGO

RECITADO POR UN FORASTERO Y UN GENTILHOMBRE

FORASTERO

Por vida de Antonio de Leva Magno, que este sitio está famoso y soberbiamente engalanado; cierto, alguna gran fiesta debe de celebrarse aquí. Preguntaré á aquel gentilhombre que pasea. ¡Hola, hola! Señor, ¿sabréis decirme á qué obedece tan pomposo aparato?

GENTILHOMBRE

Es para una comedia que debe recitarse ahora.

FORASTERO

¿Quién la ha compuesto, la divinísima marquesa de Pescara?

GENTILHOMBRE

No; su inmortal estilo pone en el número de los dioses á su esclarecido consorte.

FORASTERO

¿Es de la señora Verónica de Correggio?

GENTILHOMBRE

Tampoco es suya; emplea la excelencia de su ingenio en más gloriosas tareas.

FORASTERO

¿Será de Luis Alamanni?

GENTILHOMBRE

Luis celebra los méritos del Rey Cristianísimo, pan cotidiano de toda virtud.

FORASTERO

¿Es de Ariosto?

GENTILHOMBRE

¡Ay! El Ariosto fuese al cielo cuando ya no quedaba en la tierra más gloria para él.

FORASTERO

Pesar habrá el mundo de ello; pues aparte de sus virtudes, era la suma bondad.

GENTILHOMBRE

Dichoso él si hubiera sido la maldad suma.

FORASTERO

¿Por qué?

GENTILHOMBRE

Porque nunca hubiera muerto.

FORASTERO

Seguramente. Mas decidme, ¿es cosa del gentilísimo Molza, ó del Bembo, padre de las musas, el primero entre los primeros?

GENTILHOMBRE

Ni del Bembo, ni de Molza; pues uno escribe la historia de Venecia, y el otro el elogio de Hipólito de Médicis.

FORASTERO

¿Es de Guidiccione?

GENTILHOMBRE

No; no empeña él su milagrosa pluma en tales bagatelas.

FORASTERO

Sin duda, debe ser de Ricco (1), del cual, una muy grave, fué recitada al Papa y al Emperador.

GENTILHOMBRE

No es suya; que ahora se ocupa en más dignos estudios.

FORASTERO

Ya estoy viendo que será obra de algún bergante, *quæ pars est;* porque Dios hace que los poetas nos lluevan como los luteranos; si la selva de Baccano fuera toda de laurel, bastaría apenas para coronar á los que crucifican al Petrarca, haciéndole decir con sus comentos cosas tales, como no se las haría confesar el potro. Fortuna para Dante, el haber logrado con sus diabluras tener á raya las fieras, si no á estas horas estaría él también crucificado.

GENTILHOMBRE

Ja, ja, ja.

FORASTERO

Será tal vez de Julio Camilo.

---

(1) Se refiere á Agustín Ricchi; era de Luca, y autor de la comedia *Los tres tiranos*. Escribióla á los dieciocho años; después se dió á la Medicina, y fué protomédico pontificio

GENTILHOMBRE

No la ha hecho él; ocúpase en mostrar al Rey la gran máquina de los milagros de su ingenio.

FORASTERO

¿Y del Tasso?

GENTILHOMBRE

El Tasso espera poder agradecer la cortesía del príncipe de Salerno. Para decírtelo de una vez, es invención de Pedro Aretino.

FORASTERO

Aunque supiera iba á morir de disgusto, querría verla; pues estoy cierto de escuchar sentencias y cosas, que ni de Profetas y Evangelistas. ¿Tal vez aludirá á alguien?

GENTILHOMBRE

Se hace lenguas de la bondad del Rey Francisco, con un fervor increíble.

FORASTERO

¿Quién no elogia á Su Majestad?

GENTILHOMBRE

Alaba también al Duque Alejandro, al Marqués del Vasto y á Claudio Rangone, piedra preciosa del valor y de la prudencia.

FORASTERO

Tres flores no hacen guirnalda.

GENTILHOMBRE

Y al muy liberal Maximiano Stampa.

FORASTERO

¿Halláis que hable de alguno más?

GENTILHOMBRE

Sí; de Lorena, Médicis y Trento.

FORASTERO

Verdaderamente ensalza á todos aquellos que lo merecen. Mas ¿por qué no dijísteis el Cardenal Lorena, el Cardenal de Médicis y el Cardenal de Trento?

GENTILHOMBRE

No quería asesinarles el nombre con el calificativo de Cardenal.

FORASTERO

Es gracioso. Ja, ja, ja. Decidme, ¿de qué trata?

GENTILHOMBRE

Presenta dos acciones simultáneamente. En primer término aparece micer Maco, de Siena, que ha

venido á Roma para cumplir los deseos de su padre, que se ha propuesto hacerle Cardenal. Dásele á entender que nadie puede llegar á Cardenal, si antes no se hace cortesano. Y en vista de ello, toma al maestro Andrés por pedante, creyéndole maestro de hacer cortesanos. Este tal lo pone en una caldera haciéndole creer que le mete en moldes á propósito, y después de verse y creerse desfigurado y descompuesto, reconstituído de nuevo, quiere á toda Roma para sí del modo que oiréis. Con micer Maco se mezcla cierto señor Parabolano, de Nápoles (uno de aquellos Acursios y Sarapicas, que sacándolos de los establos y palafrenes, la descarada Fortuna les pone á gobernar el mundo), el cual, enamorándose de Livia, mujer de Lucio Romano, y cuidando de no revelar á nadie su secreto, descúbrelo soñando en ocasión en que es oído por el Rojo, su palafrenero favorito. Éste le traiciona, haciéndole creer como aquella de quien está enamorado, está á su vez prendada de él; y dándole á entender que es la nodriza de Livia, le presenta á la alcahueta Alvigia, quien le pone en situación de satisfacer sus deseos con la mujer del panadero Arcolano, haciéndosela pasar por Livia. La comedia os lo irá diciendo por su orden, que yo no lo recuerdo punto por punto.

FORASTERO

¿Dónde ocurre tan entretenida burla?

GENTILHOMBRE

En Roma; ¿no la veis aquí?

FORASTERO

¿Esta es Roma? Dios me valga; ¡nunca la habría reconocido!

GENTILHOMBRE

Tened en cuenta que acaba de purgar sus pecados por mano de los españoles, y no le hubiera venido mal, á no haber sido el remedio peor que la enfermedad. Echémonos á un lado, y si viérais salir más de cinco veces los personajes á escena, no os riáis, porque no bastarían las cadenas que los molinos tienen para sujetar á los locos de hoy día. Aparte de esto, en modo alguno os maravilléis si el estilo cómico no se observa con el orden que se requiere, pues se vive en Roma de bien distinta manera á como en Atenas se vivía.

FORASTERO

¿Quién lo duda?

GENTILHOMBRE

Aquí está micer Maco. Ja, ja, ja.



ACTO PRIMERO

Escena primera.

MICER MACO y EL SENÉS

MICER MACO

En resolución: Roma es el rabo del mundo.

SENÉS

La cabeza, quisísteis decir.

MICER MACO

Tanto monta. Mas si no llego á venir...

SENÉS

Se aguaba la fiesta.

MICER MACO

Si no me resuelvo, digo, á venir, nunca hubiera creído fuese mejor que Siena.

SENÉS

¿No os decía yo que Roma era Roma? Pero vos: en Siena están la guardia con lo bravos, el estudio con los doctores, la fuente Branda, la fuente Becci, la plaza donde los hombres se reunen, la fiesta del 15 de Agosto, los carros con cirios y candelillas, los surtidores, la caza de toros, el *palio* (1) y pastas y dulces á todo trapo con los mazapanes de Siena.

MICER MACO

Sí; pero no dices que allí quiere bien el emperador.

SENÉS

No respondéis á derechas.

MICER MACO

Calla; una mona allá arriba en aquella ventana. ¡Mona, mona!

SENÉS

¿No os da vergüenza dar voces á un mico desde la calle? Sin duda queréis que la gente os siga como á loco, sin saber si sois ó no de Siena.

MICER MACO

Escucha; está hablando un papagayo.

(1) Juego especial.

SENÉS

No es, sino pico, señor.

MICER MACO

Es un papagayo, mal que te pese.

SENÉS

Es un ave de muchos colores, como la que vuestro abuelo compró, creyendo mercar un papagayo.

MICER MACO

Llevé, sin embargo, las plumas al platero y dijo que ensayadas resultaban ser de papagayo de lo más fino.

SENÉS

Sois un animal, perdonadme, en creer al platero.

MICER MACO

¿A que te pego?

SENÉS

No os enojéis.

MICER MACO

Se me antoja enojarme, se me antoja. Y si no me aprecias peor para ti.

SENÉS

Os quiero.

MICER MACO

¿Cuánto?

SENÉS

Un ducado.

MICER MACO

Te vuelvo mi afecto, ¿sabes?

Escena II

EL MAESTRO ANDRÉS, *pintor;* MICER MACO y EL SENÉS

MAESTRO ANDRÉS

¿Buscáis amo?

MICER MACO

Bien sabéis que soy yo el amo.

SENÉS

Dejadme hablar á mí que entiendo la parla de Roma.

MICER MACO

Habla, pues.

MAESTRO ANDRÉS

Responded si queréis acomodo.

SENÉS

Micer Maco, hombre docto, rico y de Siena.

MAESTRO ANDRÉS

A propósito. Os haré dar cinco carlinos (1) al mes sin más trabajo que almohazar cuatro caballos y dos mulas, llevar agua y leña á la cocina, barrer la casa, ir al estribo y limpiar los vestidos; el tiempo restante podréis emplearlo en pasearos.

MICER MACO

Si he de decir la verdad, yo he venido aquí expresamente para...

SENÉS

Hacerse cardenal y acomodarse con...

MICER MACO

El rey de Francia.

SENÉS

Con el Papa; ¿no os digo que me dejéis hablar á mí?

---

(1) Moneda napolitana de oro ó de plata; *10* formaban un *ducado* (4,25 pesetas.)

MAESTRO ANDRÉS

¡Ja, ja, ja!...

MICER MACO

¿De qué os reís, buen hombre?

MAESTRO ANDRÉS

Ríome de que vais tras una fábula. Para poder llegar á cardenal es preciso, ante todo, hacerse cortesano. Y yo soy el maestro que enseña cortesanía. He sacado á Mgr. de la Storta, al reverendísimo de Baccano, al preboste de Montemari, al patriarca de la Mallana y mil otros. Y si le place, sacaré también á V. S., pues tiene V. S. cara de hacer honor al país.

MICER MACO

¿Qué dices tú, Senés?

SENÉS

Me agrada; eso me entra, me conviene.

MICER MACO

¿Cuándo me pondréis mano?

MAESTRO ANDRÉS

Hoy, mañana ó cuando plazca á V. S

MICER MACO

Ahora mismo.

MAESTRO ANDRÉS

Que me place. Voy por el libro en el cual se aprende á hacerse cortesano y vuelvo á V. S. volando. ¿Dónde os hospedáis?

MICER MACO y SENÉS

En casa de Cecotto el Genovés.

MAESTRO ANDRÉS

Hablad uno á uno, que el hablar los dos á un tiempo no es correcto.

MICER MACO

Este holgazán me hace errar.

SENÉS

Yo no soy holgazán, recordad que mi deseo era irme soldado y vos no quisísteis me pusiera en tal peligro.

MAESTRO ANDRÉS

Calmáos, que holgazán en Roma es nombre de día de fiesta (2). Me voy y vuelvo al momento.

---

(2) *Poltrone.* El sentido que da aquí el Aretino á la palabra, no es posible comunicárselo en castellano.

MICER MACO

¿Cómo os llamáis?

MAESTRO ANDRÉS

El Maestro Andrés, más sereno que el cielo. Me encomiendo á V. S.

MICER MACO

Id con Dios.

SENÉS

Volved pronto.

MAESTRO ANDRÉS

Al punto soy con vosotros.

Escena III

MICER MACO y el SENÉS

MICER MACO

Sic fata volunt.

SENÉS

¿Así tratáis de desbastaros, diciendo profecías?

MICER MACO

¿Qué charlas ahí?

SENÉS

Decid *vuestra señoría* ¿No oísteis decir al maestro, «encomiéndome á V. S.?»

MICER MACO

Encomiéndome á V. S. Con la gorra en la mano, ¿verdad?

SENÉS

Sí, señor. ¡Estirad el cuerpo y las piernas, acomodáos gallardamente la ropa, escupid con gracia... ¡Muy bien! Andad á grandes pasos... ¡Bravo, bravísimo!

Escena IV

PÍCARO *(vendiendo historias)*, MICER MACO y SENÉS

PÍCARO

¡La linda historia! ¡Historias!

MICER MACO

Calla, ¿qué grita aquél?

SENÉS

Debe estar loco.

PÍCARO

La linda historia, historias, historias; la guerra

del turco en Hungría, los sermones de fray Martín, el Concilio... Historias, historias; los sucesos de Inglaterra, la pompa del Papa y del Emperador, la circuncisión del Vaivoda (1), el saqueo de Roma, el sitio de Florencia, la entrevista de Marsella con sus conclusiones... ¡Historias, historias!

MICER MACO

Corre, vuela, trota, Senés; toma un julio y cómprame la leyenda de los cortesanos, para poderme hacer cortesano por mí mismo, antes de que venga el maestro. Mas no vayas á tomarme la delantera, ¿entiendes?

SENÉS

No, diablo. ¡Eh! ¡El de los libros, el de las oraciones... el de los papeles! ¡Eh, tú! Así te rompas el bautismo. Ea, ya ha doblado la esquina; voy á alcanzarlo.

MICER MACO

Anda, hombre, anda.

Escena V

EL SEÑOR MACO *(solo)*.

¡Oh, qué calles, apenas se ve en ellas un guijarro!

---

(1) *Vaivoda* era una categoría de jefe ó soberano en algunas comarcas, como Polonia y aun Rusia; en Valaquia y Moldavia, los príncipes tenían el título de *Vaivodas* antes de adoptar el de *Hospodar*.—*(N. del T.)*

¡Hola! Veo en aquella ventana de allá arriba una señora bellísima; debe ser sin duda la duquesa de Roma. Siento que voy á enamorarme; si me hago cardenal, si llego á ser cortesano, no se me escapará de las manos. Me mira; vaya si me mira... ¡á que la echo el gancho!... Ya viene el senés. ¿Dónde está la oración?

Escena VI

SENÉS y MICER MACO

SENÉS

Vedla aquí; leed el título.

MICER MACO

Vida de los turcos, compuesta por el obispo de Nocera... (1) Amén reventaras... ¿Qué tengo yo que ver con los turcos? Como no sea para limpiarme con ellos... No te menté tal cosa. Ea, quita.

SENÉS

Pedile los cortesanos y me dió eso, añadiendo: «Di á tu amo si quiere *El mal francés*, de Strascino de Siena.

MICER MACO

¿Qué mal francés? Te parece si soy hombre para tenerlo?

---

(1) El joven.

SENÉS

¿Tan gran crimen es tenerlo?

MICER MACO

Mira, vamos, vamos á casa; te voy á matar.

SENÉS

Me volveré contra vos, señor.

MICER MACO

Vete; nada quiero ya contigo; tomaré á Grillo

Escena VII

EL ROJO y CAPPA

ROJO

Nuestro amo es el bribón más gentil, el pillo más redomado, el asno más venerable de Italia. Mil años ha que debiera estar haciendo compañía á Sarapica, si Dios le diera su merecido; y encima hay que hablarle como á persona divina.

CAPPA

Cierto; quien sostuviera que no es un bergante mentiría como bellaco. ¿Qué me dices de la piojosa traza que ha inventado para los criados que con él se acomodan? «Veréis qué tal os va conmigo por un mes—les dice—y yo probaré en ese tiempo vuestra

manera de servir. Si os conviene quedaréis en mi casa, y si no me convenís, iréis con la música á otra parte.» Al cabo del mes, les dice: «Idos, que no me servís.»

ROJO

Entiendo la astucia. De esta manera resulta bien servido, sin pagar salario ninguno.

CAPPA

Es cosa para reirse y renegar del cielo al propio tiempo ver lo que pasa cuando, apoyado en dos de sus servidores, se hace ajustar las calzas; si le aprietan desigualmente ó los herretes no atacan uno con otro, los gritos llegan á las estrellas.

ROJO

¿Dónde te dejas el papel perfumado que se hace traer entre dos platos de plata, no limpiándose con él si antes otro no lo prueba? (1)

CAPPA

¡Ja, ja! Muérome de risa en la iglesia cuando le veo pasar por cada Avemaría que dice el paje que

(1) *Fare la credenza.* Designábase con esto el acto de mayordomos y coperos que en las casas de los grandes probaban los manjares y vinos antes de darlos á sus señores. Aretino saca partido de la frase para ridiculizar con su terrible sátira las exigencias de los señores de su época con los criados.— *(N. del T.)*

está delante, un Padrenuestro del rosario que en las manos tiene; y para tomar agua bendita él sobre dicho paje se besa el dedo, y, metiéndolo en el agua, se lo alarga con una reverencia muy española hasta la punta del suyo, santiguándose acto seguido el traidor.

ROJO

¡Ja, ja! Como aquel prior de Capua, que cuando iba á orinar hacía que un paje le desnudara la bragueta y otro le sacara el ruiseñor; y cuando tocaban á peinarle la barba, hacía tener el espejo á uno de sus camareros; si por desgracia algún pelo levantaba más que otro, ponía al barbero de oro y azul.

CAPPA

¡Ja, ja! Dime, ¿has notado las tonterías que hace al limpiarse los dientes después de comer?

ROJO

¿Cómo si las he notado? Disfruto viendo la dili gencia que emplea en ese menester; después de haberse entretenido tres horas en lavárselos y probarlos con la servilleta y el dedo, por cualquier chocarrería que oiga, abre la boca cuanto puede; de este modo se ven los dientes blancos. Y no es cosa de callar tampoco aquel majestuoso pasear suyo, aquel retorcerse los pelos de la barba, aquel mirar con ojos lascivos...

CAPPA

Lo que debíamos hacer era abrirle una noche la cabeza de un hachazo; así despachábamos.

ROJO

Y de ese modo los demás aprenderían á vivir con la barba sobre el hombro. Pero he ahí á Valerio, me temo nos haya oído; vayámonos de aquí.

Escena VIII

VALERIO (*solo*).

¡Ah, borrachos, traidores, bribones! Huís, ¿eh? Oí, sin embargo, lo que hablábais; idos en buen hora; hacéis bien en tratar al amo como le tratáis; lucido está con los tales; y que el Rojo, sobre todo, no está bien quisto del señor. Harto más valen que él las ropas que al año le da. Pero para llegar á ser favorito de estos señores hay que hacerles y decir de ellos las peores cosas posibles. Al que paloma se hace, halcones se lo comen.

Escena IX

FLAMINIO y VALERIO

FLAMINIO

¿Qué pláticas son esas que traes contigo?

VALERIO

Estoy indignado por las bellaquerías que acabo de oir al señor de Cappa y al Rojo. Si no fuera por dar pesadumbre á las horcas que les esperan, desde luego había de darles su merecido. Y todo viene como consecuencia de esos amores. Hecho un cria-

do sabedor de tus apetitos, se te constituye al momento en amo.

FLAMINIO

¿Quién lo duda? Pero ¿crees sea ese el único Rojo que por aquí tenemos? Con mis propios oídos, á uno á quien tú conoces, oí decir atrocidades de su amo, el cual siendo un hombre como pocos los hay, por no dejar de parecerse á los demás señores, le quiere más que á sí mismo. ¿Por qué razón estos señores cortesanos no tomarán mejor á su servicio á los virtuosos y nobles que á los ignorantes y plebeyos?

VALERIO

Un gran-maestro quiere ante todo libertad para hacer y decir sin reparos lo que le plazca; quiere tener en su casa como en su cama los manjares que el gusto le pide sin que nadie haya de entrometerse en ello, y cuando ya no sabe lo que quiere, entretiénese en apalear, vituperar y atormentar á su modo á quien le sirve, cosa que no puede hacer con un virtuoso, ni con un bien nacido. Un noble preferiría mendigar antes que verse en la necesidad de limpiar un bacín; y un virtuoso primero reventaría que callar ante los deseos deshonestos que acometen de tanto en tanto á los señores. Convengamos en que si alguien desea lograr fortuna en la corte tiene que llegar sordo, ciego, mudo, asno, buey y cabrito.

FLAMINIO

Procede esto de que la mayor parte de los gran-

des son de tan obscura extirpe, que no pueden ver á aquellos que de sangre ilustre nacieron; esforzándose en realizar hechos y conquistar apellidos que les enaltezcan.

VALERIO

¿Es posible haya quien pueda llegar en punto á nobleza al señor Constantino, el que fué déspota de la Morea y príncipe de Macedonia, gobernador de Fano actualmente?

FLAMINIO

Dejemos estas divagaciones, que el toque está en tener fortuna. Escucha; ¿qué tiene el amo, que no hace sino suspirar?

VALERIO

Imagino que debe estar enamorado.

FLAMINIO

Esto sólo nos faltaba. Vamos á pasear un rato por Belvedere.

VALERIO

Vamos.

Escena X

EL SEÑOR PARABOLANO Y EL ROJO

PARABOLANO

¿De dónde vienes?

ROJO

De *Campodifiore*.

PARABOLANO

¿Con quién has estado?

ROJO

Con Frappa, Sguarcia, Tartaglia y Targa; leí el cartel que manda don Ceremonia de Moncada, al señor Lindezza de Valencia; fuí después por la calle de la Paz y vi á la señora que hablaba de ir á no sé qué viña; quise dar un par de cuchilladas al que hablaba con ella y me detuve.

PARABOLANO

Otra llama me abrasa el corazón.

ROJO

Si fuera yo mujer, antes que dárselo á un señor, me pondría un ascua encima. Dos días hace perecíais por ella y ahora os apesta; cuánta verdad es que los señores no saben lo que quieren.

PARABOLANO

No charles más: toma estos diez escudos, compra con ellos lampreas y llévaselas á aquel gentilhombre de Siena, que aloja en casa de Cecotto.

ROJO

¿Aquel tonto?

PARABOLANO

Tonto ó sabio haz lo que te digo; bien sabes el honor que en su casa de Siena se me hizo.

ROJO

Mejor era llevarle un par de gozques.

PARABOLANO

¿Cuándo has oído tú que los perros sean buenos de comer, bergante?

ROJO

Cuatro alcachofas harían ya un buen presente.

PARABOLANO

¿Dónde están las alcachofas en este tiempo?

ROJO

Hacedlas nacer.

PARABOLANO

Anda; compra lo que te he encargado y dile que las coma de mi parte, y que mañana iré á visitarle, porque hoy estoy muy ocupado en palacio.

ROJO

No le desagradarían diez tortugas; un gran presente para los amigos.

PARABOLANO

¿Son acaso las tortugas obsequio digno de mí, bestia? Despacha; llévale las lampreas y á ver si llegan á veinte las palabras que sabes decirle.

ROJO

Más de treinta le diré. Gran lástima es no se me haya enviado á mí como embajador del Sah de Persia al Papa. Diría entonces, Serenísimo, Reverendísimo, Excelentísimo, Majestad, Santidad, Paternidad, Magnificencia, Omnipotencia y Reverencia, hasta *viro Domino*, y haría una cortesía así..., y otra así...

PARABOLANO

Altaria fumant. Quítame este hábito y llévalo á casa; voy á ver los caballos y el jardín.

Escena XI

EL ROJO *(sólo, con el hábito del señor).*

PARABOLANO

Quiero ver si me están bien las ropas de seda. Cuánto diera yo ahora por tener un espejo donde mirarme con toda esta galantería á cuestas! ¡Qué cierto es, que la buena capa ennoblece al ladrón! Si estos señores anduvieran tan mal vestidos como nosotros, valientes figuras de micos, de babuínos sacarían.

Es cosa de maravillarse cómo no se han decidi-

do ya á desterrar los espejos, para no ver en ellos su innoble catadura.

Por cierto muy tonto sería yo si no hiciese ahora mismo un *leva ejus* con la prenda y los escudos. La mayor de las limosnas es robar á un señor.

Pero matemos dos pájaros de un tiro, engañando también á aquel pescador.

Columbro, en efecto, desde aquí, á un vendedor de pescado, que no obstante su aire de hombre práctico, puede muy bien ser tonto de remate.

Escena XII

EL ROJO y EL PESCADOR

ROJO

Esta vestimenta me embaraza. Estoy habituado á andar con la capa afectando gravedad y gallardía, pero no acabo de hacerme á ello. ¡Hola, pescador!

PESCADOR

Para serviros.

ROJO

¿No tienes más lampreas que éstas?

PESCADOR

Otras tenía, pero acabo de llevárselas ahora mismo al despensero de Fray Mariano, que tiene invitados á cenar al Moro, á Brandino, al Proto, á Troja y á todos los tragones de palacio.

ROJO

De aquí en adelante, todas las que cojas guárdalas para mí. Soy el despensero de N. S., y si te portas bien, serás el proveedor de palacio.

PESCADOR

Esclavo de V. S.; descuidad.

ROJO

¿Cuánto quieres por éstas?

PESCADOR

Lo que quiera dar V. S.

ROJO

Di, no obstante, lo que sea.

PESCADOR

Diez ducados de carlinos si á V. S. le place.

ROJO

En ocho están de sobra bien pagados.

PESCADOR

Si V. S. los quiere como obsequio, no repare en que yo sea un pobre hombre, pues, en efecto, tengo el ánimo generoso; no se hable más de ello.

ROJO

No ha de quedar así, que lo cortés no quita á lo valiente, y á cada cual lo suyo. Pero ¿acabará mi criado de venir con la mula? Verás como me trae el potro andaluz que cuesta cuatro horas de ensillar. Malhaya yo, si no le cojo ahora en algún burdel.

PESCADOR

No se enoje V. S. por ello; yo lo llevaré y mi hijo quedará cuidando aquí.

ROJO

Acepto el servicio. ¡Cuerpo de...! que si lo encuentro vagando por la ciudad, se ha de acordar. Venid acá, buen hombre.

PESCADOR

Aquí me tenéis.

ROJO

¿Eres colonnés ú orsino? (1)

PESCADOR

Soy de quién vence; bolesco (2).

---

(1) Partidario de los Colonnas ó de los Orsinos, dos familias italianas de la época.—*(N. del T.)*

(2) Partidario de los Médicis, en cuyas armas estaban representadas unas bolas ó esferas.—*(N. del T.)*

ROJO

¿De qué país eres?

PESCADOR

Florentino; nacido en Puerta Pinti; fuí tabernero en el Chiassolino, pero hice quiebra por una desgracia, en la cual me hizo caer un *as*, que llamado por mí con toda el alma, no tuvo á bien oirme.

ROJO

Ja, ja; ¿cómo te llamas?

PESCADOR

El Fraccenda, para serviros; tengo tres hermanos en *Borgoalanoce*, á la disposición de V. S.

ROJO

He de encargarte un par de calzas con mi distintivo.

PESCADOR

Esto me basta... ¡Oh!, no os molestéis... tanto da...

ROJO

Por fortuna, nuestro mayordomo está junto á la puerta de San Pedro; haré que te pague él, pues á decir verdad, llevo poco dinero; espérame, que voy á hablarle.

PESCADOR

Despachadme pronto.

Escena XIII

EL ROJO (*solo*).

Anda, confía en los que te venden favores; debía matarlo á bastonazos; ladrón, trapacero, traidor.

Escena XIV

EL ROJO y EL SACRISTÁN DE SAN PEDRO

ROJO

Aquel pobrete que veis allá, tiene la mujer espiritada en la hostería de la Luna, con diez espíritus á cuestas; ruego á V. R., por el amor de Dios, le ponga en la columna; y advierta V. S. que el infeliz está medio lelo y todo asombrado.

SACRISTÁN

En cuanto acabe con este amigo, á quien voy á decir cuatro palabras, con mucho gusto. Haced que venga.

Escena XV

EL ROJO, PESCADOR y SACRISTÁN

ROJO

¿Seor Faccenda?

PESCADOR

Aquí estoy. ¿Qué manda V. S.?

SACRISTÁN

En cuanto haya dicho más palabras á aquél, haré por despacharte. Espera por aquí.

PESCADOR

Como disponga V. S.

Escena XVI

EL ROJO y EL PESCADOR

ROJO

Aquí tienes cinco julios (1); dáselos en prenda al calcetero, á quien veré en Roma y le acabaré de pagar.

PESCADOR

¡Oh!... Es mucha molestia para V. S.; tomaréis las lampreas una vez estéis en palacio.

ROJO

¿Para qué? Bien ves cómo tengo que hacer de criado mientras mi criado hace de señor... Adiós.

(1) *Julio*, moneda con valor de diez sueldos: unos cincuenta céntimos.—(*N. del T.*)

PESCADOR

Escuchad, señor despensero; ¿qué calza va marcada con vuestro distintivo?

ROJO

Marca la que quieras, es lo mismo. Adiós.

Escena XVII

PESCADOR (*solo*).

¡Qué latrocinio! Ocho escudos me paga por lo que le hubiera dado en cuatro; qué despensero tan inteligente; ja, ja, ja; desde que lleva vestido de seda, le parece ser el *seiscientos* (1).

Escena XVIII

SACRISTÁN y PESCADOR

SACRISTÁN

¿No oyes?

PESCADOR

Servidor. Aquí estoy.

---

(1) Sobrenombre de un caballo de Berbería, que costaba seiscientos florines de oro. Significábase con esa palabra la expresiva presunción y petulancia.

SACRISTÁN

Perdóname si te he molestado.

PESCADOR

¿Qué molestia? Hasta París iría por serviros.

SACRISTÁN

Deseo aliviar tu pena.

PESCADOR

Caridad grande es hacerme bien, y demorar mi viaje al sepulcro, porque, en efecto, tengo cinco hijos que caben todos en un cesto.

SACRISTÁN

¿Cuántos son?

PESCADOR

Diez.

SACRISTÁN

Muchos me parecen diez.

PESGADOR

Verdaderamente, es una gran cosecha en estos tiempos.

SACRISTÁN

Son carga pesada, ¿eh?

PESCADOR

No, monseñor; la lamprea es comida ligera.

SACRISTÁN

Pobrecillo. Tú deliras.

PESCADOR

¿Delirar yo? Preguntádselo al médico.

SACRISTÁN

¿Cogió los espíritus de día ó de noche?

PESCADOR

Seis tomé yo anoche y cuatro esta mañana; no tengo ya miedo á los espíritus; V. S. me pague, que tengo que hacer.

SACRISTÁN

Ciertamente, tu padre te echó encima su maldición.

PESCADOR

Harta maldición fué dejarme mendigo.

SACRISTÁN

Preciso será decir la misa de San Gregorio.

PESCADOR

¿Qué diablos tienen que ver las lampreas con la misa de San Gregorio? Pagadme si os place, que me haréis con ello gran merced.

SACRISTÁN

Cogedlo, sacerdotes; tenedlo, hacedle la señal de la cruz, *in adjutorium altissimi.*

PESCADOR

¡Ah, perros!

SACRISTÁN

Et homo factus est.

PESCADOR

¡Ah, maricas!

SACRISTÁN

¿Muerdes?

PESCADOR

¿Con los puños, ladrones?

SACRISTÁN

Et in virtute tua salvum me fac. Acqua santa.

PESCADOR

Dejadme, traidores; ¿endemoniado yo?, ¿yo endemoniado?

SACRISTÁN

¿Dónde entrarás?

PESCADOR

Donde Hércules; en el culo he de entraros, pillos.

SACRISTÁN

In ignem eternum.

PESCADOR

¡Me arrastraréis, malos clérigos...!

SACRISTÁN

Lleváoslo adentro. *Conculcabis leonem et draconem.*

Escena XIX

EL SEÑOR PARABOLANO *(solo)*.

Ni caballos, ni jardines, ni otra distracción alguna me quitan del corazón el tenaz pensamiento

que allí me tiene esculpida la imágen de Livia. Véome por ella en tal extremo, que se me trueca en veneno la comida, el reposo en ansiedad, el día en tinieblas, y la noche, que debiera tranquilizarme, de tal modo me aflige, inspirándome un terrible odio contra mí mismo, que prefiero morir á vivir en semejante estado. Pero aquí viene el Maestro Andrés; si me oyó no me faltarán canciones; mejor es que me refugie en casa.

Escena XX

EL MAESTRO ANDRÉS *(con un libro en la mano)* y el ROJO

MAESTRO ANDRÉS

Ja, ja; ya he hallado distracción. Aquí está el Rojo; ¿qué tenemos, socio?

ROJO

Te ríes y me río; ¡ja! ¡ja!... Una hazaña divina; un pescador, ja, ja. Ya te lo contaré más despacio; tengo prisa por llevar esto que me veis al brazo, y asimismo estas lampreas; la mitad las tendrá aquel á quien van destinadas; las restantes pienso comérmelas yo en la reverendísima taberna. Adiós.

MAESTRO ANDRÉS

A tu disposición.

Escena XXI

EL MAESTRO ANDRÉS *(solo).*

Quise buscarle amo al senés, y me he acomodado con él como pedagogo. Llévole este libro para hacerle, por su intermedio, cortesano; ¡ja! ¡ja! hay que metérselo dentro para que Agosto le halle correcto y agradable. A mi padre se la pegara yo (1) si á mi padre le viniera en gana enloquecer, cuanto más á un senés. Mejor obra es pagar los caballos al que quiere mandar el cerebro por la posta, que curarse de una buena porción de frailes y clérigos; porque tan pronto como en la cabeza se amengua el meollo, llénase de Estados, grandezas y tesoros.

No cambiara con el tal, su grado, el difunto perrero Sarapica, y se arroba, sin embargo, en éxtasis cuando doy asentimiento á sus sueños; buen tipo para emparejar con Gradasso, el enano de los Médicis.

Si consigo rematar su locura, me deberá más gratitud que los tesoreros del morbo gálico al leño de Indias. ¡Con qué gracia pasea!... A fe mía que he de hacerle inscribir en el catálogo de mentecatos, para que se haga solemne conmemoración de él, en alabanza y gloria de la... iba á decir encadenable Siena.

Escena XXII

MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

MAESTRO ANDRÉS

Salud y gracia.

(1) Bocaccio, G. IX, N. 5. *Io la fregherei a Cristo di così fatte cose, non che a Filippo.*

MICER MACO

Dios os guarde. ¿Dónde está el libro?

MAESTRO ANDRÉS

Aquí lo tiene V. S.

MICER MACO

Me muero si no me dais ahora mismo una lección.

MAESTRO ANDRÉS

Urbano estáis.

MICER MACO

Hacéis mal en decirme villanías.

MAESTRO ANDRÉS

¿Os he dicho alguna por ventura llamándoos urbano?

MICER MACO

Sí; porque nunca lo fuí ni lo fué ninguno de los de mi casa. Ea, comenzad.

MAESTRO ANDRÉS

Ante todo, el cortesano ha de saber blasfemar, debe ser jugador, envidioso, putañero, hereje, adu-

lador, maldiciente, ingrato, ignorante, asno; debe saber mentir, hacer la ninfa y ser agente y paciente.

MICER MACO

Despacio, despacio; vamos á ver: ¿Qué quiere decir agente y paciente? No entiendo esta jerga.

MAESTRO ANDRÉS

Significa marido y mujer.

MICER MACO

Creo entender. Mas, ¿cómo se llega á ser hereje? Este es el caso.

MAESTRO ANDRÉS

Observad.

MICER MACO

Observo con mis cinco sentidos.

MAESTRO ANDRÉS

Cuando alguien os diga que en la Corte existen la bondad, discreción, amor y conciencia, decid: No lo creo.

MICER MACO

No lo creo.

MAESTRO ANDRÉS

Muy bien. Al que tratase de haceros creer que es pecado infringir la cuaresma, decidle: «Yo me río de eso.»

MICER MACO

Yo me río de eso.

MAESTRO ANDRÉS

En suma: á quien os hable bien de la Corte, respondedle: «Sois un embustero».

MICER MACO

Mejor será que diga mientes como un bellaco.

MAESTRO ANDRÉS

Será más inteligible y más breve.

MICER MACO

¿Por qué blasfeman los cortesanos, maestro?

MAESTRO ANDRÉS

Por aparentar ser experimentados, y en atención á la crueldad de Acursio y de quien dispensa el poder de la Corte, los cuales, dando ingreso á vagos y haciendo penar á tanto buen servidor, reducen á tal

desesperación á los cortesanos, que están todos por decir á cada paso abronuncio (1) al bautismo.

MICER MACO

¿Cómo se consigue ser ignorante?

MAESTRO ANDRÉS

Siendo un búfalo.

MICER MACO

¿Y envidioso?

MAESTRO ANDRÉS

Sintiendo el bien ajeno.

MICER MACO

¿Cómo se llega á ser adulador?

MAESTRO ANDRÉS

Alabando cualquier indignidad.

MICER MACO

¿Cómo se miente?

MAESTRO ANDRÉS

Contando milagros.

(1) Por abrenuncio

LICER MACO

¿Cómo se hace la ninfa?

MAESTRO ANDRÉS

Esto os lo enseñará cualquier cortesanuelo bribón de los que se pasan días y días esclavos de la limpieza de una capa ó de un sayo frisado, permaneciendo horas enteras ante el espejo arreglándose los rizos ó untándose la vieja cabeza; de aquellos que con el habla toscana, el *Petrarchino* (1) en la mano, con un *sí á fe*, con un *juro á Dios* y un *beso la mano*, se creen el *totum continens.*

MICER MACO

¿Cómo se habla mal?

MAESTRO ANDRÉS

Diciendo la verdad; diciendo la verdad.

MICER MACO

¿De qué modo logra uno hacerse el desconocido?

MAESTRO ANDRÉS

Haciendo como si nunca hubiérais visto á cualquiera que os haya prestado algún servicio.

---

(1) *Petrarchino.* Librito de las poesías del Petrarca. —*(N. del T.)*

MICER MACO

¿Cómo se llega á ser asno?

MAESTRO ANDRÉS

Eso podéis preguntarlo, aunque sea á las escaleras de Palacio. Y basta con esto como primera lección. En la segunda trataremos del Coliseo.

MICER MACO

Esperad. ¿Qué es el Coliseo?

MAESTRO ANDRÉS

El tesoro y el consuelo de Roma.

MICER MACO

¿En qué manera lo es?

MAESTRO ANDRÉS

Mañana os lo diré; después veremos al maestro Pasquino.

MICER MACO

¿Quién es el maestro Pasquino?

MAESTRO ANDRÉS

Uno que ha atacado por detrás á señores y monseñores.

MICER MACO

¿En qué arte se ocupa?

MAESTRO ANDRÉS

Trabaja en el torno de la poesía.

MICER MACO

También soy yo poeta, retórica y vulgarmente, y podría recitaros un bello epigrama en mi alabanza.

MAESTRO ANDRÉS

¿Quién lo hizo?

MICER MACO

Un hombre de bien.

MAESTRO ANDRÉS

¿Quién es ese hombre de bien?

MICER MACO

Yo mismo.

MAESTRO ANDRÉS

Ja, ja; decidlo, pues, que ya os escucho.

MICER MACO

Hanc tua Penelope musam meditaris avenam.
Nil mihi rescribas, nimium ne crede colori.
Cornua cum Lunæ recubans sub tegmine fagi
Tityre tu patulæ lento tibi mittit Ulysses.

MAESTRO ANDRÉS

¡Socorro, socorro... al ladrón, al ladrón!

MICER MACO

¿Por qué gritáis socorro de esa manera?

MAESTRO ANDRÉS

Porque un loco heroico os lo ha robado.

MICER MACO

¿Quién es ese loco *loico?*

MAESTRO ANDRÉS

Un valiente que desafiaba á cañonazos á su mayordomo. Seguid, sin embargo.

MICER MACO

Arma virumque, etc.

MAESTRO ANDRÉS

Si queréis darlo á la estampa y dedicarlo al ho-

nor de Bolonia, yo os escribiré la vida del autor, buen camarada.

MICER MACO

Ago vobis gratia.

MAESTRO ANDRÉS

Ea, vámonos á casa para ordenarlo todo; pero ¿dónde está el criado?

MICER MACO

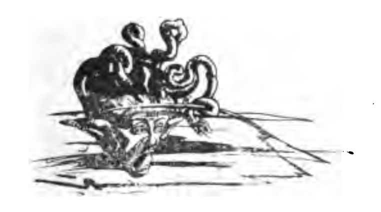
El senés es un vago; Grillo parece hombre de bien; quiero á Grillo y no al senés. Entrad.

Escena XIII

PESCADOR *(recién salido de la columna).*

Roma doma. Anda, sigue creyendo que es el Paraíso; ¡cielos! ¡Qué abominaciones son éstas! Aquí se engaña á un florentino; imagináos lo que harían con un senés. Estoy rabiando y á punto de reventar; dos horas me han tenido en la columna como endemoniado, con toda la gente alrededor, pelándome, pisoteándome y haciéndome pedazos. Quién quería que golpeara la puerta, y quién, que apagase la lámpara, y quién..., mal rayo lo parta. Ea, quedad con Dios, que á mí no me engañará ya Roma. Paso por el despensero, aunque me parece no le estafaba en el mercado que le hacía; pero si encuentro al sacristán y á aquellos descarados clérigos... al cuerpo... á la sangre de... que he de pa-

tearles las narices, molerles los huesos y sacarles los ojos; maldita sea Roma, quien en ella vive y la quiere y los cree. Y he de decirlo, á su podrido despecho; creía yo que el castigo que la ha dado Cristo por mano de los españoles la hubiera mejorado; peor está, y más depravada que nunca.



ACTO SEGUNDO

Escena primera

CAPPA *(solo)*.

Quien nunca entró en la taberna, no puede imaginar las excelencias de tal paraíso; á él me ha llevado mi Rojo de mi alma, comiéndonos entre los dos cinco lampreas, que han puesto en el quinto cielo mis tragaderas.

¡Oh, taberna santa! ¡Oh, taberna milagrosa! Santa digo, porque allí ni afanes ni trabajos llegan; milagrosa, considerando los asadores, que dan vueltas por sí mismos. Ciertamente, la cortesía y buena crianza de allí nos vienen; de la taberna, donde abundan las reverencias y los *sí, señor; no, señor.* Nunca el gran Turco fué obedecido como los que en ella comen; y debiera colocárselas junto á las tiendas de perfumeros para que á nadie apestara la algalía.

¡Oh, suave, oh, dulce, oh, divina música que sale de los asadores recamados de tordos, perdices y capones; cuánto consuelo traéis á mi alma! ¿Quién duda, que si yo no tuviera hambre á todas horas, había de adormecerme plácidamente, oyéndote resonar en la taberna?

Muy dulce es charlar y oir lo que se cuenta, mas nunca tanto como oirlo en ella; y la razón es ésta;

allí ni se llora, ni se suspira, ni le matan á uno disgustos. Si el César que triunfó bajo los arcos, que acá y acullá se ven, hubiera triunfado en tiempo de paz por las tabernas, sus soldados le habrían adorado, como adoro yo las lampreas. Nunca en mis días combatí, que yo sepa; mas por una lamprea me mataría con Bevilacqua; no siento envidia, si un palafrenero, igual mío, atrapa mil escudos de entrada; pero el ánima se me viene á los dientes, cuando el bellacón se come una lamprea.

Voy ahora á avisar al sastre, pues el señor quiere vestir mañana; no se ha conocido mayor tonto.

Escena II

MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

MAESTRO ANDRÉS

Parecéis un príncipe con ese traje.

MICER MACO

Me hacéis reir.

MAESTRO ANDRÉS

¿Vuestra señoría tiene bien en la memoria lo que yo le he enseñado?

MICER MACO

Desde luego; sé imitar á todo el mundo, sé imitarlo.

MAESTRO ANDRÉS

Haced un poco el duque, como los farsantes cuando semejan cardenales disfrazados.

MICER MACO

¿De esta manera, con el embozo en la cara?

MAESTRO ANDRÉS

Sí, señor.

MICER MACO

¡Ay de mí! ¡Caíme por no saber hacer el duque á tientas...!

MAESTRO ANDRÉS

¡Arriba, majaderito, lindo mío!

MICER MACO

Haced que abran un par de agujeros en la capa si queréis que haga el duque. Sabed que estuve á punto de hacer un voto para poder levantarme.

MAESTRO ANDRÉS

Debísteis hacerlo. Decidme ahora, ¿cómo se responde á los señores?

MICER MACO

Sí, señor; no, señor.

MAESTRO ANDRÉS

Galante. ¿Y á las señoras?

MICER MACO

Beso la mano.

MAESTRO ANDRÉS

Bueno, ¿y á los amigos?

MICER MACO

Sí, á fe.

MAESTRO ANDRÉS

Gentil. ¿A los prelados?

MICER MACO

Juro á Dios.

MAESTRO ANDRÊS

¿Qué os parece, eh? ¿Cómo se manda á los criados?

MICER MACO

Trae la mula, dame acá ese traje, sacude el lecho y arregla el aposento, porque por el cuerpo, que no digo. del cielo, he de darte tantos golpes que te mate

Escena III

GRILLO, MICER MACO y MAESTRO ANDRÉS

GRILLO

Acabo de oiros señor; Maestro Andrés, dignáos darme licencia, porque no quiero acomodarme con este animalote.

MICER MACO

No hagas caso, Grillo; estoy braveando para aprender á ser cortesano.

GRILLO

Respiro.

MAESTRO ANDRÉS

Ja, ja. Vamos á ver el camposanto, el obelisco, San Pedro, la Piña, los Bancos y Torre de Nona.

MICER MACO

¿Suena Torre de Nona por la tarde?

MAESTRO ANDRÉS

Sí; con las cuerdas del tormento.

MICER MACO

¡Cáspita!

MAESTRO ANDRÉS

Después iremos al puente de Sixto y á todos los burdeles de Roma.

MICER MACO

¿Está el burdel extendido por toda Roma?

MAESTRO ANDRÉS

Y por toda Italia.

MICER MACO

¿Qué iglesia es ésta?

MAESTRO ANDRÉS

San Pedro; entrad con devoción.

MICER MACO

Laudamus te, benedicimus te.

MAESTRO ANDRÉS

Muy bien.

MICER MACO

Et in terra pax bonæ voluntatis; entremos; venid, Maestro. *Hosanna in excelsis*

Escena IV

ROJO (*solo*).

La buena fortuna me persigue, como persiguen las bubas y otros quebrantos á quien se mete con Beatriz. No hablemos de los diez escudos que van por delante, ni de las lampreas estafadas al pescador, que son una bagatela. Se me ha declarado, gracias á Dios y á mi buen porte, una suerte tan grande que no la cambiaría por la de un obispo. Mi señor amo está enamorado, manteniendo el secreto de este amor más guardado que su dinero. He advertido estos días que habla consigo mismo, suspira y está muy pensativo, y que Cupido hace anatomía de su corazón; una ó dos veces he abierto la boca para decirle: ¿qué sentís, mi amo? pero me he callado. ¿Qué sucede? Esta noche andando yo (que soy presuntuoso como fraile en procesión) por casa, púseme con el oído pegado á la puerta del aposento de mi amo; le oí hablar en sueños y pareciéndole sin duda estar en dulces coloquios con su amiga, decía: «Livia, me muero; yo ardo; perezco de amor, Livia»; y con una larga retahila de palabras, encomendábasele rendidamente.

Volviendo luego á sus razonamientos, continuaba: «¡Oh, Lucio; qué dichoso eres en gozar de la mujer más bella que existe...!» Y tornaba á Livia, diciendo: «Alma mía, corazón mío; sangre querida, dulce esperanza, etc.» En esto oí gran movimiento en el lecho; me imagino que debieron venir los húngaros.

Volví á mi cama, y revolviendo en la imaginación todo aquello, pensé la manera de jugarle una

burla que me proporcionara ocasión de saquearle á mi gusto.

Y ya había casi olvidado mis propósitos con tantas cosas como hoy he hecho; el rato que estuve solazándome por ahí, la broma del pescador y la comida de lampreas en la reverendísima taberna, con Cappa. La cuestión, ahora, es la siguiente: iré á encontrar á Alvigia, que corrompería á la propia castidad; sin ella no podemos hacer nada; y con su licencia acometeré la magnánima empresa de burlar al asno, miserable y archimemo de mi señor. Los podridos gran-maestros, creen de buena fe cuanto se les dice, acerca de ser amados por duquesas y reinas; harto más fácil me será engañarlo, que acabar mal en la corte.

Ea, vámonos en busca de Alvigia. ¡Oh, qué fiesta se prepara!

Escena V

SEÑOR PARABÓLANO (*solo*).

¡Extraña locura la vida en este mundo! Cuando me hallaba en baja esfera, siempre el acicate de subir, me estimulaba los ijares; y ahora que puedo llamarme afortunado, tan singular fiebre me atormenta, que ni piedras ni hierbas ni palabras la pueden amenguar. Oh, amor, ¡qué no podrás tú! Ciertamente la naturaleza, envidiosa de la paz de los mortales, dispuso crearte, á ti, peste irremediable de hombres y dioses. ¡Qué me importa, oh, fortuna, ser tu amigo, si amor me ha quitado el corazón que por tu merced tenía en el cielo, y ahora está hundido en el abismo? ¿Qué he de hacer, sino llorar, suspirar como una mujer, y por una mujer?

Volveré á mi aposento, que no obstante acabo de dejar, y tal vez saldré de cuidado por el procedimiento, por el cual logran salir de él mil otros infelices amantes.

Escena VI

FLAMINIO y SEMPRONIO

FLAMINIO

¿Poner á Camilo en la Corte? ¿Para qué?

SEMPRONIO

Para que aprenda virtud y cortesía y pueda ¡por medio de ellas llegar á adquirir una reputación provechosa.

FLAMINIO

¿Cortesanía y virtud en la Corte? ¡Oh, oh!

SEMPRONIO

En mi tiempo no se hablaban sino en ella.

FLAMINIO

En vuestro tiempo los' asos iban á la escuela. Vosotros, los viejos, os guiáis siempre por las reglas de los tiempos antiguos; estamos en los modernos, voto al diablo.

SEMPRONIO

¿Qué me cuentas, Flaminio?

FLAMINIO

El evangelio, Sempronio.

SEMPRONIO

¿Es posible que el mundo se haya pervertido tan pronto?

FLAMINIO

El mundo ha encontrado mucho más cómodo hacerse malo que bueno; es lo que yo digo.

SEMPRONIO

¿Estoy soñando? Me pasmas.

FLAMINIO

Si queréis salir de dudas, contadme las excelencias de vuestros tiempos y yo os referiré parte de las desdichas del mío, porque todas, sería temeraria empresa.

SEMPRONIO

Con gusto. En mi tiempo, apenas llegado uno á Roma, se le encontraba amo al momento; y según su edad, condición y voluntad, se le daban oficio, aposento, cama y un criado; pagábasele el gasto de caballo, lavandera, barbero, médico, medicinas, el de vestido una ó dos veces al año, y los beneficios que vacaban se repartían honradamente, siendo todos remunerados de manera que no se oía

queja alguna en la banda. Y si alguno sentía afición por las letras ó la música, pagábasele maestro.

FLAMINIO

¿Más aún?

SEMPRONIO

Vivían con tanto amor y caridad entre sí unos y otros, que no se conocía desigualdad de nación, pareciendo antes que todos eran hijos de unos mismos padres; todos se alegraban del bien del compañero, como del propio bien. En las enfermedades servíanse unos á otros como en una religión.

FLAMINIO

¿Queda más por decir?

SEMPRONIO

Bastante; y no creáis que trato de engañarme á mí mismo por haber servido en la Corte.

FLAMINIO

Escuchad ahora mis palabras, cortesano del Papa Juan. En estos tiempos nuestros, llega uno á Roma adornado de todas aquellas cualidades que puedan desearse en el que va á servir en la Corte, y antes que sea admitido en un tinelo, le cuesta revolver Roma con Santiago. En mi tiempo, á cada dos se les da un criado; ¿cómo es posible que medio hombre sirva á un hombre entero? Item más, cinco ó

seis personas se acomodan en un aposento de diez pies de largo por ocho de ancho; el que no gusta de dormir en el suelo se compra ó se proporciona una cama, á la ventura. En mi tiempo los caballos corren gran riesgo de convertirse en camaleones si no paga uno la avena y el heno, con la propia bolsa. En mi tiempo hay que vender lo de casa para vestirse, y el que no tiene de donde sacar, pobre y desnuda va la filosofía. En mi tiempo, si por ventura uno enferma en servicio del amo, se le hace un gran favor con buscarle sitio en Santo Spirito (1). En mi tiempo, lavanderas y barberos, tenemos que pagarlos nosotros, y los beneficios que vacan se dan á gentes que no figuraron nunca en la Corte, ó bien se parten en tantos pedazos, que no toca á ducado por cada uno, y estaríamos mejor que el Papa, si tal ducado no le hubiéramos de litigar diez años. Tampoco se le pagan hoy maestros á quien quiere aprender virtud; y padece persecuciones el que la aprende á sus expensas; porque los señores, no quieren cerca de sí personas más doctas que ellos. Y en nuestro tiempo, si por nosotros fuera, nos comeríamos los unos á los otros y con tal odio nos hallamos frente á un mismo pan y á un mismo vino, que en comparación de él, es aire el que guardan los caídos á quien fué el causante de su desgracia y destierro.

SEMPRONIO

Si es así, Camilo se quedará conmigo.

---

(1) Hospital de Roma; está sobre el río. —*(N. del T.)*

FLAMINIO

Quédese con vos, si ya no queréis enviarlo á la corte para que se haga ladrón.

SEMPRONIO

¿Cómo ladrón?

FLAMINIO

El ser ladrón aquí, es cosa vieja, pues el hurto menor que hace la corte, es robar veinticuatro años de vida á un óptimo gentilhombre, cual micer Vicente Bovio, por ejemplo, que después de haber envejecido en ella, como premio á tan larga servidumbre, ha sacado un par de lutos. Mas el que dudara de su bondad, convenciérase de ella fijándose en que nada tiene de sus amos; porque no se engrandecen más que los ignorantes, plebeyos, parásitos y rufianes.

Pues á renglón seguido de ladrón, viene el hacerse traidor. ¿Quieres más? Con cierto rascar los pies á los incurables, se consuman homicidios, que no hay quien descubra luego.

SEMPRONIO

Hablemos de otra cosa.

FLAMINIO

Crueldad incomprensible es la de la corte, donde no se desea otra cosa sino que muera este ó el otro; y si ocurre que llegue á sanar uno cuyo beneficio

ambicionábais, todos los males de estómago y de costado, cuantas fiebres ha sufrido durante su enfermedad, los sentís caer sobre vos. Por cierto, malvada cosa es desear la muerte de quien nunca te ha ofendido.

SEMPRONIO

Verdad.

FLAMINIO

Oid esto. Nuestros amos han dado en la treta de comer una sola vez al día, alegando que dos comidas matan; y fingiendo hacer colación por la noche, comen opíparamente *solus peregrinus* en su aposento.

Hacen esto, no tanto por parecer sobrios, como por perder de vista á cualquier virtuoso que pudiera ir sustentándose á su mesa.

SEMPRONIO

Se cuentan, no obstante, prodigios del de Médicis.

FLAMINIO

Una hoja no hace primavera.

SEMPRONIO

Cierto.

FLAMINIO

Aparte todo eso, es para morirse de risa verles

encerrarse en secreto so pretexto de estudiar; ja, ja, ja.

SEMPRONIO

¿De qué ríes?

FLAMINIO

De que estando en cónclave *utriusque sexus*, son la muchacha y el criado, por cierto agradables y guapos, quienes les leen filosofía. Pero hablemos de la esplendidez de su comida. El cocinero de Ponzetta, que hacía tortillas de tres huevos para cada dos personas, con objeto de que á los comensales les parecieran mayores estrujábalas en la prensa donde se ponen, para que conserven sus pliegues, los birretes de eclesiásticos; y extendidas luego en platos más sucios que lo estaba por la parte del cuello la capa de Julián Leno, llegaba el viento y esparcíalas por el aire cayendo sobre las cabezas de los invitados, á guisa de diademas.

SEMPRONIO

Ja, ja, ja.

FLAMINIO

El despensero de Malfetta (aquel pródigo prelado que muriéndose de hambre dejó tantos miles de ducados á León), habiendo una vez gastado un bayoco (1) más de la cuenta en un sábalo, vióse obli-

(1) Moneda cuyo valor es algo superior á cinco céntimos.—*(N. del T.)*

gado por el reverendo monseñor, á quedarse con él; concertó entonces el despensero con la demás gente de la casa pagar entre todos y á tanto cada uno el sábalo, y puesto en la mesa para recrearse con él, el obispo corrió al olor, diciendo: «aquí tenéis lo que me corresponde; dejadme comer también á mí».

SEMPRONIO

Ja, ja, ja.

FLAMINIO

He oído, aunque no hago mía la especie, que el revisor de Santa María-in-pórtico, medía la menestra á su familia, y les contaba los bocados, dando tanto los días faustos, y tanto los infaustos.

SEMPRONIO

Ja, ja, ja.

FLAMINIO

Olvidábaseme decir que en vuestro tiempo eran mayordomos los hombres; ahora lo son las mujeres.

SEMPRONIO

¿Cómo las mujeres?

FLAMINIO

Las mujeres, sí, señor; en casa de... prefiero no decirlo, cuéntase que las madres de no sé qué cardenales, bautizan el vino, pagan los salarios, des-

piden á los criados, y lo hacen, en una palabra, todo. Y cuando los reverendísimos hijos se desmiden en el coito ó en la comida, les arman una de todos los demonios. Del padre de un gran prelado sé que cobra para sí la renta de su monseñor, dándole á él un tanto al mes para vivir.

SEMPRONIO

Ea, quédate con Dios, que ya sé á qué atenerme; mejor es, por lo visto, estar en el infierno que en la Corte de hoy día.

FLAMINIO

Cien veces, porque en el infierno el alma solamente es la atormentada; y en la Corte el alma y el cuerpo.

SEMPRONIO

Volveremos á hablar de esto; estoy resuelto á ahogar á Camilo con mis propias manos, antes que hacerle cortèsano. Voy ahora al Banco de Agustín Chisi por el dinero de mi oficio. Adiós.

Escena VII

EL ROJO y ALVIGIA

ROJO

¿Dónde vas con esa priesa?

ALVIGIA

De aquí para allá, toda atribulada.

ROJO

¿Es posible que alcancen tribulaciones á quien es la dueña de Roma?

ALVIGIA

No; pero mi maestra...

ROJO

¿Qué tiene tu maestra?

ALVIGIA

Está en la hoguera.

ROJO

¿Cómo diablo en la hoguera?

ALVIGIA

¡Ay, triste de mí!

ROJO

¿Qué ha hecho?

ALVIGIA

Nada.

ROJO

¿Por lo visto se tuesta á las personas por nada?

ALVIGIA

Un poquito de veneno que dió al compadre, por voluntad de la comadre, es causa de que Roma pierda tan cumplida vieja.

ROJO

No se saben hoy apreciar las gracias.

ALVIGIA

Diz que hizo echar al río una niña parida por una señora amiga suya, según es costumbre hacerlo.

ROJO

Cuentos.

ALVIGIA

Y que hizo romperse la crisma escalera abajo, con no sé qué trampa, á cierto celoso maldito.

ROJO

Un casco de fruta no le hubiera jugado broma semejante.

ALVIGIA

¡Ah! Bien se ve que eres hombre recto. La pobre me deja heredera de todo lo que tiene.

ROJO

Que me place. ¿Y qué te deja, si puede saberse?

ALVIGIA

Alambiques para destilar, hierbas cogidas en luna llena, aguas para quitar pecas, unciones para hacer desaparecer manchas de la cara, una botella de lágrimas de amantes, aceite para resucitar lo que no quiero decir...

ROJO

Dilo, boba.

ALVIGIA

La carne.

ROJO

¿Qué carne?

ALVIGIA

La de... ya me entiendes.

ROJO

¿La de la bragueta?

ALVIGIA

Sí.

ROJO

Ja, ja.

ALVIGIA

Me deja apretaderas para encoger pechos demasiado descolgados; me deja el electuario para preñar y parir, y además un frasco de orina virgen.

ROJO

¿Para qué se emplea semejante orina?

ALVIGIA

Bébese en ayunas por la madre, y es excelentísima para la regla; me deja papel nonato (1), cuerdas de ahorcados injustamente, polvos para matar celosos, encantos para enloquecer, oraciones para hacer dormir y recetas para rejuvenecer; me deja, además, un espíritu encerrado...

ROJO

¿Dónde?

ALVIGIA

En un orinal.

ROJO

Ja, ja.

ALVIGIA

¿Qué significa, ja, ja, tonto? En un orinal, sí, se-

(1) Papel que se hacía con pieles de animales nonatos. —*(N. del T.)*

ñor; y es un espíritu familiar que hace encontrar lo hurtado; te dice si tu amiga te ama ó no, y si llama al duende; me deja también el ungüento que lleva sobre el agua y sobre el viento al árbol de las hechiceras.

ROJO

Dios le tenga en cuenta, para bien de su alma, lo que te deja.

ALVIGIA

Dios lo haga.

ROJO

No llores, que por llorar no la traerás de nuevo al mundo.

ALVIGIA

Acabaré por desesperarme, pues cuando pienso que hasta los aldeanos la honraban, se me abre el corazón. Y no hace mucho que la vi beberse hasta seis envites de vino en el Pavo, el jarro siempre en alto, sin desmerecer por ello lo más mínimo.

ROJO

Dios le haga bien; que al menos no era de estas melindrosas que á todo hacen dengues.

ALVIGIA

Nunca hubo vieja de tan grande aliento y que menos se cansara.

ROJO

¿Qué te parece?

ALVIGIA

En la carnecería, en la tocinería, en el mercado, en el horno, en el río, en la estufa, en la feria, puente de Santa María, puente de cuatro cabras y puente de Sixto, siempre, siempre tocábala llevar la voz cantante, y era tenida en concepto de Salomona, de Sibila y de Crónica por esbirros, taberneros, faquines, cocineros, legos, y por todo el mundo; iba como una dragona por las horcas á sacar los ojos á los ahorcados, y, como esforzada, á sacar las uñas á los muertos á la hora de la media noche.

ROJO

No obstante, la muerte la quiso para sí.

ALVIGIA

¡Y qué religión la suya! La vigilia de Pentecostés no comía carne. La de Navidad ayunaba á pan y vino; durante la Cuaresma, con un huevo fresco por todo alimento, conducíase como una ermitaña.

ROJO

En fin; que á diario hemos de ver quemar y ahorcar gente por ahí; no están hoy seguros ningún hombre, ninguna mujer de bien.

ALVIGIA

Hablas con mala intención, pero dices la verdad.

ROJO

Si se hubieran contentado con despuntarle las orejas y santiguarle la frente, podía pasar.

ALVIGIA

Ya lo creo que podía pasar; y aunque fuera llevar la mitra que la llevó hará tres años, el día de San Pedro mártir; y quiso antes andar en el asno, que en el carro, y no se curó de las pinturas de la mitra porque no dijera la vecindad que lo hacía por vanagloria.

ROJO

Quien se humilla se exalta.

ALVIGIA

¡Pobrecilla! Era hermana jurada de los clérigos del buen vino, que fueron descuartizados Dios sabe cómo.

ROJO

Otra bellaquería aquella.

ALVIGIA

Ya lo creo.

ROJO

En fin, dejemos las cosas coléricas y hablemos de otras alegres, que si tú quieres dar de ti todo lo que sabes y puedes, los dos podremos sacar la barba del lodo. Mi amo está muerto por Livia, mujer de Lucio.

ALVIGIA

Podía haber picado un poco más alto.

ROJO

Y no obstante ocultar con gran cuidado este su amor, me lo ha revelado.

ALVIGIA

¿Cómo?

ROJO

En sueños.

ALVIGIA

Ja, ja. Di qué es lo que quieres.

ROJO

Quiero darle á entender, fingiendo no saber nada de su pasión, que Livia está perdidamente enamorada de él, y vencida de este amor, te ha revelado su secreto, confiándose á ti, que eres su nodriza.

ALVIGIA

Ya te entiendo; entra, que hemos de hacerle descubrir lo que tenía oculto.

ROJO

Vales más para mi intento, que un físico para quien ha tomado ya las píldoras.

ALVIGIA

Entra, bobo.

ROJO

Un beso, reina de las reinas.

ALVIGIA

Déjame, loco.

Escena VIII

MICER MACO y MAESTO ANDRÉS

(*que salen de San Pedro.*)

MICER MACO

¿Dónde nacen aquellas piñas de bronce tan gruesas?

MAESTRO ANDRÉS

En los pinares de Rávena.

MICER MACO

¿De qué es aquella nave con aquellos santos que se ahogan?

MAESTRO ANDRÉS

De mosaico.

MICER MACO

¿Dónde se hacen aquellos obeliscos?

MAESTRO ANDRÉS

En territorio de Pisa.

MICER MACO

Aquel camposanto lleno de muertos, ¿qué quiere decir?

MAESTRO ANDRÉS

No lo sé.

MICER MACO

Tengo sed.

MAESTRO ANDRÉS

¡Loado sea Dios! Me lo habéis sacado de la boca.

MICER MACO

Venite adoremus.

Escena IX

SEÑOR PARABOLANO (*solo*).

¿Callaré? ¿Hablaré? En el callar está mi muerte; en hablar su desdén, porque escribiéndole cuanto la quiero, tendrá por mengua ser de tan baja persona como yo amada; y callando mi fuego, ocultar tanta pasión me conducirá al último extremo.

Escena X

VALERIO y PARABOLANO

VALERIO

No por usar presunción cortesana, sino por cumplir mi deber de fiel servidor, trato de inquirir la causa de vuestro decaimiento para hallarle remedio, si es preciso con mi propia sangre.

PARABOLANO

¿Eres tú, Valerio?

VALERIO

Yo soy, señor; que percatado de que amor hace con vos lo que acostumbra á hacer con todo gentil espítitu, deseo saberlo todo para ayudar con mi lealtad á vuestros nuevos deseos.

PARABOLANO

De otra cosa se trata.

VALERIO

Si es otro el motivo, ¿por qué ocultármelo á mí que tengo en mayor aprecio vuestro contento que los ojos de la cara? Y si es amor, ¿os falta el ánimo de tal manera que vengáis á creer difícil poder disfrutar de una mujer? ¿Qué habrán de hacer entonces los que aman faltos de todas aquellas dotes de que vos tenéis rico caudal?

PARABOLANO

Si los parches de palabras sensatas curaran ajenas llagas, tú habrías ya curado las mías.

VALERIO

Ea, señor; salid de ese nuevo error, y no penéis tomando sobre vos el cuidado de consolar á los que envidian vuestra grandeza; porque en corriéndose la nueva de la melancolía que os consume, ¿qué alegría cobrarán con ello vuestros amigos, qué pro los servidores, ni qué gloria la patria?

PARABOLANO

Pongamos que estuviera enamorado; ¿qué remedio me propondrías tú?

VALERIO

Os buscaría una alcahueta.

PARABOLANO

¿Y después?

VALERIO

Por intermedio de ella enviaría una carta á la mujer que tanto amáis.

PARABOLANO

¿Y si no la admite?

VALERIO

Nunca rehusan cartas ni presentes las mujeres.

PARABOLANO

¿Qué te parece que debo escribirla?

VALERIO

Lo que amor os dicte.

PARABOLANO

¿Y si lo lleva á mal?

VALERIO

¿Llevarlo á mal, decís? Ya no son tan crueles las mujeres. Pasó aquel tiempo en que costaba diez años de sufrimientos obtener una palabra; para hacerles aceptar una carta necesitábase hasta nigromancia, y al fin, concedida la cita, era preciso gatear por cualquier tejado, á riesgo de romperse el bautismo, ó estarse un día y media noche en una fría celda en lo más crudo del invierno, ó bajo un

monte de heno cuando el mundo ardía de calor. ¿Y dónde me dejáis las escalas de cuerda, que sólo de pensar el peligro en que se ponen los que por ellas suben se me eriza el cabello?

PARABOLANO

¿Qué quieres inferir de todo eso?

VALERIO

Infiero que en nuestros días se entra por la puerta grande, en pleno día, y son tan venturosos los amantes, que los mismos maridos se encargan de acomodarlos. Porque las guerras, pestes, carestías y los tiempos que por sí inclinan á la molicie, han corrompido de tal manera á toda Italia, que primos y primas, cuñados y cuñadas, hermanos y hermanas se mezclan entre sí sin miramientos, como si la vergüenza ni la conciencia no hubiesen nunca existido en el mundo. Y si no fuera porque á mí mismo me da rubor, os citaría tantos nombres como pelos tengo en la cabeza. Así que, señor, no pongáis en términos de desesperación vuestro deseo, que puede confiar en satisfacerse con mayor seguridad de éxito, que el Azote de Príncipes (1) al confiar en la cortesía del general del emperador en Italia.

PARABOLANO

Esta seguridad que me dais en nada aminora mi pena.

(1) Así se llamaba el mismo Aretino.—*(N. del T.)*

VALERIO

Ea, presto, resucitad aquella audacia que siempre ha guiado vuestros pasos en las difíciles empresas. Volvamos á casa y pensemos en el modo de mandar la carta; tal vez sepa yo pergeñar cuatro renglones de amorosas frases en obsequio vuestro.

PARABOLANO

Vamos allá, que ni fuera ni dentro hallo modo de sosegar el corazón.

Escena XI

EL MAESTRO ANDRÉS *(solo)*.

Mientras micer Pazguato bebía, se nos ha enamorado de Camila Pisana, á quien ha visto en la ventana de la cámara. Y este es uno de los casos en que Cupido se convierte en doctor, que es lo único que faltaba.

El mismo llanto había de reir si le oyera cantar: tiene todo el estilo del Abad de Gaeta coronado sobre el Alifante; ha compuesto algunos versos, ladrones como ellos solos; tales que en su comparación, Cinotto, el Casto de Bolonia y el presbítero Marco de Lodi, resultan Virgilios y Homeros; á falta de otra muestra, esta carta en prosa podrá darnos una idea de ello. Deseo saber lo que el muy simple escribe á la señora Camila.

Carta de micer Maco.

«Salve, reina; tened misericordia de mí, porque vuestros odoríferos ojos y vuestra marmórea frente

que destila melifluo maná me matan, de modo que aquí y allá el oro y las perlas me distraen de amaros. Nunca se vieron tales esmarágdicas mejillas y cabellos de leche y púrpura, que livianos juguetean con vuestro próvido seno, donde alojan dos pechos á manera de turgentès y armónicos meloncitos. Estoy en camino de hacerme cardenal, y después cortesano, señora. Por lo tanto, hallad tiempo y lugar en que pueda deciros los sufrimientos de mi corazón, el cual se conforta al mismo tiempo en los líquidos cristales de vuestra amazapanada boquita, *et fiat voluntas tua,* porque *omnia vincit Amor.*

Maco, que está por vos en gran tormento,
un niño quiere haceros al momento.»

Estas palabras estomagarían al mismo fraile que se comía los birretes.

¡Y qué firma ha puesto al pie!

¿Puede Dios consentir que cada cosa en el mundo se trueque en su contraria? ¿Quien podría creer que de Siena, ciudad honrada, noble, cortés y llana de ingenio, haya salido un estúpido como micer Maco? Párteseme el corazón al considerarle nacido en tan espléndida tierra. Porque, aparte los hombres famosos que han sido y son en ella, sus dos Academias, la Grande y la Intronata, han embellecido á la misma poesía, dando esplendor á la lengua. Y quedé pasmado oyendo lo que ayer contó de ellas Jacobo Eterno, el cual ha unido á las letras griegas, latinas y vulgares que tiene, la suma bondad. Pero no hay sino locos por doquier, y aun de peor liga que micer Mondababosas, que sin duda se ha propuesto hacerse canonizar por loco. Helo aquí, que viene.

Escena XII

MICER MACO y MAESTRO ANDRÉS

MICER MACO

¿Con quién departís, maestro?

MAESTRO ANDRÉS

Con vuestras boberías.

MICER MACO

¿Con mis poesías?

MAESTRO ANDRÉS

Sí, señor.

MICER MACO

¿Qué os parecen?

MAESTRO ANDRÉS

Cecus non judicat de coloris.

MICER MACO

Podéis llevarle también este estrambote; leedlo fuerte.

MAESTRO ANDRÉS

Que me place.
«Oh, estrellita de amor, oh, ángel del Orto,
cara de leño, y rostro de Oriente,
por vos, peor estoy que nave en puerto;
duermo á la noche, á tempestad y al viento:
viniéronnos de Francia tus bellezas;
tan cierto como que Judas se ahorcó,
hágome por tu amor yo cortesano;
no ansío otro placer más soberano.»

MICER MACO

¿Qué decís?

MAESTRO ANDRÉS

¡Oh! qué versos sentenciosos, llenos, deslizantes, dulces, doctos, suaves, finos, amorosos, vagos, claros, limpios, amenos, tersos, sonoros, nuevos y divinos!

MICER MACO

¿Os pasman, eh?

MAESTRO ANDRÉS

Me pasman, elevan y desesperan; pero es un latín falso.

MICER MACO

¿Cuál, «que nave en puerto»?

MAESTRO ANDRÉS

Sí.

MICER MACO

Es licencia poética, hombre.

MAESTRO ANDRÉS

El quid del caballo no está en la grupa, queréis decir, sin duda.

MICER MACO

Sí, maestro. Idos ahora, que yo también me marcho.

MAESTRO ANDRÉS

En buen hora vayáis.

Escena XIII

MAESTRO ANDRÉS (*solo*).

Estoy á dos dedos de creer que éste, con ser tonto de capirote, simple de solemnidad y bolo de veinticuatro quilates, llegará á ser el favorito de esta corte; cuán sabio anduvo Giannozzo Pandolfini cuando dijo: «Soy feliz, pues he sido ponderado ante León como loco», queriendo dar á entender que con los príncipes hay necesidad de fingir locura, ser loco y vivir como tal; bien lo entendió micer Gimignano de Módena, doctor, que deseando gana

por Giannino de Correggio un pleito á Mantua, la cual llevaba tanta habilidad á la lid como el doctor justicia, tiró de podadera ante el duque.

Hay que convenir en que la mayor injuria que puede hacérsele á un señor es comportarse en su presencia como sabio.

Volviendo, pues, á nuestro poeta, todavía le queda por andar antes que llegue á cardenal, según el voto, sobre el Camello, desde que el Alifante—del cual fué pedagogo Juan Bautista del Aguila, orífice antes, camarero del Papa después, por medio de la cuñada, etc.—, fuese con buen viento.

Vayamos ahora á encontrar á Zoppino y á llevarle como embajador de la señora, á micer, para darle las gracias por la carta maravillosa y el estupendo estrambote.

Escena XIV

EL ROJO *(solo)*.

¡Qué Alvigia ésta! No se vió otra tal; ¡oh, qué zorra! Más ánimos tiene que Desiderio, que reía mientras estaba en el tormento; verdad que ella se excusaba diciendo, no quiero ó no puedo, temo el peligro en que me pone traicionar á personaje tan alto; mas entendióme pronto y aun antes que yo le contara el caso; gracias á ella vamos ya por buen camino y trataré de hablar al señor como enviada de Livia.

Ahí está Parabolano, ¡Oh, qué cara de Pascua para uno que tiene hambre y se avergüenza de ir á comer al tinelo!

Dios os dé salud y alegría.

Escena XV

EL SEÑOR PARABOLANO y EL ROJO

PARABOLANO

La muerte sólo puede alegrarme; la muerte, que es de la misma condición que la mujer, pues huye de quien la llama y sigue á quien la huye.

ROJO

No os desesperéis.

PARABOLANO

Antes quiero hacerlo; pluguiese á Dios transformarme en tu persona y á ti en mí.

ROJO

¡Oh, Cristo! ¿Qué oigo?, ¿por qué no habrá de lográrseme esta dicha?

PARABOLANO

No lo desearías ciertamente si hubieras de experimentar lo que yo experimento.

ROJO

Palabras.

PARABOLANO

Ojalá no fueran otra cosa.

ROJO

Ea, dejemos eso, que quiero deciros una, con la cual saldrá de afanes el servidor de un clérigo.

PARABOLANO

¡Ay de mí!

ROJO

Henos aquí en plena cortesanía. Reid ahora un poco, pues de otra suerte voy á arrepentirme de mi propósito. Reís de mala gana. Atendedme. La más gentil, la más rica y la más bella dama de esta tierra, está de tal modo por vos, por su señoría, que para no morir ha descubierto su amor á su nodriza, y ésta, compadecida de ella, á mí.

PARABOLANO

Dime quién es, si me hablas sinceramente

ROJO

Adivinadlo vos.

PARABOLANO

¿Comienza su nombre por A?

ROJO

No, señor.

PARABOLANO

¿Por G?

ROJO

Menos.

PARABOLANO

¿Por N?

ROJO

Que te quemas.

PARABOLANO

¿Por S?

ROJO

Más cerca anda santa Luna.

PARABOLANO

¿Por B?

ROJO

Haced lo que voy á decir.

PARABOLANO

Habla.

ROJO

¿Sabéis el A, B, C?

PARABOLANO

Desde luego, hombre. Sin una falta...

ROJO

Es milagro.

PARABOLANO

¿Por qué?

ROJO

Porque vosotros los señores no acostumbráis á entreteneros en tales pedagogías. Decid, pues, el A, B, C, y cuando pronunciéis la inicial de su nombre, os lo avisaré; de otro modo no acabaremos nunca. Ea, comenzad.

PARABOLANO

A, B, C, D. E, F, G. ¿Está entre éstas?

ROJO

No os detengáis.

PARABOLANO

¿Dónde estaba?

ROJO

En el A, B, C; volved á comenzar desde el principio

PARABOLANO

A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K.

ROJO

Despacio, que ahora llega lo bueno. Seguid.

PARABOLANO

M, N, O.

ROJO

¿Dónde dejamos la *L*?

PARABOLANO

¡Ah, Rojo divino, Rojo celeste é inmortal.

ROJO

Eso es: componed ahora un libro en mi alabanza.

PARABOLANO

¡Livia mía!

ROJO

Bien parece que me había enterado.

PARABOLANO

¿Dónde estoy?

ROJO

En Emmaus (1).

PARABOLANO

¿Duermo acaso?

ROJO

Sí; en sacarme al fin del tinelo.

PARABOLANO

Volvamos á casa, Rojo sublime.

ROJO

No ha mucho os parecía un traidor.

PARABOLANO

Eres injusto.

---

(1) Lugar adonde Jesús después de resucitar llevó á sus discípulos, no dándose á conocer hasta el acto de la Cena. — *(N. del T.)*

Escena XVI

EL MAESTRO ANDRÉS y ZOPPINO

MAESTRO ANDRÉS

Desde que las bromas se inventaron, nunca se dió otra como ésta.

ZOPPINO

Le diré que soy enviado á él por la señora Camila, y que si no fuera por respeto á don Diego de Lainis, el cual, celoso de su hermosura, tiene puesta guardia á la casa, podría llegar hasta ella, vestido como de ordinario; pero que por tal razón es fuerza venga disfrazado de faquín. Quieto; el muy bobalicón asoma; los locos lograrán dicha.

Escena XVII

ZOPPINO, MICER MACO y MAESTRO ANDRÉS

ZOPPINO

La señora Camila, mi ama, besa la mano á vuestra señoría.

MICER MACO

¿Está prendada de mis hechuras, eh?

ZOPPINO

No es posible ponderarlo como se debe

MICER MACO

Cómo ella sepa darme un hijo he de pagarle la cuna.

MAESTRO ANDRÉS

¿Qué te parece?

ZOPPINO

Ahora que lo veo de cerca, creo sinceramente que ella diga verdad al decir que muere por él.

MICER MACO

¿Cuántos besos ha dado á mi cartita?

ZOPPINO

¡Oh, más de mil!

MICER MACO

Poca gracia, mala pécora, traidora; y del estrambote, ¿qué ha hecho?

ZOPPINO

Lo ha puesto en canto.

MICER MACO

¿Por mano de quién?

ZOPPINO

De su sastre, que mal año para el archipoeta que almohaza, lleva el heno y da de beber al asno pegaseo, por cuyo motivo logra los derechos sobre su estiércol.

MICER MACO

Hízolo de improviso.

ZOPPINO

¡Oh, qué loca vena!

MICER MACO

Yo, soy yo.

MAESTRO ANDRÉS

Os hacéis todo el honor posible.

MICER MACO

¡Eh, vos... el de la señora!... ¡Oid!

ZOPPINO

Señor, no os molestéis...

MICER MACO

En cuanto mande á Siena por *biricucoli* (1) y mazapanes, os daré un par de ellos.

---

(1) Cierta pasta amasada con miel.—*(N. del T.)*

MAESTRO ANDRÉS

¿No te decía que era liberal como un Papa, como un Emperador? Vamos ahora á tratar de su visita á la señora.

MICER MACO

Despachemos presto. ¡Hola, Grillo, Grillo! Sal á la ventana.

Escena VXIII

GRILLO *(en la ventana)*, MICER MACO, MAESTRO ANDRÉS y ZOPPINO *(por fuera)*.

GRILLO

¿Qué mandáis?

MICER MACO

Nada. Sí; espera. ¡Hola, Grillo!

GRILLO

Aquí estoy. ¿Qué mandáis?

MICER MACO

Ya se me ha olvidado.

MAESTRO ANDRÈS

Entrad, señor Zoppino.

ZOPPINO

Antes V. S., maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS

No; primero V. S.

ZOPPINO

La vuestra.

MICER MACO

Primero lo haré yo; ahora entrad detrás.

Escena XIX

EL ROJO *(solo)*.

Todos los títulos que los de Norcia y Todi (1) dan á sus embajadores, ha dado su amo al Rojo; tiéndeme la mano y trata de hacerme rico, y concederme grados; quiere que le aconseje, gobierne y mande. Ahora, idos al cuerno, vosotros, los que no sabéis hacer otra cosa que gentiles reverencias con un plato en la mano ó con un vaso bien lavado, y hablando sobre la punta de los zuecos, entretenéis á los señores con diarias músicas ó componiendo cosas en su alabanza, con todo lo cual creéis entraros por su gracia adelante.

No lo entendéis. Lo importante es ponerles bue-

(1) Dos villas de Italia; ambas con sede episcopal. — *(N. del T.)*

nas faldas al alcance de la mano; como éstas den en los hocicos á los amos, te llevarán en grupa por Roma, te mimarán, apreciarán y darán cuanto quieras.

Aquí tengo este gorro con la medalla y los herretes de *aurum sitisti*, que puedo llevar gracias al mío. Pero es necesario que vaya á presentarle á Alvigia, y si la tramoya se descubre, poner pies en polvorosa. Sé todos los burdeles de Italia y de fuera de ella; el mismo calendario que halla las fiestas del año, no sabría encontrarme á mí. Presumo con todo que á esta hora va á serme difícil dar con la vieja, pues tiene á su cargo más asuntos que la Lonja.

Escena XX

EL MAESTRO ANDRÉS y ZOPPINO

MAESTRO ANDRÉS

Nada mejor que vestir á Grillo con el hábito de micer Maco, y á éste con el hábito bergamasco (1).

ZOPPINO

En cuanto se siente á la puerta de la señora, yo disfrazado, fingiré tomarle por faquín, y le preguntaré si quiere llevar un muerto al camposanto; tú en esto compareces animándole á que lo haga, aparentando desconocerlo.

(1) Todo lo de Bergamo, tenía en el resto de Italia una significación particular, grotesca. De Bergamo eran Arlequín y su traje, hecho de trozos de distintas telas, tal como figuraron uno y otro desde su aparición en la escena italiana.—*(N. del T.)*

MAESTRO ANDRÉS

Magnífico.

ZOPPINO

Entretanto, diré yo, cómo se ha publicado un edicto contra micer Maco, al cual anda buscando el barrachel. Haz, pues, salir á los amigos; y á mí, que me dispongo en un periquete déjame hacer el resto.

Escena XXI

MAESTRO ANDRÉS, GRILLO *(con el traje del amo)*, y MICER MACO *(con el de un faquín)*.

MAESTRO ANDRÉS

Salid ya; ja, ja, ja.

GRILLO

¿Estoy bien con esta ropa de velludo?

MICER MACO

¿Qué parezco, maestro?

MAESTRO ANDRÉS

¡Ja, ja, oh, oh! La carta de navegar no os conociera. Ahora tened juicio, y si veis á alguno, haced que aparezca como si quisiérais llevar una caja de la señora; y en no viendo á nadie, entrad

en la casa con las cárcolas á cuestas, y quitad las telarañas á vuestra imaginación una vez siquiera.

MICER MACO

Mil años me parece tardar ya; mil años.

MAESTRO ANDRÉS

Ea, pronto; síguele tranquilamente, Grillo; y si aquel marrano (1) lo encuentra, pasa adelante, porque pareciendo ser tú micer Maco, y éste un faquín, nadie sospechará.

MICER MACO

Venid junto á mí, no sea cosa que el señor español me desbarrigue y me haga pedacitos; ¡ay de mí! ¡Vedlo allá; tengo miedo; estoy temblando!

MAESTRO ANDRÉS

No temáis; andad. ¡Oh, qué condenado Zoppino! En el gesto, en el andar, en la manera de llevar la capa y la espada parece un «juro á Dios» al natural.

Escena XXII

ZOPPINO *(disfrazado)*, MICER MACO
MAESTRO ANDRÉS y GRILLO

ZOPPINO

¿Quieres llevar un muerto al camposanto?

(1) Se refiere á D. Diego de Lainis, cuya figura y porte remedará Zoppino.

MICER MACO

¡Como si yo hubiera estado nunca allá!

ZOPPINO

Bien se conoce que el pan está barato cuando vosotros, bribonazos, no queréis molestaros en ganarlo.

MICER MACO

No; yo no quiero molestarme sino con la caja de la señora.

MASTRO ANDRÉS

Este gentil hombre faquín servirá.

MICER MACO

¿No me reconocéis ya, maestro?

MAESTRO ANDRÉS

Mala sarna te coma; ¿quién eres tú?

MICER MACO

¡Oh, Dios; estoy perdido! Me he desfigurado con esto ropa; Grillo, ¿no soy tu amo?

GRILLO

Al cuerpo que *non riniego de tal, pesas Dios, que ti quiero matar.*

ZOPPINO

Dejadme á este asno, que he de hacérselo llevar, aunque reviente. Ha salido un edicto diciendo que quien supiera de un tal micer Maco, senés venido á Roma por espía, sin la cédula, debe presentarlo al gobernador bajo pena de la vida; según parece, quieren castrarlo.

GRILLO

¡Ay de mí!

MAESTRO ANDRÉS

No temáis, que pondremos vuestra ropa á este faquín, y, tomándole el barrachel por micer Maco, le cogerá y castrará en vuestro lugar.

MICER MACO

Yo soy faquín; soy faquín y no micer Maco; socorro, socorro.

ZOPPINO

¡Cogedlo; páralo al espía, al fullero! ¡Ja, ja! Corred tras él, Grillo, no vaya á matarse, ó resulte luego que es pariente suyo algún banquero y tengamos que sentir. Ya me parece verle, como un mochuelo espantado en medio de los Bancos (1), rodeado de un círculo de gente maleante, holgándose de la burla.

(1) Lugar picaresco de Roma.

ACTO TERCERO

Escena primera.

PARABOLANO y VALERIO

PARABOLANO

¿Qué me importa que bromeando con Cappa, hablara mal de mí el Rojo?

VALERIO

Aunque por alabarle no he de medrar, ni rebajándole he de perder nada, ciertamente, no puede presentarse al Rojo como modelo en el cual brille la virtud en todo su esplendor.

PARABOLANO

Yo encarezco y estimo al que es esplendor de mi salud, y no al solícito arreglador de mi cama ni al que con diligencia cuida de limpiar mis vestidos ó se me presenta como maesto de gentil crianza, ni al que venga á contarme las quejas que contra mí tiene mi servidumbre, ni al que está todo el santo día rompiéndome las oraciones con músicas

y poesías, invitándome y exhortándome siempre á hacer esto y aquéllo. ¿Entiendes?

VALERIO

Por lo que á mí hace, siempre he tratado de ser buen servidor y amante de vuestra honra; y tengo en más ser reprendido por tales motivos, que alabado por haber puesto ante vos, cosa indigna de vuestro grado y del mío. Pero es achaque de todos los señores, no querer dar oídos á la verdad ni á cosa buena.

PARABOLANO

¡Calla; calla, te digo!

VALERIO

Soy hombre sincero y digo las cosas como son.

PARABOLANO

Ven, entra y cálmate.

Escena II

EL ROJO y ALVIGIA

ROJO

Tú te las compondrás.

ALVIGIA

¿Piensas que es esta la primera?

ROJO

No tal.

ALVIGIA

Entonces, déjame á mí trazar el plan.

ROJO

Ahí tienes al amo; fíjate con qué áspero rostro mira al cielo, cruza los brazos, muérdese el dedo y se rasca la cabeza; cualquiera creyera que está blasfemando de todo corazón.

ALVIGIA

Señales son esas de enamorado.

ROJO

¡Oh, qué sandios se me antojan esta gente enamoradiza, que á todas horas están murmurando de las princesas! Y yo, para mí tengo, que debe costar gran trabajo obtener favores de una señora de distinción, acabando, los que se alaban de haber hecho tanto y más cuanto con esta ó la otra señora, por enredarse con cualquier mujerzuela.

ALVIGIA

Ciertamente cuesta su trabajo; y no porque dejen de ser todas del mismo pelaje, y no les guste á todas lo mismo; pero unas se detienen por miedo, otras por vergüenza, quién por verse guardada y

quién por cortedad, no consiguiendo su amor sino cualquier administrador ó criado de la casa, sólo por la comodidad.

ROJO

Y aun los pedantes van logrando alguna; que no bastándoles hijos, hermanos y criadas, de vez en cuando la cargan á los maridos de sus amas.

ALVIGIA

Ja, ja. Nos ha visto el señor.

Escena III

PARABOLANO, el ROJO y ALVIGIA

PARABOLANO

Bien venida sea la pareja.

ROJO

Esta, señor, quiere poneros el cielo en las manos.

PARABOLANO

¿Sois vos la nodriza de mi ángel?

ALVIGIA

Servidora vuestra, y la que ha criado á aquella de quien sois vida, alma, corazón y esperanza.

Aunque el mucho amor que la tengo ha de dar conmigo en el infierno.

PARABOLANO

¿Por qué, reverenda madre mía?

ALVIGIA

Porque el honor es el mayor tesoro del mundo; pero quiero viva á mi ama é hijita Livia. A su buena fortuna (la llamaré así) le ha placido mandarme á vuestra señoría para rogarle consienta en ser amado por ella. ¿Quién no ha de enamorarse de señor tan gentil?

PARABOLANO

Quiero escucharos de rodillas.

ALVIGIA

¡Oh! es demasiado, señor.

PARABOLANO

Hago lo que debo.

ROJO

Levantáos presto, que no son de este lugar vuestras napolitanerías.

PARABOLANO

Decid, pues, madre honorable.

ALVIGIA

Mucha vergüenza me da hablar á tan gran Maestro, vestida con esta basquiña tan pobre.

PARABOLANO

Sírvaos este collar para renovarla.

ROJO

¿No te dije que tenía traza de dar cien escudos, como la tiene un abogado de robar mil? (Y degollaría á una chinche, para chuparle la sangre.)

ALVIGIA

Bien lo demuestra su cara.

ROJO

Al año nos da vestidos en abundancia. (¡Oh, si al menos nos pagara el salario!)

ALVIGIA

¡Hola! ¡qué señor!...

ROJO

Siempre es Carnaval en su tinelo. (Y perecemos de hambre en él.)

ALVIGIA

Así se oye por doquier.

ROJO

Nos trata como á compañeros. (¡Tuviera él tantas horas de vida como complacencias con nosotros!)

ALVIGIA

Condición de gran Maestro.

ROJO

Si fuera preciso, hasta al Papa recurriría en obsequio al más insignificante de sus criados. (Aunque nos viera con la soga al cuello, no se dignara salir por nosotros.)

ALVIGIA

No, no habéis de jurármelo.

ROJO

Nos quiere con amor de padre. (Antes nos desea á todos la muerte.)

ALVIGIA

Lo creo.

PARABOLANO

El Rojo conoce mi natural.

ROJO

Y os lo alabo; bien podéis decir, mi señora Alvigia, que vuestra hijita, al prendarse de él, ha dicho el Pater noster de San Julián, y no vayáis á creer se dignara amar á otra que ella no fuera; medio Roma anda tras él.

ALVIGIA

¿Y no quiere consentir, eh?

ROJO

En modo alguno, madre.

PARABOLANO

No hables de eso; que doy fervientes gracias á la benigna fortuna por tener el amor de Livia.

ROJO

Podéis estar orgulloso.

PARABOLANO

Decidme, cara señora, ¿con qué gesto habla de mí?

ALVIGIA

Con gesto imperial.

PARABOLANO

¿Con qué actos?

ALVIGIA

Con actos que harían perder la virtud á un ermitaño.

PARABOLANO

¿Qué promesas me hace?

ALVIGIA

Amplias y magníficas.

PARABOLANO

¿No creéis que finja?

ALVIGIA

¿Fingir ella?

PARABOLANO

¿Ama á otro?

ALVIGIA

¿Amar á otro, decís? Padece por vos cuita tan grande, que si no cura, si no cura de ella...

PARABOLANO

Nunca consentiré sufra por mí.

ALVIGIA

Dios lo quiera.

PARABOLANO

¿Qué está haciendo ahora?

ROJO

(Mea.)

ALVIGIA

Maldice el día, por lo mucho que tarda en acabarse.

PARABOLANO

¿Qué le importa sea corto ó largo el día?

ROJO

Impórtale, porque quiere reunirse esta noche con vos, para salir de afanes ó morir.

PARABOLANO

¿Es verdad lo que dice el Rojo?

ALVIGIA

Así es. Y desea la muerte, caso de que vuestra señoría le niegue tal gracia. Entrad, acabaré de

explicaros el negocio; espéranos aquí, Rojo; pronto somos contigo.

PARABOLANO

No, no lo haré. Entrad vos primero, madre mía.

ALVIGIA

¡Ay, mi señor! no os burléis de mí, haciéndome tanto honor; entre vuestra señoría.

ROJO

Contentad al amo, señora vieja.

ALVIGIA

Como quieras.

Escena IV

MICER MACO *(vestido de faquín)* y el ROJO

MICER MACO

¿Qué me aconsejáis que haga?

ROJO

Anda que te ahorquen, faquín gandúl.

MICER MACO

Ya voy respirando.

ROJO

Si reventaras...

MICER MACO

El barrachel me persigue injustamente.

ROJO

Lástima no sea el verdugo quien lo haga, en vez del barrachel.

MICER MACO

¿Conocéis al señor Rapolano?

ROJO

¿Qué Rapolano?

MICER MACO

El señor que me mandó las lampreas; vos no me reconocéis ya.

ROJO

¿Sois vos micer Maco?

MICER MACO

Sí, señora; digo, sí, señor.

ROJO

¿Qué significa venir corriendo, vestido tan indignamente?

MICER MACO

Llevábame, disfrazado, á las putas, el Maestro Andrés.

ROJO

Llevábame y traíame... todos los cerebros seneses tienen, como los de los clérigos y frailes, la misma miga.

Escena V

PARABOLANO, el ROJO, MICER MACO y ALVIGIA

PARABOLANO

¿Qué dices, Rojo?

ROJO

Digo, que aqui tenéis á vuestro señor senés, recién salido de manos de ese tunante de Maestro Andrés, en la forma que veis.

PARABOLANO

¡Cuerpo de Dios!... me las ha de pagar.

MICER MACO

No le hagáis daño, que el barrachel es un traidor.

PARABOLANO

Rojo, haz compañía á mi madre. Venid conmigo, micer Maco.

MICER MACO

Señor Rapolano, me encomiendo á vuestra señoría.

Escena VI

ROJO y ALVIGIA

ROJO

Y bien...

ALVIGIA

Valiente fanfarrón...

ROJO

Ja, ja, ja.

ALVIGIA

¿Sabes de qué me maravillo?

ROJO

No.

ALVIGIA

De que siendo él quien se perece por esa Livia, crea tan cándidamente que ella, que nunca le ha visto, como quien dice, esté á dos dedos de morir por él.

ROJO

No debe sorprenderte eso, porque un señor como éste, antiguo camarero de diez canes, desvanecido ahora con tanta grandeza, cree cosa muy natural que todo el mundo le adore; y aun si fuera posible leer en su interior, tal vez halláramos que se reproche á sí mismo haber puesto amor en Livia, dando como lógico que ella vaya tras él, según le damos á entender.

ALVIGIA

Pobrecillo buho. Y ahora, para que sepas, he de decirte cómo, de hoy más, quiero hacer por mi ánima; pues en efecto, soy de las que pueden dejar el mundo en buen hora, tantas voluntades se me han logrado en él. Ni Lorencina, ni Beatricica, ni Angioletta de Nápoles, ni Beatriz, ni Madrema nonvuole, ni la célebre Imperia, hubieran servido para descalzarme en mi tiempo. Las modas más caras, casas bonitas, el matar toros, montar á caballo, las cebellinas con cabeza de oro, papagayos, monos, las camareras y criadas por docenas, eran para mí

cosa corriente, y recibía señores, monseñores y embajadores á porrillo, ja, ja.

Me río, recordando que una vez saqué á un obispo la mitra misma, y se la puse en la cabeza á una criada mía, burlándonos las dos del pobre hombre. Cierto mercader de azúcares, se dejó en mi casa hasta sus cajas, de donde vino que en ella, por algún tiempo, todo se condimentara con azúcar.

Vime afligida después por una enfermedad, que nunca se supo qué fuera, *tamen* la trataron como mal francés, envejeciéndome á fuerza de tantas medicinas como me hicieron tomar.

Entonces comencé á tener cuartos para alquilar, vendiendo primero anillos, vestidos y todas las demás cosas de la juventud, y luego me reduje á lavar camisas bordadas.

Por fin dime á aconsejar á las jóvenes, no fueran tan tontas que dejaran á la vejez marchitar la carne... ya me entiendes.

Pero ,¿qué te iba yo á decir?

ROJO

Ibas sin duda á decirme que yo, por mi parte, he sido lego, criado de taberna, judío; que he estado en la gabela, siendo luego mulero, compañero del barrachel, forzado en las galeras, y por cosas de amor, molinero, correo y alcahuete; charlatán, pícaro, criado de estudiantes, servidor de cortesanos; y soy griego: mi parte en el collar, hermana, que por ahí andaba tu plática; no te hagas la inocente.

ALVIGIA

Mi discurso era sin malicia, y quería decirte que

llevo ya algunos años á cuestas y nunca tomé á mi cargo empresa como la presente.

ROJO

Y á pesar de ello, me estás tanto más obligada, cuanto que pienso será la última.

ALVIGIA

¿Por qué la última? ¿Me matarán acaso?

ROJO

Lo digo porque ya apenas se gastan mujeres en la corte; pues no siendo en ella lícito tomar mujer, tómase marido; de este modo, unos y otros ven satisfecho su gusto, y no se infringe la ley escrita.

ALVIGIA

Harta desfachatez reina en esta tu corte; y para convencerte, no tienes sino fijarte en que lleva la mitra y no se avergüenza de ello.

ROJO

Deja ir las cosas por donde van; ¿cómo te las vas á componer con mi amo?

ALVIGIA

Van á faltarme expedientes; en verdad que me crees bien simple.

ROJO

Indícame uno.

ALVIGIA

La mujer de Arcolano, el panadero, es una buena hembra, y la tengo siempre á mi disposición. Ordenaré que venga á casa, y les pondremos á los dos en un mismo cuarto, á obscuras.

ROJO

Muy bien.

ALVIGIA

Cuántas damas hay, que pareciendo divinas, gracias á las ropas recamadas y al afeite, son en puridad unos pellejos. Tiene la Toña (mujer del panadero antedicho) tan blancas las carnes, tan firmes, frescas y limpias, que una Reina se honraría con ellas.

ROJO

Y aunque la Toña fuera sucia y no valiera un ardite, había de parecerle un ángel al amo. Porque los señores no tienen más gusto que un muerto; beben los peores vinos; y comen por manjares exquisitos los más infames alimentos que puedan hallarse.

ALVIGIA

Estamos de acuerdo; he aquí mi choza; vuelve al señor y tráeme su resolución, la hora de su llegada y el collar; partiremos como buenos compañeros.

ROJO

Sí, sí; ea, me voy.

Escena VII

VALERIO y FLAMINIO

VALERIO

Extraña obcecación la que te posee de una hora á esta parte; espera sirviendo; que el fruto de la esperanza del cortesano madura cuando menos se piensa.

FLAMINIO

¿Cómo, no teniendo aún flores, puede madurar sus frutos mi esperanza? Vime hace poco en el espejo, blanca ya la barba, y viniéronme las lágrimas á los ojos, compadecido de mí mismo al considerar que no tengo de qué vivir. ¡Ay, mísero de mí! Cuántos bribones, cuántos criados, cuántos ignorantes y glotones conozco ricos, y en cambio yo me veo mendigo.

Deliberado tengo ir á morir fuera de aquí; mas duéleme en el alma haber venido joven y salir viejo;

vestido vine, y me voy desnudo; llegué contento, y parto desesperado.

VALERIO

¿Qué conseguirás yéndote? ¿Quieres perder de un golpe todo el tiempo que con tanta fe y solicitud has servido?

FLAMINIO

Eso es lo que me apena.

VALERIO

El amo te quiere; preséntense ocasiones y verás como te tiene presente.

FLAMINIO

¿Que me tendrá presente, dices? Si el Tíber fuera de leche, no me dejara mojar en él un dedo.

VALERIO

Eso es hablar por hablar. Pero, dime, ¿á dónde vas á ir? ¿A qué tierra? ¿A qué señor?

FLAMINIO

Grande es el mundo.

VALERIO

Era grande; en nuestros días se ha reducido tan-

to, que no hay lugar en él donde los virtuosos podamos guarecernos. No niego que nuestra corte sea mala; pero al fin, en ella podemos ir tirando; aquí por mal que dé, se vive.

FLAMINIO

Aunque así sea quiero irme.

VALERIO

Piénsalo bien, y reflexiona que ya no estamos en aquellos tiempos que solían correr de parte á parte de Italia; todas las provincias contaban entonces con puertos de refugio para hombres de corte. En Nápoles, el rey; los barones en Roma, como hoy están los Médicis en Florencia; en Siena, los Petrucci; en Bolonia, los Bentivoglios; y en Módena, los Rangoni, especialmente el conde Guido, que animaba con su cortesía á todo hombre de espíritu á deleitarse en su mucha gentileza, y á donde él faltaba, suplía la magnánima señora Argentina, único rayo de pudicicia en este perverso siglo.

FLAMINIO

Bien la conozco, y aparte su noble virtud, la adoro por la suma afección que tiene puesta en el rey Francisco, á quien pronto espero ver rodeado de la felicidad que á sus méritos auguran señora tan cumplida, y todo el mundo.

VALERIO

Volvamos á nuestro asunto. ¿A dónde irás? ¿A Fe-

rrara? ¿Qué vas á hacer allí? ¿A Mantua? ¿Qué te propones decir? ¿A Milán? ¿Para qué? Sigue el consejo de quien bien te quiere; quédate en Roma, pues con sólo el ejemplo que á nuestra corte da la liberalidad de Hipólito de Médicis, refugio de multitud de virtuosos, es de necesidad que vuelvan los buenos tiempos antiguos.

FLAMINIO

Tal vez me vaya á Venecia, donde he estado ya, y enriqueceré mi pobreza con su libertad, porque al menos allí no está en las manos del primer favorito ó favorita el matar á cualquier pobrete; únicamente en Venecia tiene en equilibrio su balanza la justicia; allí el solo temor á la caída de otro, no te induce á adorar á quien el día anterior tenías por un miserable; y el que de su mérito dude, mire de qué manera Dios la exalta. Verdaderamente, Venecia es la ciudad santa, el paraíso terrenal. La dulce comodidad de aquellas góndolas es deleitoso recreo para los ratos de ocio. No se hable allí de cabalgar. ¿Para qué? Cabalgar, es azote de calzas, desesperación de criados y quebradero de cuerpos.

VALERIO

Dices bien, y además la vida está allí más asegurada y en potencia de ser más larga que en ninguna otra parte; pero hallo que los días se hacen pesados é interminables.

FLAMINIO

¿Por qué?

VALERIO

Por faltar la conversación de virtuosos.

FLAMINIO

Estás mal enterado. Los virtuosos y la gentileza de espíritu residen sin duda en Venecia, como la villanía y la envidia en Roma. ¿Dónde se halla otro reverendo Fray Francisco Giorgi, hechura de todas las ciencias? Bendita la corte, si Dios inspira á quien puede, para que se le conceda el grado que á sus méritos corresponde. ¿Y qué te parece del venerable padre Damián que hasta los mármoles del coro quiebra predicando, y es verdadero intérprete de la Sagrada Escritura? ¿No oíste hablar ayer de Gaspar Contarino, sol y vida de la Filosofía, de los estudios griegos y latinos, y espejo de la bondad y de las costumbres?

VALERIO

Conocí á su magnificencia en Bolonia, como embajador cerca del César. La reverencia de los dos padres oí mentar, y he visto aquí en Roma á Giorgi.

FLAMINIO

¿Y quién no debiera hacer el viaje á posta para ver al digno Juan Bautista Memo, redentor de las ciencias matemáticas y sabio sin par?

VALERIO

Lo conozco de fama.

FLAMINIO

También por ella conoces á Bevazzano, lumbrera entre los doctos de Roma, y sé asimismo que has oído sonar el nombre del ilustre Capello. ¿Pero dónde nos dejamos al gran Trifón Gabrielli, cuyo juicio enseña á la naturaleza y al arte? Y entiendo que están entre los demás espíritus cultivados, Girolamo Quirini, todo sentido, y todo gracia, que al mundo causa asombro en el imitar al divino M. Vicenzio, tío suyo, el cual honró la patria en vida, y á Roma después de muerto; y Girolamo Molino favorito de las musas. ¿Quién no ha de solazarse oyendo las placenteras invenciones de Lorenzo Viniero? ¡Qué gentil conversación no tiene Luis Quirini, el cual, tras los honores habidos en las armas, se ha adornado con los de las leyes! Y me han dicho nuestro Eurialo de Ascoli (antes Apolo), y Pero, como está en Venecia Francisco Salamone, que al mismo Orfeo causa envidia cantando con la lira.

VALERIO

Lo he oído decir.

FLAMINIO

El bueno de Molza díceme también que están allí dos jóvenes milagrosos, Luis Priuli y Marco Antonio Soranzo, sin pares en el súmum de lo que se puede, no ya saber, sino desear saber. ¿Y quién iguala en cortesanía, virtud y juicio á monseñor Valerio, cumplido gentilhombre, y á monseñor Brevio?

VALERIO

Bien conocidos son en Roma.

FLAMINIO

Por lo tanto, en Venecia existen las prácticas virtuosas y gentiles pasatiempos; pásmase la gente oyendo al eximio Andrés Navagiero, cuyas huellas sigue el buen Bernardo; y habíaseme olvidado Maffio León, otro Demóstenes, otro Cicerón, aparte de otros mil nobles ingenios que ilustran nuestro siglo, como lo ilustra hoy Egnazio, único sostén de la latina elocuencia, honrándolo como á tal la historia. No hallarás en Roma un micer Juan de Legge, caballero y conde de Santa Croce, quien, con sabia liberalidad, demostró en Bolonia la generosidad espléndida de su ánimo.

VALERIO

Esto es; que descontada la Academia de los Médicis estamos conversando aquí con un rebaño de hambrientos y difamadores.

FLAMINIO

Harto más hay de lo que te indico; y para acabar de ilustrar esto, te diré que, según el gentil Firenzuola, un Francisco Bereitai es más valiente en la improvisación que este nuestro aturdido Pasquino en las cosas pensadas. Pero dejemos á un lado á filósofos y poetas. ¿Dónde mora la paz sino en Venecia? ¿Dónde existe el amor sino en Venecia? ¿Dónde la abundancia, dónde sino allí la caridad?

Y que la verdad sea dicha, aquel reverso de clérigos al uso, aquel espejo de santidad, aquel padre de la humildad, ejemplo de buenos religiosos, el obispo de Chieti digo, se ha recluído con los suyos para salud de su alma en Venecia, despreciando con su odio á Roma este nuestro cochino vivir. Una vez estuve allá por Carnavales, y quedé pasmado con el triunfo de las compañías de la calza y con las estupendas fiestas que hicieron los magnánimos *Reales*, los graciosos *Floridos* y los honrados *Corteses*; y al ver tantos padres de la patria, tantos ilustres senadores, tantos egregios procuradores, tantos doctores y caballeros, tanta nobleza, tanta juventud y riqueza, pensé salir de mí. Un escrito he visto al Cristianísimo, donde dice que, subiendo con la duquesa de Ferrara el por extremo serenísimo príncipe Andrés Gritti con su omnipotente señoría sobre el Bucentauro (1) por honrar la sangre real de Francia, faltó poco para que éste se sumergiera; tan excesivamente lo sobrecargó su prudencia y buen sentido. Cuyas proezas continuadas por las armas prudentísimas de su capitán general F. M. duque de Urbino, vivirán eternamente en los escritos del divinísimo monseñor Bembo. Y no vayas á creer que los señores delegados por sus príncipes cerca del óptimo y justo Senado veneciano, sean menos afables y menos corteses que estos que son acá oradores de su beatitud. Allí está el reverendísimo Nuncio monseñor Alejandro,

(1) Barco desde el cual celebraba el Dux los desposorios de Venecia con el mar. De Chesnel dice que era «un galeón largo como una galera, sin velas, que llevaba en la popa la figura de un bucentauro», especie de centauro con forma de toro.—*(N. del T.)*

en cuya doctrina y religión debieran mirarse los otros prelados para buena reputación del clero.

¿Mas dónde dejo á don Lopes, erario de los secretos y de los negocios del felicísimo César Carlos V, sostén de la cristiana fe?

VALERIO

¿Hablas de don Lopes Soria, en cuya cortés bondad se fundan las esperanzas de Pedro Aretino?

FLAMINIO

Del nuevo Ulises hablo.

VALERIO

Inclínome al sonido de su nombre, como merece, por ser decidido protector de toda virtud.

FLAMINIO

Habla con el digno y fiel Giangioacchino y con todos los brillantes espíritus que llegan á aquella tierra y oirás el mérito del doctísimo Monseñor de Selva, Obispo de Lavaur, en cuyas costumbres y porte, bien se conoce, es hechura del gran rey Francisco; y figurando allí como orador suyo pasma á todos con su prudencia y modestia. Mira después la casta gravedad y gentil crianza del Protonotario, Casale, ejemplo de verdadera liberalidad, para cuyos méritos con respecto á su rey, sería poco media Inglaterra. Por Dios, Valerio, que el hombre que allí tiene la excelencia del duque de Urbino haciendo sus veces, apto para regir con su

saber las cosas de dos mundos, es verdaderamente digno de la gracia de su señor. ¿Qué alta personalidad no es también allí Vesconte para la hacienda de su duque de Milán? Acerca de la bondad de Benedetto Agnello por el gran duque de Mantua, huelga cuanto se diga. Y entre los óptimos, está Juan Jacobo Tebaldo que hace buena á Ferrara con sus bondades; ¡oh, qué dulce viejo! ¡Oh, qué fiel persona! Es primo, según entiendo, de nuestro micer Antonio Tebaldeo, quien, como dice el señor, único espíritu de las Musas, asombrará al universo con sus escritos como Pollio Aretino con sus triunfos sagrados que dará presto al mundo.

VALERIO

Me convences, y mudo de opinión.

FLAMINIO

He omitido la caterva de pintores y escultores que con el buen micer Simón Bianco están allí y la que se ha llevado consigo el singular Luis Caorlini, á Constantinopla, de donde ha vuelto ahora el espléndido Marco de Nicoló, en cuyo ánimo hay tanta magnificencia como en el del rey, y por eso la alteza del afortunado señor Luis Gritte le ha colocado en el seno de su favor y gracia; y—revienten los plebeyos y los malignos--allí está el glorioso, admirable y gran Tiziano, cuyo colorido respira como las mismas carnes, de las cuales tiene el pulso y la frescura. El estupendo Miguel Angel, alabó con asombro el retrato del duque de Ferrara, que el emperador quiso tener siempre consigo. Ve también á Pordonone cuyas obras hacen dudar si la

naturaleza da relieve al arte ó éste se lo comunica á la naturaleza.

No niego que Marco Antonio fuese único en el buril, mas Juan Jacobo Coralio Veronés, su discípulo, aventájale como lo atestiguan sus esculturas en bronce. Sé de cierto, que el famoso Mateo del Nasar, muy querido del rey de Francia y de Juan de Castel, boloñés valentísimo, tiene por prodigio las obras en cristal, en piedra y en acero, de Luis Anichini, que prefiere estar en Venecia.

Por ahí andan también el muy virtuoso y florido ingenio Forliveso Francisco Marcolini y el buen Serlio, arquitecto boloñés y M. Francisco Alunno, divino inventor de los caracteres de cuantas lenguas se hablan en el mundo. ¿Qué más? El digno Jacobo Sansovino ha cambiado Roma por Venecia, y muy acertadamente, pues según dice el grande Adriano, padre de la música, es el Arca de Noé.

VALERIO

No lo dudo; y escucha á tu vez lo que voy á decirte.

FLAMINIO

Habla.

VALERIO

Digo, pasando de coles á rábanos, que el no tener tú nada reconoce por causa el poco respeto que siempre has demostrado á la corte. Poner siempre defectos á cuanto piensa y hace, ha debido de perjudicarte y te perjudicará sin duda.

FLAMINIO

Prefiero pasar malos ratos por haber dicho la verdad, á que me luzca el decir mentiras.

VALERIO

El decir la verdad, es precisamente lo desagradable, y no tienen otra cosa ante sus ojos los señores, que tu excesiva franqueza. De los grandes hay que decir que el mal que hagan bien hecho está, siendo tan peligroso y nocivo denigrar sus personas, como seguro y útil alabarles. A ellos les es lícito hacer cuantas cosas quieran, y en cambio á nosotros no lo es el decirlas; á Dios toca corregir sus maldades, que no á nosotros.

Ponte la mano en el pecho y hablemos sin pasión. ¿Te parece haber obrado bien, poniendo en solfa á la corte como lo has hecho?

FLAMINIO

¿Qué he dicho yo de ella?

VALERIO

Te has desatado en contra suya, por herética, falsaria, traidora, descarada y deshonesta, y ha llegado á ser comidilla de la gente del pueblo, gracias á tus habladurías.

FLAMINIO

No; á sus merecimientos.

VALERIO

Quita allá, hombre; y menos mal si á eso te hubieras reducido, pues ya habló de ello Pasquino, y seguirá hablando. Mas después te metiste en el temporal de irregularidades, opiniones y privilegios, y no parece sino que has hecho tú los duques con los pies, de tal manera, que hablando en puridad debiera darte vergüenza decir las cosas que dices.

FLAMINIO

¿Por qué he de avergonzarme diciendo lo que la corte no se avergüenza de hacer?

VALERIO

Porque los señores son los señores.

FLAMINIO

Si los señores son los señores, y los hombres son los hombres, no me explico que encuentren los primeros un placer en ver morir de hambre á quien les sirve, ni que disfruten viendo sufrir á un virtuoso. Y para mayor afrenta, ora acometen á este muchacho, ora á aquel rufián ó á aquel cornudo; ¿qué quieres? tengo una satisfacción en propalar su canallería. Callara con gusto si tan sólo dos de ellos imitaran la bondad y liberalidad del rey de Francia. Mas no hay temor á que calle nunca.

VALERIO

¿Por qué?

FLAMINIO

Porque primero he de ver honesta y discreta la corte, que vea en ella dos tales; y para abrirte enteramente mi pecho, como habituado después de tantos y tantos años á servir, no puedo resolverme á hacer otra cosa, me voy á la corte de su majestad. Porque aunque no hallara otra distracción que la de ver tantos señores capitanes y virtuosos, viviría alegre, porque aquella pompa, aquella alegría y libertad consuelan á cualquiera, así como habían de desesperarle la miseria, estrechez, servilismo de esta corte, y entiendo que la grata bondad del cristianísimo es tanta y tal, que hace que todos le adoren, como la chocante grosería de cualquier otro señor obliga á todos á odiarle.

VALERIO

Hay que conceder que tienes razón; hay un solo rey de Francia en el mundo, siendo tan excelsa su gracia, que hasta aquellos que nunca le vieron le llaman, celebran, admiran y adoran.

FLAMINIO

No veo ya el momento de salir de aquí para ir á servirle; y sábelo de una vez; tengo cartas de monseñor de Baif, vaso de las buenas letras, embajador suyo en Venecia, en las cuales me da seguridades de ser bien recibido cerca de su majestad; que si así no fuese, iría á Constantinopla para servir al señor Alvigi Gritti, en quien se ha refugiado toda la cortesía huída de plebeyos señores que no tienen de príncipes más que el nombre; hacia él se fuera

Pedro Aretino, si el rey Francisco no le hubiese retenido con áureas cadenas, y si las copas de oro y las pensiones del magnánimo Antonio de Leva no le enriquecieran.

VALERIO

He oído lo del rey, así como el regalo que le ha hecho el señor Antonio, cuya persona es carro de todos los triunfos del César. Pero puesto que estás dispuesto á marchar, espera la partida de Su Santidad para Marsella.

FLAMINIO

Esperaré sentado, entonces.

VALERIO

Qué, ¿no crees tú que vaya?

FLAMINIO

En Cristo creo.

VALERIO

¡Qué cabeza tan dura! Cuando todos se disponen para la partida, tú te ríes de ella.

FLAMINIO

Si el Papa va, comenzaré á creer que el mundo está próximo á su fin, ó que vuelve hombre de bien.

VALERIO

¿Por qué dudas?

FLAMINIO

Porque si eso fuera así, sentaba desde ahora y para lo sucesivo mis reales en esta corte, y tendríame por dichoso. Si N. S. se une con el rey, de una vez acabaremos de ser piojosos, aunque ya me parece ver á los nuestros, si vamos á Marsella bajo el mismo pie con que á Bolonia fuimos, sirviendo de solaz y entretenimiento á los cortesanos franceses, que usan tanta grandeza en el vestir y comer como nosotros miseria; y á no ser que la pompa del Cardenal de Médicis la encubra, pareceremos una turba de mercaderes quebrados.

VALERIO

Calla, que sale el amo. Vayamos donde sabes, y allí te contestaré acerca de esta partida de la corte, que tanto honor merece.

Escena VIII

PARABOLANO y el ROJO

PARABOLANO

Te he visto entrar por la puerta del jardín, ¿Qué dice mi señora Alvigia?

ROJO

Está encantada de vuestra buena crianza, libera-

lidad y gracia; quiéreos poner en los brazos otra bien distinta. V. S. no ha hecho cortesía á persona ingrata.

PARABOLANO

Nada significa eso en comparación con la que pienso hacerle.

ROJO

A las siete y cuarto estará en su casa vuestra amiga. Pero es tanta su vergüenza, que ha pedido como gracia encontrarse con vos en la obscuridad; no debéis curaros de ello, pues presto vendrá el dejarse ver á la luz.

PARABOLANO

Evita sin duda ser vista por mí, considerándome indigno de mirarla.

ROJO

Nada de eso. Todas las mujeres hacen melindres al principio, hasta que orillada su tímida vergüenza vendrían á satisfacer sus deseos en plena plaza de San Pedro.

PARABOLANO

¿Crees tú que lo haga por timidez?

ROJO

Seguramente. ¿Pues qué pensáis vos?

PARABOLANO

Que es dulce cosa amar y ser amado.

ROJO

Dulce cosa es la tarberna, dice Cappa.

PARABOLANO

Dulce será sin duda Livia.

ROJO

Fantasías vuestras; de mí sé decir que hago mayor aprecio de un jarro de Greco (1) que de Angela Greca.

PARABOLANO

Si tú probaras la ambrosía que destilan las amorosas bocas, pareciérante amargos los vinos en su comparación.

ROJO

Decidme, si os parece, que soy virgen; he probado ya mi parte y no encuentro la superior delicia que vos halláis.

PARABOLANO

Bien diferentemente saben las señoras.

---

(1) Cierta clase de vino.

ROJO

Cierto, porque no mean como las otras.

PARABOLANO

Es una tontería hablar de ello.

ROJO

Y otra mayor responder. Esperad; aquí quiero veros. ¿No soléis decir que la dulzura destilada por lenguas que saben decir bien, supera á la de la uva, á la de los higos y malvasía?

PARABOLANO

Sí, bajo cierto aspecto.

ROJO

¡Oh! Cómo me atormenta la imaginación el recuerdo de aquellos sonetillos de Pasquino!

PARABOLANO

Ignoraba que gustaras de la poesía.

ROJO

¿Cómo no? Sabed que si estudiase llegaría á ser filósofo ó birretero.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

Cuando estaba con Antonio Lelio Romano moría por leer las cosas que componía en elogio de los cardenales, y me sé de memoria multitud de ellos. ¡Oh!, son versos, divinos, y me declaro partidario de Barbieraccio, que dice no sería ningún dasatino leer cada mañana dos de ellos entre la Epístola y el Evangelio.

PARABOLANO

¡Oh, qué gracioso lance!

ROJO

¿Qué os parece aquello que dice:
No tiene el papa León tantos parientes?

PARABOLANO

Es bonito.

ROJO

¿Y aquello otro:
Después que Constantino hizo el presente
por quitarse la lepra de la espalda...?

PARABOLANO

Muy agudo.

ROJO

Cocinero es San Pedro, si es que es Papa
uno de los tres frailes.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

Pláceos, señora Iglesia, bella y buena,
por esposo legítimo el armiño?

PARABOLANO

¡Oh, muy bien.

ROJO

¡Cardenales! Si fuérades nosotros,
que nosotros por nada fuéramos vosotros.

PARABOLANO

Excelente.

ROJO

Veré si logro haber aquellos que se hicieron este año al maestro Pasquino, que deben ser graciosos.

PARABOLANO

A fe mía, Rojo, que eres un hombre galante.

ROJO

¿Quién lo duda?

PARABOLANO

Ea, no perdamos tiempo; pronto, á casa; quiero que vayas al punto con la orden á la vieja.

Escena IX

EL MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

MAESTRO ANDRÉS

Os echásteis á correr sin motivo, y por causa vuestra, el señor Parabolano después de haceros acompañar á casa, *in visibilium*, me ha echado una filípica soberana.

MICER MACO

Bromas del señor. Decidme ahora, maestro, ¿por dónde se viene al mundo?

MAESTRO ANDRÉS

Por una boca.

MICER MACO

¿Ancha ó estrecha?

MAESTRO ANDRÉS

Ancha como un horno.

MICER MACO

¿Qué se viene á hacer en él?

MAESTRO ANDRÉS

Se viene á vivir

MICER MACO

¿Para qué se vive?

MAESTRO ANDRÉS

Para comer y beber.

MICER MACO

Entonces debo yo de vivir sin duda, pues como lo mismo que un lobo, y bebo como un caballo. Sí, á fe, juro á Dios, beso la mano. ¿Pero qué se hace después de haber vivido?

MAESTRO ANDRÉS

Muere uno en su agujero, como las arañas.

MICER MACO

¿No somos todos hijos de Andare y Andera?

MAESTRO ANDRÉS

Todos de Adán y Eva, macarrón mío, sin sal, sin queso y sin fuego.

MICER MACO

Imagino que será bien hacerme cortesano con los moldes. Lo he soñado esta noche, y además, me lo ha dicho Grillo.

MAESTRO ANDRÉS

Mejor habláis que un cangrejo, que tiene dos bocas. Y para que vuestra señoría entienda, también los morteros, campanas, y hasta las torres, se hacen con molde.

MICER MACO

Creía yo que las torres nacían como han nacido en Siena.

MAESTRO ANDRÉS

Disparatábais de temporal pensándolo.

MICER MACO

¿Saldré bien hecho?

MAESTRO ANDRÉS

Mejor que bien.

MICER MACO

¿Por qué?

MAESTRO ANDRÉS

Porque cuesta menos hacer un hombre que un mortero; pero ya que habéis adoptado tan óptimo expediente, despachemos cuanto antes.

MICER MACO

Id ya, que hoy me pongo en los moldes ó reviento.

Escena X

ALVIGIA *(sola)*.

Más que hacer tengo que cuatro recién casados. Uno me pide ungüentos; otro polvos para abortar; quién me da cartas, quién embajadas, quién hechizos, quién esto, lo otro y lo de más allá. El Rojo debe de andar buscándome; ¿no lo dije yo?

Escena XI

ROJO y ALVIGIA

ROJO

¡Qué fortuna encontrarte aquí!

ALVIGIA

Soy la burra del vecindario.

ROJO

Deja á un lado cosas sin importancia, y compóntelas de manera que el amo juegue de verga esta noche.

ALVIGIA

En cuanto haya dicho cien palabras á mi confe-

sor espiritual soy contigo al momento; te hallaré aquí á mi vuelta, ¿no?

ROJO

Aquí ó alrededor del palacio de mi amo; ¿qué fraile es aquel?

ALVIGIA

El que busco; vete.

Escena XII

GUARDIÁN DE ARACELI y ALVIGIA

GUARDIÁN

Ores et boves universas insuper, et pecora campi.

ALVIGIA

Siempre os hallo absorto en vuestras oraciones.

GUARDIÁN

No me mato, sin embargo, pues no soy de aquellos que se apuran por ir al Paraíso cuanto antes; si no voy hoy iré mañana; es tan grande que todos hemos de caber en él, á Dios gracias.

ALVIGIA

Lo creo; con todo, me hace sospechar no sea así el pensar la mucha gente que ha ido, y la que trata

de ir aún; apenas si encuentro sitio en el Coliseo cuando hacen la Pasión, y, sin embargo, no va allá toda la gente que hay en el mundo.

GUARDIÁN

No te maravilles de eso. Porque las ánimas, que son, digámoslo así, como lucecitas, no ocupan lugar.

ALVIGIA

No entiendo.

GUARDIÁN

Exempli gratia. Imagina que te hallas en un pequeño aposento bien cerrado, y que dices que el Alifante hizo testamento antes de morir. ¿No sería esta una mentira excomulgada?

ALVIGIA

Sí, padre.

GUARDIÁN

Y sin embargo el aposento no aparece embarazado por ella, ni por otras mil que se dijeran en él del mismo modo, las almas en el Paraíso no ocupan lugar, como *etiam* las luces carecen de cuerpo. En suma; en el Paraíso cabrían dos mundos como el nuestro.

ALVIGIA

Gran cosa es conocer la Escritura. Pues bien, yo, padre mío espiritual, quisiera saber de vuestra paternidad dos cosas: la primera, si mi maestra está en vías de salvación; y la otra, si el Turco viene ó no.

GUARDIÁN

En cuanto á la primera, tu maestra ha de estar veinticinco días en el purgatorio, *circum circa;* irá luego por cinco ó seis días al limbo, y después *dextram patris celi celorum.*

ALVIGIA

Se ha dicho, sin embargo, que no, y que está perdida.

GUARDIÁN

¿No lo sabría yo?

ALVIGIA

¡Ah! ¡Lenguas serpentinas!

GUARDIÁN

En cuanto á la venida del Turco, nada de lo que se dice es cierto. Y aunque viniera, ¿á ti qué te importa?

ALVIGIA

¿Qué me importa, eh? Aquella costumbre suya de

empalar á la gente, no me cabe en la cabeza de ningún modo: tratar así á las pobres mujercitas, ¿os parece cosa de broma? Desespérome al ver que estos nuestros sacerdotes tienen por don precioso ser empalados.

GUARDIÁN

¿Qué lamentas?

ALVIGIA

Que no se haga provisión de ellos cuando grite la gente «ahí está, ahí está».

GUARDIÁN

Cuentos y patrañas. Ea, ve con Dios; presto voy á tomar la posta con motivo de una práctica que ordeno en Verucchio, para que se corte en pedazos la parte del conde Juan María Judío, músico; y por una confesión que revelé, he de hacer que se vea cara á cara con la muerte: ¡la paz sea contigo!

Escena XIII

ALVIGIA *(sola)*.

Dios os acompañe: Estos frailes, son perejil de todas las salsas; con la cabeza baja y el cuello inclinado, parecen santos. ¿Quién por tales no los tomara al ver sus pies desnudos y la cuerda que llevan ceñida? ¿Quién no da fe á sus dulces palabras? Pero tiene que practicar necesariamente virtud, el que quiera salvarse, como mi maestra; cuando bien lo pienso, me alegro de que haya sido quemada. De

esta manera podrá servirme allá, de excelente medianera como aquí lo hizo. Veámos ahora; este es el lugar indicado por el Rojo.

Escena XIV

GRILLO (*solo*).

Necesito encontrar al maestro Mercurio, el mejor compañero y más solemne socarrón de Roma; pues el maestro Andrés ha hecho creer á micer Maco, que era el médico indispensable en el asunto de moldear cortesanos: mas helo aquí, por mi fe.

Escena XV

MAESTRO MERCURIO y GRILLO

MAESTRO MERCURIO

¿Qué hay?

GRILLO.

Graciosos sucesos; ha comparecido un pajarraco senés, con el propósito de hacerse cardenal, y el maestro Andrés, le hace creer que sois vos el médico más entendido en cuestión de modelos y formas á que ajustarse.

MAESTRO MERCURIO

No digas más; un criado suyo que anda buscando amo por haberse querellado con él, refiriómelo todo no ha mucho.

GRILLO

a, ja, ja.

MAESTRO MERCURIO

Le meteremos en una de aquellas calderas grandes para agua; mas he de hacerle tomar primeramente unas cuantas píldoras.

GRILLO

Ja, ja, ja. Pronto, entonces, pues micer Priamo y el maestro Andrés os esperan.



ACTO CUARTO

Escena primera

EL MAESTRO ANDRÉS, MICER MACO, MAESTRO MERCURIO *(médico)* *y* GRILLO

MAESTRO ANDRÉS

Estamos de acuerdo en el precio, y el señor, con ánimo senés, va á arriesgarse á tomar las píldoras.

MICER MACO

Me dan mucho que pensar; mucho.

MAESTRO MERCURIO

Pilularum Romanæ Curiæ sunt dulciora.

GRILLO

Pocas bromas con los santos.

MICER MACO

¿Por qué dices esto?

GRILLO

¿No oís al médico blasfemar como un jugador

MICER MACO

Habla técnicamente, bestia. Curáos sólo de mí, señor.

MAESTRO MERCURIO

Dico vobis, dulciora sunt Curiæ Romanæ pilularum.

MICER MACO

Nego istam.

MAESTRO MERCURIO

Aprogresus herbis, et in verbs sic inquit totiens quotiens aliquo cortigianos diventare volunt pilularum accipere necessitatis est.

MICER MACO

Cortigianos no lo dice el Petrarca.

MAESTRO ANDRÉS

Lo dice en mil lugares.

MICER MACO

Es verdad; en aquel soneto:
É si debile il filo.

MAESTRO ANDRÉS

Más docto sois que Orlando.

MAESTRO MERCURIO

En conclusión: ¿conoce vuestra señoría los nísperos?

MICER MACO

Sí, señor.

MAESTRO MERCURIO

Los nísperos de Siena son las píldoras de Roma.

MICER MACO

Si las píldoras de Roma son los nísperos de Siena, tomaré de ellas á manta.

GRILLO

Que toda la noche canta.

MICER MACO

¿Qué dices?

GRILLO

Digo que será cosa santa que vaya, si os place, á ver qué hacemos con los moldes.

MICER MACO

Sí; ve y escoge los más cómodos.

GRILLO

Voy allá.

MICER MACO

Oye, y que sean los más hermosos.

GRILLO

Entendido.

MICER MACO

¿Sabes, Grillo? Cuida que nadie se haga cortesano antes que yo.

GRILLO

Así se hará.

MAESTRO ANDRÉS

No te olvides de la balanza, pues cuando lo hayamos formado, será menester pesarlo y pagar á tanto por libra, según la orden del Armiño.

GRILLO

Nada faltará.

MAESTRO ANDRÉS

No resta ya sino que juréis no olvidarme en cuanto os veáis hecho cortesano y cardenal, porque, apenas entrado en la corte, suele el hombre variar de condición; y de docto, sabio y bueno, se convierte en ignorante, malo y tonto; en cuanto siente sobre sí el camelote, mira á todos por encima del hombro, y se hace enemigo mortal de quien le hizo bien, pues le avergüenza confesar que ha estado en la miseria. Así, que jurad ya.

MICER MACO

Os tocaré bajo la barba.

MAESTRO ANDRÉS

Esos son juegos de chicos; jurad aquí.

MICER MACO

Por la cruz bendita.

MAESTRO ANDRÉS

Juramentos de mujeres.

MICER MACO

Por el santo Evangelio; por los Evangelios.

MAESTRO ANDRÉS

Asi juran los lugareños.

MICER MACO

A fe de Dios.

MAESTRO ANDRÉS

Palabras de faquines.

MICER MACO

Por mi ánima.

MAESTRO ANDRÉS

Escrúpulos de hipócrita.

MICER MACO

Por el cuerpo... del mundo.

MAESTRO ANDRÉS

Boberías de los tontos.

MICER MACO

¿Digo de Dios?

MAESTRO MERCURIO

Pocas bromas con los santos—dijo hace poco Grillo.

MICER MACO

Quiero dar gusto al maestro; lo quiero.

MAESTRO ANDRÉS

¿No os dije que la blasfemia era indispensable al cortesano?

MICER MACO

Habíalo olvidado.

MAESTRO MERCURIO

No perdamos tiempo, que los moldes se enfriarán, y la leña en Roma vale un ojo de la cara.

MICER MACO

Si queréis aguardar un momento, enviaré por una poca á Siena.

MAESTRO ANDRÉS

¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto pluscuamperfecto!

MICER MACO.

¿Qué decís?

MAESTRO MERCURIO

Que seréis cortesano pluscuamperfecto.

MICER MACO

Gracias mil, médico.

GRILLO

Las píldoras, los moldes y todos nosotros os esperamos.

MICER MACO

¿Dónde está ahora la luna?

MAESTRO MERCURIO

En Colocut.

MICER MACO

Conque no se halle en el plenilunio, basta.

MAESTRO MECURIO

Casi hace un año que salió de él.

MICER MACO

Puedo por tanto tomar los nísperos sin temor á malos influjos.

MAESTRO MERCURIO

Si así os place...

MAESTRO ANDRÉS

Entrad, señor.

MICER MACO

Voy; ya entro.

Escena II

ALVIGIA y el ROJO

¿Qué hay, Rojo mal pelo?

ROJO

Ya creí que te habías perdido.

ALVIGIA

Estoy cansada; hablé con mi confesor y por él he sabido cuándo llega nuestra señora del quince de Agosto.

ROJO

¿Qué te importa saberlo?

ALVIGIA

Me importa, porque tengo hecho voto de ayunar su vigilia. Después me hice explicar un sueño, y dispuse se pusieran por encima de todo encomio los milagros de mi maestra. Pasé luego por la calle

de la Piamontesa; ha abortado; no lo digas. Después fuí á echar una ojeada á la pierna mala de Beatriz; ¡está arreglada la pobre!; luego á pedir en el convento de Arrepentidas una plaza para la Pagnina, dejando de ir á San Juan á visitar la Ordega española que está murada por haber disgustado á don Diego.

ROJO

Tengo oído ese chisme.

ALVIGIA

Hecho todo eso, me bebí un jarro de vino corso en la *Liebre*, de prisa y corriendo, y aquí me tienes.

ROJO

Alvigia, aunque somos dos, es como si uno solo fuéramos; y en cuanto me prestes de palabra un servicio que quiero de ti... al cuerpo... á la sangre de la intemerata y del bendito y sacrosanto, que me he de entregar á vos, en cuerpo y alma.

ALVIGIA

Si de palabras sólo depende, vuestra es la partida.

ROJO

Palabras y un tantico de otra cosa.

ALVIGIA

Habla, pues, no te dé vergüenza.

ROJO

¿Vergüenza en la corte? ¡Oh!

ALVIGIA

Di lo quo sea.

ROJO

El no haberte obsequiado nunca con nada, me hace pensar en ofrecerte como regalo mi parte en el collar.

ALVIGIA

Acepto y no acepto. Acepto caso de que te sirva; en caso contrario no lo quiero.

ROJO

Hablas como una Sibila. ¿Sabes de qué se trata? Yo quiero mal á Valerio. Si él cayera en desgracia con el amo, sería yo lo que se me antojara. ¿Para qué querías tu más entonces?

ALVIGIA

Ya entiendo... á mí con esas... ¡Oh!, descuida; ya tengo manera de perderlo.

ROJO

¿Cómo?

ALVIGIA

Espera que lo piense un poco.

ROJO

Medítalo bien, porque destronado él seré yo *dominus dominantium.*

ALVIGIA

He aquí mi idea.

ROJO

El corazón va á saltárseme del pecho.

ALVIGIA

Ya la tengo.

ROJO

Respiro.

ALVIGIA

Le diré que su Valerio ha revelado á Liello de Rienzo Mazzienzzo, cabeza de Vaca, hermano de Livia, que yo le seduzco la hermana; le diré, además, que no hay hombre tan temible como éste en toda Roma, y hasta pienso que tu amo debe conocerle, por aquello que hizo, cuando quemó la puerta á Madremanonvuole.

ROJO

¡Oh, qué ingenio; qué perspicacia! Es una felonía que no seas tú princesa de Corneto, de Palo, de la Magliana, etc. Aquí está el amo; *in te domine speravi*, Alvigia, que yo no he de quedarme mudo en hacer bueno lo que digas.

Escena III

PARABOLANO, ALVIGIA y el ROJO

PARABOLANO

¿Qué hace mi diosa?

ALVIGIA

No merecían este pago mis buenos deseos.

PARABOLANO

Dios nos asista.

ROJO

Ha sido un acto bien villano

PARABOLANO

¿Qué es ello?

ALVIGIA

Anda, interésate, interésate.

ROJO

Por lo que á mí toca, me importa un comino; pero lo siento por esta pobrecilla.

PARABOLANO

No me tengáis suspenso por más tiempo.

ROJO

Vuestro Valerio...

PARABOLANO

¿Qué ha hecho mi Valerio?

ROJO

Nada.

ALVIGIA

¿Sabeis, señor? Ha ido á decir al hermano de Livia, que el Rojo y yo le seducíamos la hermana.

PARABOLANO

¡Oh, Dios! ¿Qué oigo?

ROJO

Al bravo más fiero de Trastevere, al que ha muerto cuatro docenas de esbirros y cinco ó seis barracheles: ayer apaleó á dos de la guardia; lleva

armas á despecho del gobernador, y tiene una cuestión pendiente con aquel Rienzo que hizo trocitos con su espadón los rosarios al peregrino; Dios quiera que vuestra señoría salga con bien de este asunto.

PARABOLANO

Lo mato; dejadme, que voy ahora mismo á hundirle este puñal en el corazón; dejadme.

ALVIGIA

Calma, tranquilidad, disimulo; venganza sin enfurecerse.

PARABOLANO

Traidor.

ROJO

Aquietáos, que pueden oiros y habrá mayor escándalo.

PARABOLANO

Asesino.

ALVIGIA

No me comprometáis; os recomiendo, sobre todo, el honor de Livia.

PARABOLANO

Lo recogí del fango, dándole quinientos escudos de entrada.

ROJO

Es una entrada de señor.

PARABOLANO

Decidme, ¿habrá modo aún de lograr á Livia? ¿Calláis?

ROJO

Calla, sin duda, porque le parte el alma no poder serviros.

PARABOLANO

Suplícala tú, Rojo querido; conjúrala: de otro modo yo muero.

ROJO

Hervidme y asadme, señor, si queréis; vuestro esclavo soy; mas no habéis de conseguir que haga fuerza á Alvigia, pues hallo preferible ser asno vivo, que obispo muerto.

ALVIGIA

No os apenéis más, que estoy resuelta á meterme en la hoguera por dar satisfacción á vuestra señoría.

¿Qué puede resultar? Si el hermano me mata, saldré de penas y no me acabarán ya rigores de la miseria; pues si al menos hallara yo qué hilar, seguramente no me muriera de hambre como ahora me ocurre.

PARABOLANO

Coméos este diamante.

ROJO

No, diablo, que son venenosos.

ALVIGIA

¿Qué sabes tú?

ROJO

Me lo ha dicho Mainoldo Montavo, caballero católico, joyero apostólico y tonto diabólico, amo mío que fué. ¡Oh! ¡Buen pez está hecho!

PARABOLANO

Tomadlo, madre mía.

ALVIGIA

Gracias sean dadas á vuestra señoría; venid á casa. Espéranos aquí, Rojo.

ROJO

Esperaré.

Escena IV

EL ROJO *(solo)*.

«Quien no es sino asno y se cree ciervo, pierde el amigo y no logra ver el dinero» (1); dice Mescolino de Siena. Te he vuelto ya las tornas, seor tonto; puedes irte á hacer el señor á Tígoli, buey revestido y mal oliente. A todos ha de injuriar y tener por bestias, hablando siempre con altivo tono como si fuera el señor Juan de Médicis. Si alguien le replica, al punto sale con el «no seas asno»; «¡si no fueras tan estúpido!...» El maestro de ceremonias no hace junto al Papa tantas en la capilla como gestos él con la cabeza cuando habla ó escucha; odia á muerte á quien no le quita la gorra, y deja de darle el *sí, señor; no, señor.* Además, se las echa de imperial, como si el Rey de Francia parara mientes en estos belitres. Ruines, que no merecíais almohazar los perros de su majestad. Hablo de nuestro señor Valerio, que ha tratado de perder á Disitte, y ha reñido con su hermano porque no le dió el *reverendo* en los sobrescritos de las cartas. Ya saldrás de esa menguada señoría, por más rico que seas; ¡gandúl!

Escena V

ALVIGIA y el ROJO

ALVIGIA

¿Con quién murmuras?

---

(1) Con la misma terminación de éste, hay otro refrán en italiano, que dice: *Chi da a credenza spaccia assai, perde 'amico e i danar non ha mai.—(N. del T.)*

ROJO

Conmigo mismo: ¿cómo van nuestros proyectos?

ALVIGIA

A maravilla; coces, puñadas, peladura de barbas el mismo diablo, y peor aún.

ROJO

¿Qué decía?

ALVIGIA

¿Por qué esto á mí, señor? ¿Qué he hecho yo, mí amo?

ROJO

Y el señor, ¿qué respondía?

ALVIGIA

Demasiado lo sabes, traidor.

ROJO

Ja, ja, ja.

ALVIGIA

¿Qué te parece, merezco ahora el collar?

ROJO

Y el diamante también.

ALVIGIA

Haríasele creer que el cielo es de cebolla; en resumen, que un enamorado vuelve á ser niño desde el primer día que cae en la red. La hora se ha fijado en las siete y cuarto. Necesito darme prisa, pues no tengo tiempo que perder. Con salud quedes.

ROJO

¡Oh qué caza-diablos, encanta-demonios! ¿Cómo sería la maestra cuando la discípula es así!

Escena VI

PARABOLANO y el ROJO

PARABOLANO

De modo que Valerio me gasta esas mañas.

ROJO

Peores aún; pero no me gusta llevar y traer.

PARABOLANO

Nada; á galeras; ya lo tengo decidido.

ROJO

Venenos... y otras cosas.

PARABOLANO

¿Cómo venenos y otras cosas?

ROJO

Venenos que compró... etc.

PARABOLANO

Entonces hay que dar cuenta al barrachel.

ROJO

Rameras, muchachos, juegos...

PARABOLANO

¿Qué te parece?

ROJO

Conoce historias de vuestra parentela y de vuestra tía.

PARABOLANO

¿Esto más?

ROJO

Y dice que le hacéis penar.

PARABOLANO

Tantos servidores, tantos enemigos.

ROJO

Añade que sois ignorante, ingrato y envidioso.

PARABOLANO

Miente como un bellaco. Tomarás á tu cargo el cuidado de todas mis cosas.

ROJO

No me creo con suficiencia bastante para ello; seré fiel; lo demás á nadie se lo envidio. Si ha faltado castigadlo y basta. Alvigia hará lo debido. Mas, ¿qué diréis á la señora en la primera entrevista?

PARABOLANO

¿Qué le dirías tú?

ROJO

Hablaría con las manos.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

Es una desdicha que no os contemple en plena luz.

PARABOLANO

¿Por qué?

ROJO

Porque á decir verdad, ¿dónde se encuentra otro como vos? ¡Qué ojos, qué cejas atractivas, qué labios, qué dientes y qué aliento! Vuestra señoría tiene una gracia admirable y no digo esto por adularos, juro á Dios; que cuando pasáis por la calle, las mujeres están por tirarse de las ventanas. ¿Por qué no seré yo mujer?

PARABOLANO

¿Qué harías, si fueses mujer?

ROJO

Echarme sobre vos ó morir.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

Si vuestra señoría desea montar, la mula debe estar dispuesta.

PARABOLANO

Quiero hacer un poco de ejercicio.

ROJO

No vayáis á fatigaros; que es fuerza recordéis

cómo las justas de amor quieren á los hombres fuertes y gallardos.

PARABOLANO

¿Me has creído débil?

ROJO

No; pero querría hallaros de refresco para Livia.

PARABOLANO

Vayamos hasta la calle de la Paz.

ROJO

Como plazca á vuestra señoría.

Escena VII

VALERIO *(solo)*.

Una paja me ha hecho tropezar, y por ella puede decirse que me he roto el bautismo. Con palabras y hechos me asaltó mi señor, y no puedo imaginar por qué. Seguramente alguna mala lengua, envidiosa de mi bien, le habrá soplado algo al oído.

¿Es posible que sean los señores tan fáciles en dar crédito á cualquier chisme? Sin tratar de inquirir la verdad, pasan á materia de hechos y á decir lo que les parece, sin respeto, motivo ni consejo, con una ligereza...

¡Qué natural el de ellos, qué vida la de los servidores, y qué costumbres las de la corte!

Los señores en todas sus cosas proceden con arrebato; los servidores tienen siempre su destino pendiente de la volubilidad de otro, y la corte no disfruta mayor deleite que el de desesperar á éste ó aquél con los mordiscos de la envidia, que nació al nacer la corte, y morirá cuando la corte muera. En cuanto á mí, no anhelo más que retirarme y descansar; sólo me aflige el partir en desgracia con el que me ha hecho lo que soy, circunstancia que ha de valerme el nombre de ingrato. No faltará quien diga por ahí: «En cuanto el buen Valerio vió llena su bolsa, volvió la espalda al amo.»

Esto me tiene fuera de mí, no por la injuria recibida sin culpa, pues quien sirve obligado está á sufrir la ira y el enojo del amo, como los del propio padre, sino pensando en cuál sea la razón que contra mí le ha vuelto. Tal vez ciego por no poder satisfacer la pasión amorosa que ahora sufre, se haya visto arrastrado á desahogar su ira conmigo. Sin duda de ahí viene todo; aguardaré á ver por dónde sale todo esto, no perdonando humildad para con él por mi parte; después Dios dirá; espiaré en tanto lo que pasa entre los de casa.

Escena VIII

ALVIGIA y TOÑA

ALVIGIA

Tic tac.

TOÑA

¿Quién va?

ALVIGIA

Soy yo.

TOÑA

¿Quién sois vos?

ALVIGIA

Alvigia, hija.

TOÑA

Esperad; ahora vengo.

ALVIGIA

Bien hallada, hija querida.—*Ave María.*

TOÑA

¿Qué milagro es éste de dejaros ver por aquí?

ALVIGIA

El adviento y las témporas con sus malditos ayunos me han destemplado de modo que no soy yo la misma. *Gratia plena, Dominus tecum.*

TOÑA

Vos siempre rezando las oraciones; yo ni voy al Santo ni hago ya cosa buena.

ALVIGIA

Benedicta tu.—Más pecadora soy que las demás—*in mulieribus*—; ¿sabes lo que quería decirte?

TOÑA

No, señora.

ALVIGIA

Ven á las cinco á mi casa que quiero meterte en señorío hasta media pierna—*et benedictus ventris tui*—y con harto más provecho que no lo hice el otro día—*in hunc et in hora*—confía en mí—*mortis nostræ*—y no hablemos más de ello.—*Amén.*

TOÑA

Al cabo y al fin haré lo que os venga en gana; pues bien merecido tiene el borrachón cualquier mal que le suceda.

ALVIGIA

Eres cuerda—*Pater noster*—vendrás vestida de hombre, porque estos palafreneros—*qui es in celis*—gustan de hacer locuras y chanzas por la noche—*santificetur nomen tuum*—y no quisiera que te ocurriese percance alguno—*adveniat regnum tenun*—como á Angela del moro—*in celo et in terra.*

TOÑA

¡Ay de mí! He aquí á mi marido.

ALVIGIA

No te alarmes, tonta—*panen nostrum quotidianum da nobis hodie.*— No hay otra fiesta que yo sepa esta semana, hija, sino la estación á San Lorenzo, extra.

Escena IX

ARCOLANO TOÑA y ALVIGIA

ARCOLANO

¿Qué chismorreáis ahí?

ALVIGIA

Debita nostra debitoribus.—La señora Antonia que me preguntaba cuándo es la estación á San Lorenzo, extramuros—*sic nos dimittimus.*

ARCOLANO

No me placen esas pláticas.

ALVIGIA

Et ne nos inducas. Buen hombre, hay que pensar, sin embargo, alguna vez en el alma; *in tentatione.*

ARCOLANO

¡Oh, qué escrúpulos!

TOÑA

¿Crees que todos han de ser como tú, que nunca oyes misa ni maitines?

ARCOLANO

Calla, puerca.

TOÑA

Tienes mas negra el alma...

ARCOLANO

Si cojo una pala...

ALVIGIA

No encolerizarse; *sed libera nos a malo.*

ARCOLANO

¿Sabes lo que te digo, vieja?

ALVIGIA

Vita dulcedo, ¿qué decís?

ARCOLANO

Que si vuelvo á encontrarte hablando con esta atrevidilla de mierda, me obligarás á que haga cualquier locura.

ALVIGIA

Lacrimarum valle—no te veré aunque me cubrieras de oro—; *a te suspiramus*. Dios sabe mi bondad y mi buena voluntad. Señora Antonia, no dejéis de venir á la estación, como os he dicho; el diablo ha cogido por los cabellos á vuestro marido; *clementes et flentes* (1).

TOÑA

Es el vino el que lo tiene cogido; ya veré de ir.

ARCOLANO

¿A dónde?

TOÑA

A la estación á hacer buenas obras; ¿no lo oyes?

ARCOLANO

Pronto á casa; despacha.

TOÑA

Voy; ¿qué vendrá después?

---

(1) Esta mezcla de devoción y alcahuetería aparece también en las celestinas españolas, desde la *Trotaconventos*, del Arcipreste de Hita, hasta los más conspicuos ejemplares del género descritos por nuestros autores de principios de siglo.—*(N. del T.)*

Escena X

ARCOLANO *(solo)*.

Quien tiene cabras tiene cuernos; todos los adverbios son verdaderos. Mi mujer no tiene fundamento; he reparado que busca quien la consuele, y esta vieja me hace pensar en mi hacienda; bueno será que esta noche me finja borracho, cosa que me costará poco trabajo, y tal vez, tal vez, logre descubrir dónde se halla la estación que dice. ¿No oyes, Toña?

Escena XI

TOÑA y ARCOLANO

TOÑA

¿Qué te ocurre?

ARCOLANO

Baja.

TOÑA

Aquí estoy.

ARCOLANO

No me esperes á cenar.

TOÑA

Nunca lo hice.

ARCOLANO

Calla.

TOÑA

Mejor hicieras en quedarte en casa y dejar de correr las tabernas y las putas.

ARCOLANO

No me rompas la cabeza.

TOÑA

El diablo te evitó el trabajo de tener que habértelas con una que te hubiese dado lo que mereces.

ARCOLANO

Calla, deslenguada.

TOÑA

Mi bondad me perjudica.

ARCOLANO

No me estés en la ventana coqueteando

TOÑA

¿Te parece que soy yo de aquéllas, podrido?

ARCOLANO

Me voy.

TOÑA

En buen hora vayas, aunque no con buena suerte, á hacer proezas por ahí (1); tú con las amigas y yo con los amigos; tú con el vino y yo con el amor. Aunque reventaras te la había de pegar; vete, vete, borrachón, celoso.

Escena XII

EL ROJO y PARABOLANO

ROJO

Gran miedo tenéis á que el sol y la luna se enamoren de ella.

PARABOLANO

¿Quién sabe?

ROJO

Yo lo sé; ¿puede hacer la naturaleza que la luna se enamore de una hembra como ella?

---

(1) *A fare à far vaglia; ti renderò la pariglia;* frase de Boccaccio.

PARABOLANO

Demos que no. Pero ¿y el sol?

ROJO

El sol menos.

PARABOLANO

¿Por qué?

ROJO

Porque está ocupado en enjugarle la camisa á Venus, en la cual se ha meado Mercurio, digo, Marte.

PARABOLANO

Charla tú, mientras yo temo que el lecho donde duerme y la casa que la alberga gocen de su amor.

ROJO

Diabólicos celos los vuestros. Según vos, la casa y el lecho tienen—hablando con reverencia—el mismo celo que vos tenéis.

PARABOLANO

Vamos á casa.

ROJO

Vuestra señoría tiene sin duda azogue; no paráis un momento.

Escena XIII

GRILLO *(solo)*.

Ja, ja, ja. Micer Maco ha estado en la caldera para cambiar de forma, devolviendo las tripas falto de estómago para aguantar semejante calor. Luego le han perfumadc, afeitado y vestido de nuevo; de tal modo, que parece ser otro. Salta, baila, canta y dice cosas y vocablos tan peregrinos, que parece de Bérgamo más bien que de Siena. Y el maestro Andrés, fingiendo pasmarse á cada palabra que sale de su boca, le hace creer, con juramentos inauditos, que es el más bello cortesano que nunca se ha visto. Micer Maco, con aquella fantasía que tiene, créese más acabado todavía de lo que le dicen: Ja, ja, ja. A todo trance quiere romper la caldera, para que en ella no se haga ningún otro cortesano tan gentil como él. Mándame por los mazapanes de Siena, y me ha dicho que si no vuelvo al punto, va á descalabrarme; que me espere sentado. Lo más gracioso es que quieren hacerle mirar en un espejo cóncavo, de esos que presentan la cara deformada; ¡qué lindo pasatiempo! Si no tuviera que ir al jardín del señor Agustín Chisi, me quedaría á presenciar la fiesta; pero no puedo. Adiós, Rojo; no había reparado en ti.

Escena XIV

EL ROJO *(solo)*.

Adiós, Grillo; hasta la vista. Malditos sean los amores, quien les va delante y quien les va detrás. Heme aquí convertido en correo, convocador de

alcahuetas ante mi amo, que quiere hacerme su mayordomo. Prefiriera no ser nada en mi vida, á hacer oficio de mayordomo, que son gentes que engordan, así como sus concubinas y *concubinos*, con lo que roban á nuestros amos; uno conozco yo, tan canalla, que presta con usura á su Monseñor el dinero que le roba en el gobierno de su casa. ¡Ah, bribones, asnos... qué infame resulta vuestra conducta! Alumbráis vuestros pasos con blancas antorchas, mientras nosotros tenemos que acostarnos á tientas en la obscuridad; bebéis vinos superiores, y nosotros, tumbados, enmohecidos, avinagrados; para vosotros son las carnes castradas; para nosotros, los peores bueyes de los establos.

Pero, dónde estará esa fantasma de Alvigia? ¿Qué diablos grita este judío?

Escena XV

EL JUDÍO, ROMANELLO y el ROJO.

JUDÍO

Hierros viejos, hierros viejos.

ROJO

No será malo que le trate como al pescador.

JUDÍO

Hierros viejos, hierros viejos.

ROJO

Ven aquí, judío.

JUDÍO

¿Qué mandáis?

ROJO

¿Qué sayo es este?

JUDÍO

Fué del caballero Brandino. ¡Y qué raso!

ROJO

¿Cuánto vale?

JUDÍO

Probáoslo y después hablaremos del precio.

ROJO

Dices bien.

JUDÍO

Ponéos primeramente la capa. Meted por aquí el brazo; nunca vea al Mesías, si no parece cortado para vuestra espalda; hermosa caída de sayo.

ROJO

Di la verdad.

JUDÍO

No me conduzca Dios el sábado á la sinagoga si no os está pintiparado sobre el cuerpo.

ROJO

Vengamos ahora al precio, y si me tratas con consideración, compraré también esta capa de clérigo, para un hermano mío que tengo en Araceli.

JUDÍO

Si lleváis también la capa, grande será la consideración con que os trate; y sabed que fué del reverendísimo Araceli *in minoribus*.

ROJO

Tanto mejor. Pero como mi hermano es más bien delgado de cuerpo, quiero vértela sobre los hombros, y después haremos mercado.

JUDÍO

Me parece bien, y así gastaréis más sobre seguro vuestro dinero.

ROJO

Se te ha caído el cordón... Ponte ahora el escapulario. A fe, sí; buena es en efecto.

JUDÍO

¡Y qué paño!

ROJO

Bueno debe de ser, cuando tú pareces hombre de bien con él. Una cosa he pensado, que te conviene.

JUDÍO

Malditas sean las faltas (1).

ROJO

Has de hacerte cristiano.

JUDÍO

Tenéis ganas de hablar, por lo visto. Vos creéis en Dios, y yo también. Si queréis comprar, bueno; si tratáis de hablar sólo, es otra cosa.

ROJO

Es un pecado tratar de haceros bien. ¿Quién te habla del alma? Eso es lo de menos.

JUDÍO

Quitáos mi sayo.

ROJO

Escúchame; por tres razones quiero que te hagas cristiano.

---

(1) Expresión frecuente en los cómicos. Véase J. Berni. —*Le Opere;* edición Sonzogno, página 99. – Núm. 4.

JUDÍO

Quitáoslo, digo.

ROJO

Escucha, bruto. Si te haces cristiano, en primer término, el día de tu bautizo lograrás un buen porqué de dinero, y además toda Roma ha de correr á verte coronado de olivo, que es de un gran efecto.

JUDÍO

Estáis de buen humor, sin duda.

ROJO

Además, comerás carne de cerdo.

JUDÍO

Cosa es esa que me tiene bien sin cuidado.

ROJO

Sí, ¿eh? Con sólo que probaras el pan untado con él, habías de renegar cien Mesías. ¡Qué dulce regalo para el gusto, untar el pan después de tostarlo al fuego; y teniendo el jarro entre las piernas, untar, comer y beber alternativamente!

JUDÍO

Ea, dadme mi sayo, que tengo que hacer.

ROJO

Si te hicieras cristiano, en fin, no llevarías la señal roja en el pecho.

JUDÍO

¿Qué importa esto?

ROJO

Importa mucho; los españoles quieren crucificaros por sólo eso.

JUDÍO

¿Por qué, crucificarnos?

ROJO

Porque con ella parecéis de los suyos.

JUDÍO

Hay, sin embargo, diferencia entre los españoles y nosotros.

ROJO

Al contrario; con esa señal, no existe ninguna. Además, que no llevándola, los chiquillos no te importunarán todo el santo día, con limones, cortezas de melón y calabazas. Así que, hazte cristiano, hazte cristiano, hazte cristiano. Ya ves que te lo digo tres veces.

JUDÍO

No quiero, no quiero y no quiero. Ved ahí, cómo á mi vez, sé decirlo también por partida triple.

ROJO

Yo, señor judío, como hombre de bien que soy, he hecho lo que debía, y descargado mi conciencia. Ahora, allá tú; que yo no he de volver á mentarte eso del alma. En resumen, ¿cuánto quieres por todo?

JUDÍO

Doce ducados.

ROJO

¿De oro, ó en carlinos?

JUDÍO

A la usanza romana.

ROJO

Volveos un poco, para que vea cómo cae por detrás.

JUDÍO

Ya estoy.

ROJO

Bueno... ¡Callal.... La polilla...

JUDÍO

No es nada.

ROJO

Espera; no te muevas.

JUDÍO

No me muevo; miradla bien.

(El Rojo huye con el sayo, y el judío Romanello corre tras él, vestido de clérigo.)

ROJO

¡Al ladrón, al ladrón...; cogedlo, cogedlo!

Escena XVI

BARRACHEL, ESBIRROS, el ROJO y el JUDÍO

BARRACHEL

Alto á la corte. ¿Qué rumor es ese?

ROJO

Señor capitán; sabed como este clérigo, saliendo de casa de una puta, ó de una taberna borracho, ha dado en venir tras mí; y yo, por no meterme con religiosos, eché á correr. ¡Pero que no me cargue

mucho, porque al cabo no miraré ni á sacerdote, ni á San Francisco que fuera.

JUDÍO

Yo no soy clérigo, sino el judío Romanello, y quiero el sayo que ese hombre lleva.

BARRACHEL

¡Ah, puerco, perro hediondo! ¿Tú, tú escarneces nuestra religión? Cogedle, atádmele, y á la prisión con él.

JUDÍO

Señor barrachel; ese hombre es un fullero.

ESBIRRO

Calla, perro judío.

BARRACHEL

Al cepo, á la cadena; ponedle las esposas.

ESBIRRO

Se hará.

BARRACHEL

Y esta noche, diez vueltas de cuerda en el tormento.

ROJO

Castíguelo V. S. Temo no coger frío y constiparme; tanto he corrido.

BARRACHEL

Ja, ja.

ROJO

Estoy sudando á mares, clérigo canalla.

BARRACHEL

Vete en buen hora, que tienes cara de hombre de bien.

ROJO

Para servir á V. S.

Escena XVII

EL ROJO *(solo)*.

¿Qué te parece? ¿Entenderá éste de caras de hombres?

¡Oh, qué barracheles! Lo único que saben hacer es poner en el tormento al primero que cogen, por el delito de llevar el arma más insignificante, y ensalzar á los ladrones, como he sido ensalzado yo por haberle dado en cabeza al capitán con aquel buena pieza.

Ahora á buscar á la vieja, y la haré creer que el

señor me ha regalado el sayo; al señor le diré que me hizo Livia el presente.

Escena XVIII

EL MAESTRO ANDRÉS, MICER MACO y el MAESTRO MERCURIO *(con un espejo que presenta la cara contrahecha)*.

MAESTRO ANDRÉS

Ventura Dio che poco senno basta: dice el mote que tiene escrito Todeschino en su rodela.

MICER MACO

¡Oh, qué bello, qué divino cortesano me creo ser ya!...

MAESTRO MERCURIO

En mil años no ha de lograrse hacer otro semejante.

MICER MACO

Quiero hacer honor á mi nuevo estado; lo quiero, pues me siento hecho cortesano.

MAESTRO ANDRÉS

Miráos un poco al espejo; mas no vayáis á repetir las locuras que hizo seor Narciso.

MICER MACO

Me veré la cara; dádmelo acá; ¡cuánto he sufrido! Preferiría parir, á ponerme de nuevo en los moldes.

MAESTRO ANDRÉS

Miráos ya.

MICER MACO

¡Oh, Dios, Dios mío; estoy perdido! ¡Ah, ladrones; volvedme mi cara; volvedme mi cabeza, mis cabellos, mi nariz! ¡Oh, qué boca! ¡Ay de mí, qué ojos! *Commendo spiritum meum.*

MAESTRO MERCURIO

Volved en vos, que son delirios y nebulosidades que ofuscan el cerebro.

MAESTRO ANDRÉS

Miráos al espejo y veréis como todo ha sido un accidente.

MICER MACO

Me miraré.

(Micer Maco con el espejo verdadero en la mano.)

Ya he vuelto del otro mundo; el espejo me presenta tal como soy realmente.

MAESTRO ANDRÉS

Vuestra señoría ha mentido diciendo que le habíamos echado á perder.

MICER MACO

Ya me recobré; estoy vivo; yo soy yo; y quiero ser Roma entera; he de desollar al gobernador, que me hacía buscar por el barrachel. Quiero blasfemar, llevar armas, cortejar á todas las señoras en general; id pronto, médico; ¡oh, puta, puta; prepárate ya, maestro; que por el cuerpo... tú no me conoces, desde que soy cortesano!

MAESTRO MERCURIO

Encomiéndome á V. S. Hasta otra vista.

MAESTRO ANDRÉS

Ja, ja, ja.

MICER MACO

Hoy mismo he de ser Obispo, y mañana Cardenal, y esta noche Papa. Ve á casa de Camila; llama fuerte.

Escena XIX

BLASITA, MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

BLASITA

¿Quién llama?

MAESTRO ANDRÉS

Abre al señor.

BLASITA

¿Quién es ese señor?

MICER MACO

El señor Maco.

BLASITA

¿Qué señor Maco?

MICER MACO

El que... mala te la dé Dios; puerca, picarona.

BLASITA

La señora está acompañada.

MICER MACO

Despídelo pronto.

BLASITA

¿Cómo pronto á los amigos de mi ama?

MICER MACO

Pronto sí; si no quieres que te dé una procesión

de azotes, y á ella un millar de lavativas de agua fría.

MAESTRO ANDRÉS

Abre al cortesano nuevo.

BLASITA

Siempre serán cosas vuestras, Maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS

Tira de la cuerda.

BLASITA

Ahora.

MICER MACO

¿Qué dice?

MAESTRO ANDRÉS

Que os adora.

BLASITA

¡Oh, qué atolondrado!

MICER MACO

¿Qué murmuras?

MAESTRO ANDRÉS

Acúsase de no haberos conocido.

MICER MACO

Quiero ser conocido; lo quiero.

MAESTRO ANDRÉS

Entre V. S.

MICER MACO

Entro; y por la sangre de... que he de clavaros á todos en el aposento.

ESCENA XX

El ROJO y ALVIGIA

ROJO

Tic, tac, toc; toc, tac, tic.

ALVIGIA

O es tonto el que llama ó es un conocido.

ROJO

Tac, tic, toc.

ALVIGIA

¿Te has propuesto echarme abajo la casa?

ROJO

Abre, que soy el Rojo.

ALVIGIA

Creí que ibas á hundirme la puerta.

ROJO

¿Qué estás haciendo, algún sortilegio?

ALVIGIA

Secaba á la sombra ciertas raíces, cuyo nombre no se puede decir, y tenía los alambiques en el hornillo para hacer aguardiente.

ROJO

¿La habéis hablado?

ALVIGIA

Sí; pero...

ROJO

¿Qué quiere decir ese pero?

ALVIGIA

Su marido, que es un cabrón celoso...

ROJO

¿Se ha enterado?

ALVIGIA

Se ha enterado y no se ha enterado; al tandem, ella vendrá.

ROJO

Dilo en términos vulgares, porque tus *tamen*, tus verbigracia, tus *altandem*, no los entendiera un maestro de cifra.

ALVIGIA

Por fuerza ha de hablar así la que no quiere pasar por una bribona. Vuelve al señor, y dile que venga á las siete y cuarto.

ROJO

Un beso, reina de las emperatrices, corona de las coronas; Roma sin ti sería peor que un pozo sin cubo; harélo venir, *cito omnino* é infaliblemente; ¿creés que no sé yo también expresarme?

ALVIGIA

¡Ah, loco!

ROJO

Vuelve á tus destilaciones, que yo, entretanto,

veré de dar con el amo, que tan pronto está arriba como abajo, dentro como fuera; aquel bribonzuelo de Amor le hace dar más vueltas que á un torno (1).

ALVIGIA

Entendido.

ESCENA XXI

El ROJO y PARABOLANO

ROJO

El mismo es; salve.

PARABOLANO

¿Qué nuevas traes?

ROJO

Bellas y buenas: las siete y cuarto os esperan en casa de nuestra bendita señora Alvigia

PARABOLANO

Os doy las gracias á ti, á ella, y á la benigna Fortuna. Calla: una, dos, tres, cuatro...

ROJO

Ja, ja, ja. Suenan las campanillas y se os antojan horas.

---

(1) S'aggira come un torno, lo dice el Ariosto. (Orlando furioso, XIX.)

PARABOLANO

No va á serme posible vivir hasta esa hora.

ROJO

Ni á mí, que estoy en ayunas.

PARABOLANO

¡Vaya unos deseos!

ROJO

Pensad que quisiera hacer colación, y no quedarme en ayunas.

PARABOLANO

A ti te toca mandar; yo me sustento de recuerdos.

ROJO

También me sustentara yo de ellos si vuestros recuerdos fueran buenos de comer.

PARABOLANO

Vamos.

ACTO V

Escena primera.

VALERIO *(solo).*

De gran error acabo de salir. Porque siempre pensé que la cara y la lengua de todos estuvieran acordes con el corazón y el ánimo; fundaba esta creencia, no sólo en considerar que yo lo podía todo, sino asimismo en mi costumbre de ejercer paternalmente ese poder sobre todos; por uno y otro motivo, imaginábame más que amado, adorado. ¡Cómo se han venido abajo estas ilusiones! Perversa, ingrata y envidiosa naturaleza de la corte. ¿Pueden darse en el mundo malignidad, crueldad y engaño que en ti no reinen? Desde el punto en que el Señor me retiró su confianza, el amor, la fe, la disposición y maneras de toda su gente para conmigo cambiaron, echando abajo la máscara que tanto tiempo me había tenido oculta la verdad. Como á sierpe venenosa me aborrecen aun los más viles siervos, y así como antes hasta las paredes de casa parecían inclinarse ante mí, ellas también parecen huirme ahora. Los que adulaban, poniéndome á fuerza de elogios en el quinto cielo, me abisman hoy con sus reproches. Todos á cual más se empu-

jan ante el amo, mostrándole en su semblante aquella particular benignidad que suele aparecer en las frentes de quienes sin pedir suplican, y sin abrir la boca hablan; todos con gestos y palabras tratan de hacer ver que son dignos de mi grado, y se hacen cábalas y consultas sobre ello. Alguno, temiendo no vaya yo á volver á mi primer estado, se encoge de hombros y ni me ofende ni defiende; otros que tienen ya por logrado su deseo, me ofenden sin ningún respeto. Y es lo bueno que la envidia, madre é hija de la corte, ha comenzado á indisponerles entre sí con mortal odio, viéndose el que más próximo se halla al grado de que he caído, hecho blanco de la mala voluntad de cuantos podían concebir alguna esperanza. Otros, en fin, creciéndose con mi caída, me detractan, poniéndose á sí mismos en los cuernos de la luna. Parézcome á un río con el que compitieran los pequeños riachuelos cuando, hinchados por las lluvias, abarcan sus aguas girando grande extensión de terreno que forma su nuevo lecho. Pero confío en que mi inocencia ha de aniquilar la fiera maldad suya, como ocurre con los débiles miserables arroyos, ensoberbecidos por el favor que el sol, derritiendo las nieves y hielos de los montes, les presta; pues son engullidos por los llanos cuando con mayor ímpetu presumen dominarlos. Y como á la envidia se la vence con las armas de la paciencia, con ellas cortaré los lazos que me ha tendido—hay que decir, mi suerte, pues todo provecho y daño van á cuenta de la suerte—; volveré á casa, y para sufrir con mayor paciencia, imaginaré que soy como se debe ser en la corte, mudo, sordo y ciego.

Escena II

TOÑA *(sola).*

Esperaré á ver si aquel borracho vuelve; así se quiebre una pierna. No hiciera el diablo gran perjuicio con llevárselo, mientras dormita amodorrado por esas tabernas. Quiá; no piensa venir.

De mala muerte muera quien me lo dió, si antes que dárselo yo á un malandrín como ese, no prefería arrancármelo. ¿Seré, acaso, la primera que se la pegue á su marido? Aquí está el puercazo; bueno viene; va marchando á ondas.

Escena III

ARCOLANO *(fingiéndose borracho)* y TOÑA

ARCOLANO

¿Don... dónde está la p... la puerta de ca... casa?; las ven... ventanas dan... danzan; voy á ca... caerme al río.

TOÑA

Dios lo hiciera; así aguarías el vino que bebiste.

ARCOLANO

El cu... culo. Ja, ja, ja. Mil bom... bombas; traeme el perro, que quie... quiero te sal... salte.

TOÑA

Saltado te veas tú por la justicia; no sé como me contengo; debía ahogarte.

ARCOLANO

Oooh, oooh... ¡qué calor tengo!

Escena IV

PARABOLANO y EL ROJO

PARABOLANO

Duro como la muerte es el esperar.

ROJO

¿La cena?

PARABOLANO

Hablo de la cosa amada.

ROJO

Creía no lo dijérais por la cena; vuesa señoría me perdone.

PARABOLANO

No, no hay de qué perdonarte; calla: una, dos, tres...

ROJO

Estais delirando; es el cocinero que maneja la sartén, y tomáis sus golpes por los del reloj. Malhayan las mujeres; mujeres malditas, asesinas... Cal-

cúlese cómo deben poner al que retienen junto á sí años y años, cuando uno que no ha conocido todavía á la suya, enloquece por ella de ese modo.

PARABOLANO

Volvamos á casa; he salido creyendo que era la hora.

ROJO

Nos vamos pareciendo ya á los balones, que tienen el cerebro de viento.

Escena V

TOÑA *(con las ropas de su marido)*.

¡Oh, Dios! ¿Por qué no seré hombre? ¿Qué debo parecer con esta ropa? Gran desgracia le cae encima á la que nace mujer, por el solo hecho de serlo; ¿para qué servimos nosotras? Para coser, hilar, y estar metidas en casa años enteros. ¿Qué conseguimos con esto? Ser apaleadas é injuriadas de la mañana á la noche: ¿por quién? Por un borrachón, por un holgazán como el mío, para quien todos los días son fiestas de guardar. ¡Menguadas de nosotras, qué grande es nuestra desdicha! Si juega tu hombre y pierde, tú eres la mal hallada; si no tiene dinero, natural es que desahogue su cólera sobre ti; si le saca de quicio el vino, tú padeces las consecuencias; y para mayor desventura son tan celosos, que una mosca que pasa volando, se les antoja ya uno que os está haciendo y diciendo. Si no fuera porque nosotras tenemos cabeza para buscar nuestro gusto, podríamos ir á tirarnos al río; gran injusticia

es, por cierto, que el predicador no interceda por nosotras con micer Dios, pues no es justo que una mujer como yo vaya al infierno teniendo un marido como el que Dios me ha dado. Si me echa el confesor penitencia por lo que hago, que me maten si la cumplo: ¡dar penitencia á una infeliz que tiene el marido extraño, jugador, tabernario, celoso y perro del hortelano! No faltaba más; estaríamos frescas. Pero Alvigia debe estar esperándome; déjame ir derechamente á buscarle ¡ay! ¿qué hombre es aquél?

Escena VI

EL MAESTRO ANDRÉS *(solo)*.

Micer Cagaespinas se ha echado sobre Camila, como el milano sobre la presa, contándola su amor con tantos «juro á Dios» y «beso las manos», que no hiciera más un amarteladísimo Don Sancho; miente á la napolitana, suspira á la española, ríe á lo senés y ruega á lo cortesano, haciendo los imposibles por copularla á todo trance; tales cosas hace, que la señora está perecida de risa. Pero he aquí á Zoppino. Habías desaparecido como la carne en el tinelo.

Escena VII

ZOPPINO y el MAESTRO ANDRÉS

ZOPPINO

Me fuí, porque las sandeces de tu senés eran tantas y tales, que me hacían poca gracia.

MAESTRO ANDRÉS

Por Dios, que dices verdad; á mí mismo han venido ya á causarme enfado.

ZOPPINO

¿Y sabes tú lo que va á resultar de todo ello?

MAESTRO ANDRÉS

¿Qué?

ZOPPINO

Que no yéndole á la mano en sus cosas, llegaremos á ser tan sandios como él. Así, que cambiemos las capas y las gorras y asaltemos la casa de la señora con voces é injurias, hasta hacerle saltar por las ventanas, que son bajas y no podrá hacerse daño ninguno.

MAESTRO ANDRÉS

Dices bien; toma mi capa y venga la tuya.

ZOPPINO

Dame la gorra; aquí tienes la mía.

MAESTRO ANDRÉS

No es necesario el disfraz para que deje de conocernos; no se fija él en tanto.

ZOPPINO

Fuerza la puerta; grita, injuria, amenaza.

MAESTRO ANDRÉS

Ah del *villaco, higio di puta, traidor.*

ZOPPINO

Ti quiero hombre civil tomar la capeza.

MAESTRO ANDRÉS

Ahorca, ahorca.

Escena VIII

MICER MACO *(salta por la ventana en jubón).*

Soy muerto: Socorro, socorro: los españoles me han hecho un agujero detrás con la espada. ¿Dónde voy ahora? ¿A dónde huyo? ¿Dónde me escondo?

Escena IX

PARABOLANO y el ROJO *(que acuden al rumor).*

PARABOLANO

¿Qué es eso, Rojo? ¿Qué rumor es ese?

ROJO

A V. S. iba yo á preguntárselo.

PARABOLANO

Á nadie veo.

ROJO

Volvámonos presto. Gracias de desocupados, que hacen ver que se acuchillan tirando tajos á las paredes.

PARABOLANO

Bestias.

Escena X

ARCOLANO (*con las ropas de su mujer*).

¡Ah puta, vaca, puerca! Te devolveré á tus hermanos; á tus hermanos te he de volver. ¡Oh, oh, oh! Mira la puercaza, anda, para que te fíes de mujeres; bien tramada la tenía por lo visto; apenas cerré los ojos, que vestida con mis ropas huyó, dejándome junto al lecho las suyas, que me he puesto por no ir desnudo tras ella. Decidido estoy á encontrarla, y hallada que la tenga, he de comérmela viva, viva. Buscaré por una y otra parte, aunque mejor será ir al puente, y esperar allí hasta que pase. ¿A mí con esas, infame?

Escena XI

PARABOLANO y el ROJO

PARABOLANO

¿Cuántas fueron?

ROJO

No os sabré decir, porque no llevé la cuenta.

PARABOLANO

Escucha, ya suenan de nuevo; una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

ROJO

Poco tardaréis en hacer parejas de *tarocchi* (1) con Livia.

PARABOLANO

Me haces reir.

ROJO

Aquí viene no sé quién, con una linterna en la mano; es Alvigia, la conozco en la manera de andar; ¿no lo dije?

Escena XII

ALVIGIA, el ROJO y PARABOLANO

ALVIGIA

Por mi gracia y la suya, la amiga está ya en la

---

(1) Un juego de naipes, en que se dan catorce cartas á cada uno de cuatro individuos, y hay una llamada *tonto* que es la clave del juego.— *(N. del T.)*

casa; propiamente parece una paloma que teme la llegada del halcón. V. S. no falte, acerca de tocarla á la luz. Además, la circunstancia de haber venido vestida de hombre, para no ser descubierta, me hace recelar no salga de esto escándalo.

PARABOLANO

¿Cómo escándalo? Primero me abriría las venas que intentar desagradarla.

ALVIGIA

Todos los señores habláis así, y luego hacéis lo que no debiérais con las pobres mujeres.

PARABOLANO

No entiendo.

ALVIGIA

Bien me entiende el Rojo.

ROJO

No, por Dios.

PARABOLANO

¿Qué escándalo puede resultar de venir vestida de hombre?

ALVIGIA

El diablo es sutil, y los grandes maestros andan siempre demasiado despiertos.

ROJO

¡Ah, ya entiendo! Señor, quiere decir que teme por el honor trasero.

PARABOLANO

Fuego del cielo venga que consuma á quien con tal vicio se deleita.

ROJO

No blasfeméis de ese modo.

PARABOLANO

¿Por qué no?

ROJO

Porque el mundo quedaría bien pronto vacío de señores y grandes hombres.

PARABOLANO

Allá ellos.

ALVIGIA

Fíome de vuestra señoría; esperadme aquí que vuelvo al punto.

Escena XIII

EL ROJO y PARABOLANO

ROJO

Estáis demudado.

PARABOLANO

¿Yo?

ROJO

Vos.

PARABOLANO

Me temo que vencido del demasiado amor...

ROJO

¿Qué?

PARABOLANO

No pueda decirla una palabra.

ROJO

Bien tonto es el hombre que se emociona al hablar con una mujer. Vuestra señoría tiene el rostro más blanco que los que resucitan en Venecia de muerte á vida las excelencias de los ilustres médi-

cos Carlos de Fano, Polo Romano y Dionisio Capucci di Cittá di Castello.

PARABOLANO

Quien ama teme.

ROJO

Quien ama tiene excelente humor, como lo tendréis vos dentro de poco.

PARABOLANO

¡Oh, benditísima noche, más cara para mí que cuantos felices días gozan los amigos de la cortés fortuna! No me trocara por las almas que arriba en el cielo gozan con la contemplación del admira ble Dios. ¡Oh, serena frente, sacro pecho, áureos cabellos, preciosas manos, tesoro de mi único Fénix! ¿Es, pues, cierto que me creeis digno de miraros, de besaros y tocaros? ¡Oh, suave boca, adornada de perlas sin defectos, por entre las cuales se exhala nectáreo olor! ¿Has de consentir que yo, que soy todo fuego, moje mis secos labios en la celeste ambrosía que dulcemente destilas? ¡Oh, divinos ojos que habéis prestado tantas veces la luz al sol que viene á ocultarse en vuestro rostro, cuando abandona el día! ¿No iluminaréis con vuestros benignos rayos el aposento, para que, desvanecidas las enemigas tinieblas que han de ocultarme el angélico rostro, pueda yo contemplar éste, ya que de él depende mi dicha?

ROJO

Vuestra señoría ha hecho un gran proemio.

PARABOLANO

Más bien junté grandes cosas en pequeño espacio (1).

Escena XIV

ALVIGIA ROJO y PARABOLANO

ALVIGIA

Quietos; despacio, por el amor de Dios; no hagáis ruido.

ROJO

Dime, Alvigia.

ALVIGIA

¡Chits!; van á enterarse los vecinos; ved quién pasa; sin rumor; ¡ay de mí, qué peligros estos!

ROJO

No abriguéis temor.

ALVIGIA

Quieto, quieto. Dadme la mano, señor.

(1) Petrarca *Trionfo de l i fama*, cap. II, Molte gran cose in picciol fascio stringo.

PARABOLANO

Dichoso yo.

ALVIGIA

Despacio, mi señor.

ROJO

Olvidábaseme una cosa.

ALVIGIA

Tú quieres perdernos; que nos van á oir... maldita puerta; ¡no rechina ahora!

ROJO *(solo)*.

Anda, ve y revienta; si murieras, habían de hacerte comer en el otro mundo la vaca que das en el tinelo á los pobres servidores. Una cosa siento, y es que Alvigia no tenga consigo á Sgozza, Roina, Squartapoggio ó cualquier otro rufián por el estilo, que le derribaran, degollaran é hicieran luego cuartos. ¿Qué hay, Alvigia, de qué ríes? Habla, dí; ¿está ya en coloquios con la señora panadera?

Escena XV

ALVIGIA y EL ROJO

ALVIGIA

Sí; y tiembla como un caballo padre cuando ve

á la yegua. Suspira, la embauca y promete hacerla papisa.

ROJO

Va sacando el natural napolitano si la embauca.

ALVIGIA

¿Es napolitano ese bobalicón?

ROJO

¿No lo has conocido?

ALVIGIA

No.

ROJO

Es pariente de Juan Agnese.

ALVIGIA

¿De aquel cabrón chismoso?

ROJO

De aquel estafador; de aquel ladrón y traidor cuyo menor defecto era el de ser infame y pescador (1).

(1) Por este pasaje podrá darse cuenta el lector de cómo escribía el Aretino cuando se desataba contra alguno, sin que esto quiera decir que sostuviera luego frente á su adversario los canallescos y repugnantes dicterios que con tanta facilidad brotaban de su pluma.—*(N. del T.)*

ALVIGIA

¡Qué zorrastrón, bribonazo! Ea, no hablemos más de él; vergüenza da mentar á tal cobarde, bellaco y rufián, salvo sea mi honor. Pero ¿en qué piensas?

ROJO

Estoy pensando en que debía de tratar al amo como á gran maestro.

ALVIGIA

¿De qué modo?

ROJO

Probando yo primero á Toña.

ALVIGIA

Ja, ja, ja.

ROJO

Imagino, después de todo esto, salir ya del tinelo, aunque tiemblo pensando en la discreción de la moza; temo más al tinelo que á mil amos.

ALVIGIA

Y si el enredo se descubre, ¿no tienes miedo de él?

ROJO

Mi miedo será poner pies en polvorosa.

ALVIGIA

Díme; ¿tan terrible cosa es el tinelo, que hace temblar á un Rojo?

ROJO

Es tan terrible, que espantaría á Morgante y Margutte, no ya á Catellaccio, cuya menor prueba era la de engullir un carnero, dos pares de capones y cien huevos, en una sola comida.

ALVIGIA

Es de los míos el señor Catellaccio.

ROJO

Alvigia, mientras el buitre se satisface con la carroña, te diré dos palabritas de esta gentil criatura llamada tinelo.

ALVIGIA

Dímelas.

ROJO

Como la mala ventura te fuerce á ir al tinelo, tan pronto como entras en él, se te representa ante los ojos una como tumba, tan húmeda, tan obscura,

tan horrible, que los sepulcros tienen aspecto cien veces más alegre. Si has visto la prisión de corte Savella, cuando está llena de presos, hazte cuenta que es el tinelo lleno de servidores, á la hora de la comida; porque éstos semejan prisioneros, así como el tinelo tiene todas las apariencias de una prisión, aunque éstas resultan todavía más agradables; pues, en invierno como en verano, están templadas, y los tinelos hierven durante el estío, siendo en invierno tan fríos, que las palabras se hielan en la boca: el mismo hedor de las cárceles es menos desagradable que la hediondez del tinelo, porque el uno proviene de hombres que viven en prisión, y la otra de hombres que mueren en el tinelo.

ALVIGIA

Motivos tienes para temblarle.

ROJO

Escucha. Además se come sobre un mantel de más colores que delantal de pintor, y si no resultase poco decente, diría que tiene más manchas que los paños que pintan las mujeres cuando tienen el mal que Dios diera á los tinelos.

ALVIGIA

Ehu ehu, ohe, ohe.

ROJO

Haz cuantos ascos quieras, pero es la verdad. ¿Sabes dónde se lava dicho mantel al cabo del mes

ALVIGIA

¿Dónde?

ROJO

En el sebo de puerco, de la candela que por la noche nos dan; bien es verdad, que frecuentemente comemos sin luz, y es dicha nuestra, porque á obscuras no nos estomaga el ver el triste rancho que nos ponen delante, el cual repugna cuando estamos hambrientos, y nos desespera si estamos satisfechos.

ALVIGIA

Castigue Dios á quien tenga la culpa de lo que allí ocurre.

ROJO

Ni Dios ni el diablo podrían hacérnoslas perder. Puede suceder que nunca en el tinelo se conozcan Carnaval ni Pascuas; pero, en cambio, durante todo el año, tenemos que aguantar, madre de San Lucas, á todo trance.

ALVIGIA

¿Qué? ¿Coméis carne de santos?

ROJO

Y aun de crucificados; bien que no lo digo por esto; lo digo porque pintan á San Lucas buey; y la madre del buey...

ALVIGIA

Es la vaca. Ja, ja.

ROJO

Vienen las frutas; y cuando los melones, alcachofas, higos, uvas y limas andan tirados, para nosotros como si costaran un Estado. Algo de ello se nos da, sin embargo, y son cuatro tajadas, tan áridas y duras, que se nos hace una cola en el estómago, capaz de matar á un Morforio; y si alguna vez necesitamos una taza de caldo, tras mil súplicas, te da la cocina una taza de lejía.

ALVIGIA

¿No dan buena menestra?

ROJO

Tal la tuvieran los frailes; pues estoy seguro que los que á diario abandonan la orden frailuna, no lo hacen por otra cosa sino por no tener buen caldo.

ALVIGIA

Te diré... según cuáles.

ROJO

Refiérome á aquellos que se sorben las menestras, como la corte sorbe la fe de los criados. Mas ¿quién podría contarte las traiciones que el tinelo nos hace durante la Cuaresma, con aquello de ay-

narla toda, con el fin de beneficiarse los que á su cargo lo tienen, y no por tratar de hacer bien á nuestra ánima? El alma como si no; tiene el saúco. La Cuaresma viene por la posta; óyeme la comida que nos darán: dos anchoas para tres personas, como entrada; comparecerán después algunas contadas sardinas que el fuego quemó sin cocerlas enteramente, con el acompañamiento de una cierta menestra de habas, sin sal ni aceite, que os hace renegar del cielo. Luego, á la noche, hacemos colación; diez hojas de ortigas para ensalada, un panecillo y el buen provecho os haga.

ALVIGIA

¡Qué poca honradez!

ROJO

Todo esto fuera nada, si el tinelo tuviese un poco de moderación en los calores que allí se pasan; aparte el horrible perfume que despiden las osamentas cubiertas de porquerías jamás barridas, y frecuentadas por las moscas ciudadanas del tinelo, te dan á beber el vino bautizado con agua tibia, después de haber estado cuatro horas en movimiento en un vaso de cobre, y bebemos todos en una taza de estaño, que no la limpiara toda el agua del Tíber; siendo muy grato ver mientras se come, á uno que se limpia las manos en las calzas, otro en la capa, otros en el sayo, y algunos las restregan contra la pared.

ALVIGIA

Fuerte mala ventura es. ¿Y así se hace en todas partes?

ROJO

Por doquiera. Y para más tormento, aquello poco y mezquino que se nos da hay que engullirlo por la posta, á usanza de milanos.

ALVIGIA

¿Quién os veda el comer con tranquilidad?

ROJO

El mayordomo reverendo, respetable varón, con la música de la baqueta, que en sonando dos veces, *letamus genua levate*. Y es bien triste cosa no poderse uno llenar el buche de palabras, ya que no podamos llenarlo de viandas.

ALVIGIA

Bribón de mayordomo.

ROJO

Acaecerá una vez en la vida darse un banquete. Si vieras entonces la fila de cabezas, pies, cuellos, huesos y esqueletos, creerías presenciar la procesión que va á San Marcos el día del maestro Pasquino. Y así como en tal día llueven arciprestes, canónigos y gente por el estilo, llevando en la mano reliquias de mártires y confesores, así porteros, mayordomos, marmitones y otros leprosos y tiñosos oficiales, se llevan las primicias de este capón y de aquella perdiz; y escogiendo primero de todo ello para sí y para sus putas, nos arrojan el resto.

ALVIGIA

Anda, vive, vive en la corte...

ROJO

Alvigia, vi ayer á uno que, sintiendo sonar las campanillas embajadoras del hambre, comenzó á llorar como si tocaran á muerto por su padre. Tanto que yo le pregunté: «¿Por qué lloráis?» Y él me respondió: «Lloro porque el sonido de esas campanas nos convoca á comer el pan del dolor, á beber nuestra sangre, á cebarnos con nuestra carne desmembrada por la propia vida y cocida con nuestro sudor.» Y era mi prelado el que lo decía, al cual, cuando se ayuna, se da por la noche cuatro nueces; á los escuderos dos, y á mí una.

ALVIGIA

¿Comen en el tinelo los prelados?

ROJO

¡Si hubiera tantos tinelos como prelados comen en ellos!... ¡Y aún habrá quien quiera estar fuera de Roma!... Hola; venid, venid presto, que aquí se atan los perros con salchichas.

ALVIGIA

Dios bendiga sus manos á los españoles.

ROJO

Ciertamente. Si hubieran castigado á los misera-

bles, á los soberbios, en vez de castigar á los buenos; porque, á todo esto, el prelado que te dije, de las cuatro nueces, jura que los señores están más ricos que nunca; y cuando son reprendidos por no tener servidumbre ó por matar de hambre á la que tienen, discúlpanse con el saqueo y no confiesan su bellaquería.

ALVIGIA

Tú lo sabes todo, á lo que veo. Mas, ¿qué oigo? rumor en casa; ¡ay, triste, cuitada! ¡Miserable de mí! Calla. ¡Ay, Dios! El Señor alza la voz; estamos descubiertos; cualquier daño merezco, pues me he dejado enredar por ti en este negocio.

ROJO

Está quieta, que voy á oir lo que dice.

ALVIGIA

Pon la oreja á la puerta.

ROJO

Ya estoy.

ALVIGIA

¿Qué dice?

ROJO

Vaca, puerca, cobarde, traidor, alcahueta, ladrona.

ALVIGIA

¿A quién dice eso?

ROJO

Vaca y puerca llama á la Toña. Cobarde, traidor, se entiende por el Rojo. Y alcahueta y ladrona, es Algivia.

ALVIGIA

Maldito sea el día en que te conocí.

ROJO

Dice que quiere hacerla azotar, quemarte á ti y ahorcarme á mí. Hasta la vista

Escena XVI

ALVIGIA *(sola).*

¡Huyes, bribón! Bien empleado me está lo que me pasa, y peor que fuera. Si salgo de ésta, hago voto de ayunar todos los viernes de Marzo, hacer las siete iglesias diez veces al mes, é ir al pueblo descalza. Prometo hacer aguas cocidas á los miserables; dar un año las lavativas á los enfermos de San Juan. Haré los servicios á las arrepentidas, lavaré las ropas en el hospital de la Consolación ocho días, de balde. Y si se me vuelven los santos de espaldas, no hay nada de lo dicho. Bendito Angel Rafael, te ruego por tus alas que me ayudes; micer San Tobías, te ruego por tu pez que me guardes del

fuego; micer San Julián, salva á la devota de tu Padrenuestro, la cual va ahora á esconderse en su casa.

Escena XVII

PARABOLANO (*solo*).

Me di en prenda á un criado y á una vieja alcahueta, y he llegado adonde merecía. Ahora veo con claridad toda la simpleza de un acto como el mío; por ser quienes somos nos creemos ya dignos de obtener todo lo del mundo, y obcecados por la grandeza, no queremos dar oídos á cosa buena ni verdadera. Con esto y con no pensar en otra cosa sino en lascivias nos tienen en un puño los que tratan de satisfacer nuestros deseos. Odiamos de muerte y arrojamos de nosotros á los que cuidan de ponernos delante lo que más conviene á nuestro grado. De esto podrá dar fe mi Valerio. Véome engañado y ya me parece oir esta historia por Roma, comentándose en alta voz mi estupidez.

He aquí á Valerio todo afligido.

Escena XVIII

VALERIO y PARABOLANO

VALERIO

Señor mío, después que la envidia de mis enemigos ha vencido vuestra bondad, necesito vuestra licencia para irme á punto en que no sepáis ya de mí.

PARABOLANO

No afligirse, hermano. Amor y mi temeraria voluntad y sencillez, te han ofendido; en tales condiciones, prudencia mayor que la mía se sale de quicio. Te contaré una de las más nuevas burlas que han podido oirse de mil años á esta parte; burla que haría honor á mil comedias. Alguna vez me he reído de micer Felipe Adimari, á quien estando en la cámara de León, le hicieron creer que habían sido encontradas por los que cavaban los cimientos de su casa de Trastevere, no sé cuántas estatuas de bronce, por lo cual fué él solo, á pie y en sotana corriendo para verlas, cayendo en la burla como he caído yo en la que me ha jugado el Rojo.

VALERIO

El Rojo, ¿eh? Nunca me engañó á mí.

PARABOLANO

¡Cuánto hube de disfrutar, con ocasión de aquella imagen de cera que micer Marcos Bracci encontró bajo su almohada, haciendo por causa de ella, que prendiera el barrachel á la señora Marticca, con quien había dormido, por donde vino el creer que le había hecho algún maleficio!

VALERIO

Ja, ja, ja.

PARABOLANO

Cuántas veces he enfadado á micer Francisco

Tornabuoni, recordándole que en cierta ocasión tomó jarabes y medicinas sin padecer mal ninguno, aunque él creía tener el morbo gálico!

VALERIO

Sé bien cuanto V. S. cuenta.

PARABOLANO

¿Qué me aconsejarías tú que hiciera?

VALERIO

Reiríame del bromazo y contaría yo mismo la burla de cualquier género que fuere, pues de este modo será menos reída y divulgada.

PARABOLANO

Hablas como discreto; espérame aquí, que voy á ver aquella á quien he tomado por gentil dama romana.

Escena XIX

VALERIO (*solo*).

Cosa sabida es de todos, que sólo es amo de su señor el que tiene las llaves de sus placeres y apetitos; quien lo dude pare las mientes en lo que ha hecho el Rojo conmigo. Y no es que haya sabido conducir bien al señor, sino sencillamente por prometer hacerlo. En suma, los grandes maestros estiman más los placeres que toda la gloria del mun-

do, y entiendo que todos los que llegan á su grado hacen lo mismo.

Escena XX

PARABOLANO, ALVIGIA, TOÑA y VALERIO

PARABOLANO

¿Creías que no iba á encontrarte?

ALVIGIA

Misericordia y no justicia.

PARABOLANO

¿Cómo diablo en sueños al Rojo?

ALVIGIA

En sueños le descubrísteis al Rojo que amábais á Livia.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ALVIGIA

Por ser yo demasiado compasiva he caído en esta desgracia.

PARABOLANO

Demasiado compasiva, ¿eh?

ALVIGIA

Sí, señor; jurándome el Rojo que estábais por Livia próximo á la muerte, para que un señor tan joven y tan cumplido no muriera, he hecho lo que he hecho.

PARABOLANO

Te estoy, pues, obligado. ¡Ja, ja, ja! Ea, acercaos; decidme, señora hilandera; pero... no lo había advertido; vais vestida de panadero. Menos mal que al fin no me he metido con carne del Puente de Sixto.

TOÑA

Señor, esta bruja vieja me ha arrastrado á su casa por los cabellos, dándome una *agromancia*.

ALVIGIA

No es verdad, pingo, puerca.

TOÑA

Lo es.

ALVIGIA

No...

PARABOLANO

Estad tranquilas; dejad el gritar y aun el reir para mí.

VALERIO

Siempre en toda ocasión os he conocido sabio, y ahora os reputo sapientísimo; comprendo lo ocurrido, y es verdaderamente digno de risa. ¿Pero quién es este barbudo vestido de mujer?

Escena XXI

ARCOLANO, PARABOLANO, VALERIO, TOÑA y ALVIGIA

ARCOLANO

Ya te tengo; al fin te he encontrado. Y tú, vieja traidora, ¿estás aquí? A las dos os mato; dejadme, hombre de bien.

PARABOLANO

No te muevas.

ARCOLANO

Dejadme castigar á mi mujer y á esta alcahueta.

VALERIO

Quieto; ¡ja, ja, ja!

ARCOLANO

¿Esas á mí, puta? ¿A mí, bruja?

VALERIO

¡Ja, ja, ja!

TOÑA

Mientes, vago.

ALVIGIA

Señor Arcolano, hablad con mesura.

PARABOLANO

¿Esa es tu mujer?

ARCOLANO

Sí, señor.

PARABOLANO

Ahí tienes á tu marido; ¡ja, ja, ja! Deja tú ese cuchillo, que sería gran lástima acabara tan linda comedia en tragedia.

Escena XXII

MICER MACO *(en jubón)*, PARABOLANO, VALERIO ARCOLANO, TOÑA y ALVIGIA

MICER MACO

Los españoles, los españoles.

PARABOLANO

He aquí á micer Maco.

MICER MACO

Los españoles me han hecho pedazos.

PARABOLANO

¿Qué tenéis que hacer vos con los españoles?

MICER MACO

Dejadme tomar aliento; yo, yo, yo...

PARABOLANO

Decid.

MICER MACO

Iba... iba...

VALERIO

¿A dónde?

MICER MACO

Iba, iba, antes fuí, antes fuí; iba antes á la... á la señora Ca... Camila; no puedo cobrar aliento. Esperad, si queréis que os lo cuente. El maestro Andrés me había hecho cortesano con los moldes, y el demonio me desfiguró; luego volví á ser como antes;

deterioréme de nuevo; otra vez me volvió á componer el maestro Andrés, y rehecho que fuí, bello y galante como me veis, pasé á casa de la señora Camila, porque podía ir; podía, pues.

PARABOLANO

¿También hoy andábais en estos laberintos?... Mas, cierto, Dios ayuda á los niños y á los locos.

MICER MACO

¿De qué modo?

PARABOLANO

Como os ha ayudado á vos, que estábais descompuesto y habéis sido recompuesto. Cuántos vienen á Roma acordadamente, que deshechos se vuelven á sus casas sin encontrar quien tome cuidado, no ya de rehacerles, sino de hacer que no fracasen del todo y en todo. No se mira en esto á nobleza, prudencia, ni á virtud ninguna.

Escena XXIII

MICER MACO, MAESTRO ANDRÉS *(con la capa y la gorra de micer Maco)*, PARABOLANO y VALERIO

MICER MACO

He aquí uno de aquellos españoles; ¡ah, cabrón, cobarde, dame mi capa; dejadme!

PARABOLANO

¡Ja, ja, ja! Cosas tuyas, maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS

No os encolericéis, micer Maco.

MICER MACO

Español, ladrón.

MAESTRO ANDRÉS

Soy el maestro Andrés; he dado muerte á aquel que os quitó la capa y la gorra, y os las traigo.

MICER MACO

¿Qué, maestro Andrés? Tú eres el español; dame tu vida y despachamos.

VALERIO

¡Ja, ja, ja! Tened juicio, y envainad vuestro enojo.

Escena XXIV

PESCADOR, EL ROJO, PARABOLANO, VALERIO, ALVIGIA y JUDÍO,

PESCADOR

¿Huir, fullero? ¿Creías que por ser de noche podrías pasear seguro? Creíste pegársela á un florentino y salir libre y sin costas, ¿eh?

ROJO

Al fin caí. Vos me habéis tomado por otro

PESCADOR

Ya te tengo; mis lampreas, traidor, bribón.

VALERIO

Nuestro Rojo...

PARABOLANO

Haceos unos pasos atrás; quietos todos; no vayamos ahora á matar nuestra comedia.

PESCADOR

Dejadme ahogar á este ladrón, que me ha estafado diez lampreas so pretexto de ser despensero del Papa; y por causa de otro, que me hizo creer era el mayordomo, hube de estar dos horas en la columna por endemoniado.

PARABOLANO

¡Ja, ja, ja!, Rojo galante.

ROJO

Señor mío, perdón; no me castiguéis; esclavo de vuestra señoría y de micer Valerio: sabed que este buen hombre me ha tomado por otro.

PARABOLANO

Levantáos presto; ¡ja, ja, ja!

ROJO

Vuestro diamante y vuestro collar los tiene aquí Alvigia.

VALERIO

¡Ja, ja, ja! Ya estáis devolviéndolos.

ALVIGIA

Yo los devolveré; el Rojo bribón me ha metido en el ajo.

ROJO

Tú, condenada, fuiste la que metió en él al Rojo y me he de cobrar por ello.

PARABOLANO

Atrás digo. Ja, ja, ja. Lo dicho; se han propuesto hacerla acabar en tragedia.

JUDÍO

Mi sayo; buena es ésta. Así se engaña á los pobres hebreos; ¡ay de mí y de mis brazos! Las cuerdas, en vez de pagarme. ¡Oh, Roma puerca, sólo buenas palabras tienes! No quiere el diablo que comparezca el Mesías, pues si viniera, no pasaría lo que pasa.

PARABOLANO

Quieto, Isaac, Jacob ó como quiera que sea tu

nombre. Y no te parezca pequeña merced dejarte con vida á ti que eres de los que crucificaron á Cristo.

JUDÍO

Paciencia (1).

Escena XXV.

PARABOLANO, MICER MACO, ARCOLANO, TOÑA, ALVIGIA, VALERIO, MAESTRO ANDRÉS, el ROJO, PESCADOR y JUDÍO.

PARABOLANO

Hacéos adelante todos; hablaré primero á micer Maco.

MICER MACO

Es justo, pues soy cortesano; lo soy.

PARABOLANO

Ja, ja, ja. Haréis aquí las paces con el maestro Andrés, bien sea tal maestro, ó español como vos decís. Si le tenéis por lo primero, debéis hacer las paces con él en atención á haberos deshecho, y rehecho luego; y porque se la pegaría á su mismo padre, si su padre quisiera hacerse cortesano por el procedimiento que ha empleado con vos; y si seguís creyéndole español, debéis hacerlas asimismo, que

(1) El *Judío* falta en la edición de 1535.

en otra ocasión os diré las razones por las cuales debéis perdonarle.

MICER MACO

Haya, pues, paz.

PARABOLANO

Dale la capa y la gorra, maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS

Servidor de V. S.

MICER MACO

Tan amigos como antes.

PARABOLANO

Tú, panadero, vuelve á tomar á tu mujer por santa y buena; que las mujeres de hoy día en tanto más castas son tenidas cuanto más putas son. Y acontece que quien mejor la cree tener, peor la tiene.

ARCOLANO

Haré lo que V. S. me aconseja.

VALERIO

Eres sensato.

PARABOLANO

A ti, Alvigia, te perdono; porque culpa mía fué creerte, y porque hiciste lo que dado tu oficio no podías menos de hacer.

ALVIGIA

Dios os lo premie.

VALERIO

Ja, ja.

PARABOLANO

También á ti te perdono, Rojo; pues eres griego, y ha sido el tuyo un rasgo de griego, llevado á cabo con astucia del mismo género. Tú, Valerio, ve de conformarte reconciliándote con el Rojo; pues yo le perdono, ya que ha tenido ingenio para llevarme cogido de las narices, según luego te contaré.

VALERIO

Soy todo suyo.

ROJO

Bien sabéis, micer Valerio, que el Rojo se dejaría hacer cuartos por vos.

VALERIO

Ja, ja, ja.

PESCADOR

¿Y yo, dónde me quedo, sin el dinero de mis lampreas?

PARABOLANO

Tú, pescador, perdona al Rojo, ya que has sido tan menguado florentino que te has dejado estafar, según dices; vienes luego con este animal de judío, que Valerio te pagará; y á él le hará recobrar ó pagar su sayo.

PESCADOR

Doy las gracias á V. S.

JUDÍO

Servidor vuestro.

PESCADOR

Perdono al Rojo, mas no á los clérigos traidores que me pelaron.

PARABOLANO

Con respecto á los que cardaron la lana á tu sayo en la columna, allá tú. Ahora, Valerio, admite todas mis excusas y perdóname cuanto mi locura amorosa me dictó y me forzó á hacer contigo; y sírvate de reparación, el considerar que un hombre de mi grado se rebaja hasta confesar á un inferior, que ha obrado mal. Y en cuanto á ti, buen panade-

ro, quien tiene á sus pies los cuernos y no se los pone en la frente, es un burro.

ARCOLANO

Es un diablo.

PARABOLANO

Cierto, porque los cuernos son cosa antigua, y vinieron de lo alto; creo que Dios se los puso á Moisés (1) de su propia mano y asimismo á la luna; y porque uno y otra los tengan, no son lo que á ti te parece que debían ser; antes la Luna honra el cielo con sus cuernos, y Moisés el Viejo Testamento.

ARCOLANO

¿Trataréis de hacerme creer que es un mal que me conviene?

PARABOLANO

¿Cómo? Cuantas buenas cosas existen, tienen cuernos. Los bueyes, los caracoles... y ¿qué te parece del Unicornio, cuyo cuerno vale un mundo, y es además contraveneno? Piensa en lo que valdrá el cuerno de un hombre, cuando el de un animal vale tanto y tiene tanta virtud. Los cuernos del hombre son buenos contra la pobreza, etc., y muchos señores los tienen por armas.

---

(1) Quien dudara de la cínica impiedad del Aretino, se convencerá leyendo este pasaje; otras veces sentíase catequista, hasta el punto de realizar verdaderas conversiones. —*(N. del T.)*

ARCOLANO

Sea como quiera; que aquí donde me veis, no he confiado mis cosas á persona que luego no la creyera siempre; y lo dicho, dicho está.

PARABOLANO

Ea, pues, señora Remilgos; besad á vuestro marido.

ARCOLANO

Bésame ya.

TOÑA

Quita, podrido; no me toques.

ARCOLANO

¡Ah, traidora! ¿Por qué me has faltado?

TOÑA

¿Qué quieres que haga yo de lo que tengo delante; quieres que lo tire á los puercos? (1)

VALERIO

Tiene razón; ja, ja, ja.

---

(1) Boccaccio, Dec. VI, 7.

ALVIGIA

Señor; ya que sois tan gentil persona, he de proporcionaros mujer mejor que Livia, pues si á ésta se le quita su poquito de cara (1), en lo demás nada tiene de particular.

PARABOLANO

No me la darás ya; no, por Dios. Ja, ja, ja. A ésta le sobran ánimos para hacerme otra. Valerio, vayamos á casa todos, pues quiero que esta comedia cene conmigo, y has de oírmela de cabo á rabo, para reirnos juntos toda la noche; hoy será Çarnaval en casa.

VALERIO

Hela aquí; maestro Andrés, lleva adentro esta turba. Micer Maco, entre primero vuestra señoría.

MICER MACO

No; muchas gracias: el señor Rapolano entrará primero la suya.

PARABOLANO

Vamos, vamos á cenar, y riamos hasta el día.

---

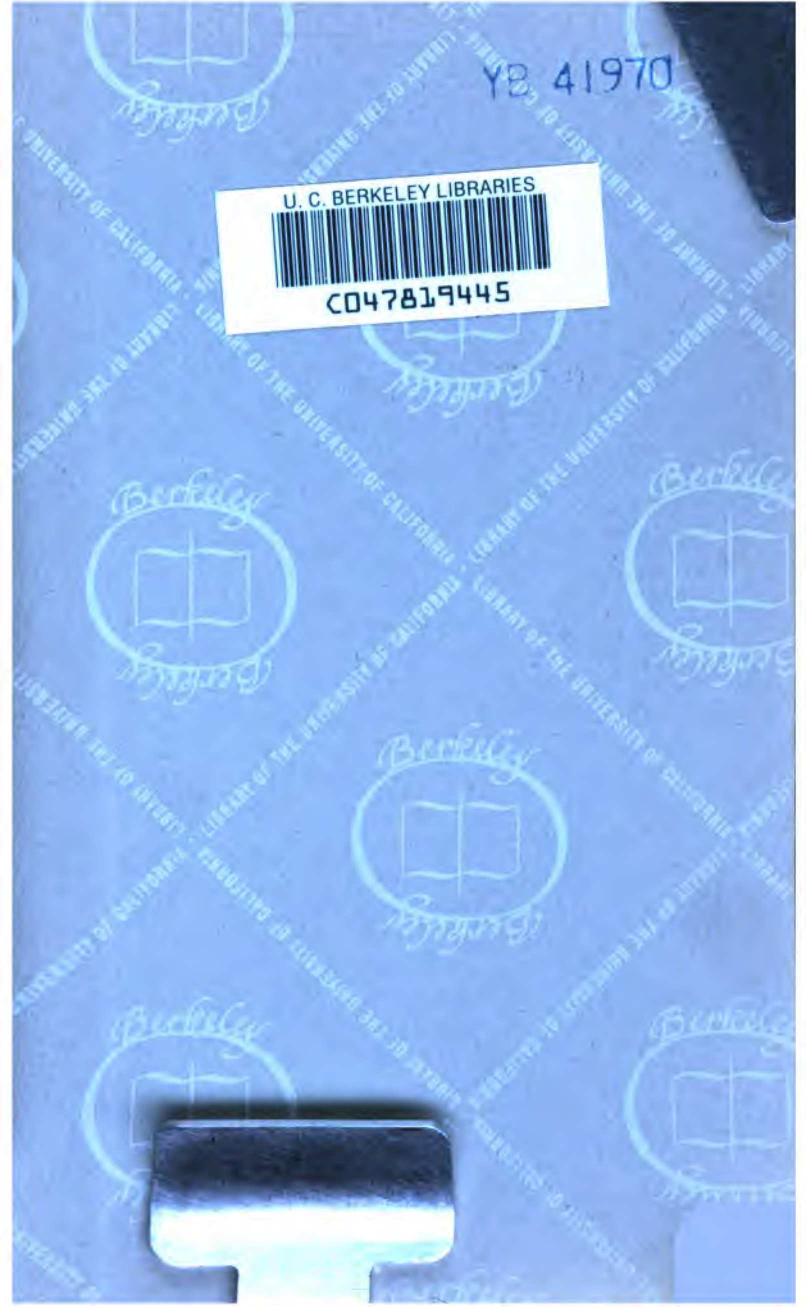
(1) Idem, Dec. VIII, 7, *Cotesto tuo pochetto di viso.*

ROJO

Asamblea; quien critique la longitud de esta comedia está poco hecho á la corte; porque si estuviera habituado á ver que en Roma todas las cosas van á la larga, excepto el arruinarse, aplaudiría nuestra larga parla aunque su curso no se interrumpiera *per sæcula sæculorum.*



Acabóse de imprimir el día cuatro de
Junio del año DCD en la imprenta de Antonio Marzo.
Madrid.


YB 41970
U. C. BERKELEY LIBRARIES
C047819445
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Berkeley